3 1761 06780871 7

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

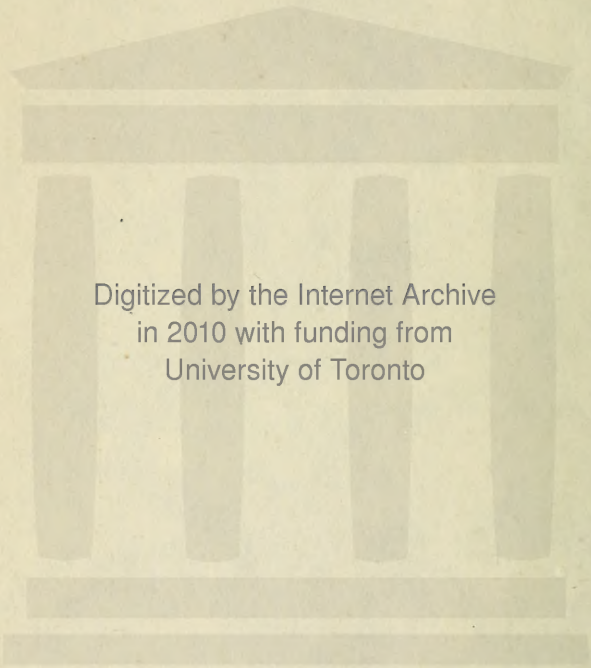
BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946



Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/cancindecunapr00mart

ESTRELLA

1920

G. MARTINEZ SIERRA
OBRAS COMPLETAS

CANCIÓN DE CUNA
PRIMAVERA EN OTOÑO
LIRIO ENTRE ESPINAS

MADRID
MCMXX

458639

ES PROPIEDAD

COPYRIGHT BY G. MARTÍNEZ SIERRA, 1920

PQ
6623
A82C3
1920

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
CALLE DE VALENCIA, 28.— MADRID

CANCIÓN DE CUNA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el TEATRO DE LARA el 21 de Febrero de 1911

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Sor Juana de la Cruz (18 años)...	Concepción Ruiz.
Teresa (18 íd.).....	Mercedes Pardo.
La Priora (40 id.).....	Joaquina del Pino.
La Vicaria (40 íd.).....	Leocadia Alba.
Maestra de novicias (36 íd.).....	Asunción Echevarría.
Sor Marcela (19 íd.).....	María Luisa Moneró.
Sor María de Jesús (19 íd.).....	María F. Rosala.
Sor Sagrario (18 íd.).....	Mercedes Latorre.
Hermana Inés (50 íd.).....	Carmen Seco.
Hermana Tornera (30 íd.)..... .	Sara Esteban.
La Demandadera.....	Cecilia Recatero.
El Médico (60 íd.).....	Francisco Palanca.
Antonio (25 íd.).....	Luis Manrique.
El Poeta.....	Alfonso Muñoz.
Un hombre del pueblo.....	Enrique Rodríguez.

Dos celadoras y varias monjas más

A JACINTO BENAVENTE

ACTO PRIMERO

Rincón de claustro en un convento de monjas dominicas.—Paredes blanqueadas, y suelo de ladrillos.—En la pared de la derecha, portón con portillo que comunica con el exterior: sobre el portón, campana para llamar desde la calle.—A un lado del portón, torno.—Cerca del torno, mesita de pino.—Por las paredes del claustro, algunos cuadros viejos.—Por los arcos se ve un jardín pobre con pozo en el centro.—Hay plantadas en él verduras, algunos árboles frutales y unos cuantos rosales; en los poyos de los arcos, macetas de rosas, claveles, albahaca, hierba-luisa sándalo y balsamina. Algunos bancos de madera, sillas de paja y tres sillones.

Al levantarse el telón, la Madre Priora estará sentada en un sillón. La Maestra de Novicias y la Vicaria en otros dos sillones. Las demás Monjas las rodean, unas sentadas en los bancos, otras en los poyos de los arcos, algunas en el suelo sobre ruedos de pleita, y otras en pie. Hay mucha animación y alegría.

SOR SAGRARIO. ¡Sí, sí, que los diga!

SOR MARCELA. ¿Verdad que sí, Madre?

PRIORA. Dígalos, dígalos, ya que los ha compuesto.

SOR JUANA. Me da mucha vergüenza.

MAESTRA. Esas son tentaciones de amor propio, hija mía.

VICARIA. Y el primer pecado del mundo fué la soberbia.

SOR JUANA. Es que están muy mal, y se van a reír todas de mí.

VICARIA. Con eso se mortifica la vanidad.

MAESTRA. Además, que aquí no estamos en ninguna Academia, y lo que nuestra Madre ha de ver en ellos es la intención.

PRIORA. ¡Vaya, vaya, no sea melindrosa!

SOR JUANA. *Recitando.* A nuestra amadísima Madre en el día de su Santa Patrona:

Reverenda madre:
En tan fausto día,
a felicitarla
acuden sus hijas.
Ovejuelas somos,
que bajo su guía,
buscamos del cielo
la senda escondida.
A un lado las rosas,
a otro las espinas.
En lo alto del monte,
Jesús y María.
A Jesús le pido
cien años de vida,

y a su dulce Madre
cien años de dicha,
para que los goce
en santa alegría,
que bien lo merece
mi Madre querida.

Las monjas palmotean y hablan todas a un tiempo.

VARIAS. ¡Bien, muy bien!

OTRAS. ¡Ay, qué bonitos!

TORNERA. ¡Si parecen los gozos de la Virgen del Carmen!

INÉS. *Con mala intención.* Los habrá copiado de alguna novena.

SOR JUANA. *Envalentonada por el triunfo.* ¡Viva nuestra Madre!

TODAS. *Con alborozo.* ¡Viva!

PRIORA. Vaya, vaya, no se me alboroten... Muy lindos. Muchas gracias, hijita. No sabía yo que teníamos un poeta en casa. Ya me los pondrá en un papel para que yo los lea.

SOR JUANA. Ya están puestos, reverenda Madre. Si su reverencia se sirve aceptarlos...

Le ofrece un rollo de papel pergamino, atado con primorosos lazos azules. En él están escritos los versos, dentro de una orla de flores, palomas y corazones, pintada a mano.

PRIORA. *Deshaciendo el rollo.* ¡Jesús, qué bien escritos y qué orla tan linda! ¿También sabe pintar?

SOR JUANA. ¡No, reverenda Madre! Los ha copiado Sor María Jesús, y la orla la ha pintado Sor Sagrario. Sor Marcela ha hecho los lazos.

SOR MARCELA. Con eso es un recuerdo de todas sus novicias.

PRIORA. ¡Y yo sin enterarme de nada! ¡Miren qué disimulo han tenido las benjaminas!

SOR JUANA. Teníamos permiso de la Madre Ana de San Francisco. Ella nos dió la cinta y el pergamino.

PRIORA. ¡Muy bonito! ¡También sabe guardarme secretos la señora maestra de novicias!

MAESTRA. Un día es un día.

SOR JUANA. Y hoy se perdona todo.

PRIORA. *Sonriendo.* El pecado no es grave.

VICARIA. *Agriamente.* Con tal de que no vayan a sacar vanidad de sus habilidades. ¡La Santa madre Teresa de Jesús nunca quiso que hubiera labor curiosa en manos de sus hijas. El Malo nos combate por donde menos lo pensamos, y no están bien primores del siglo donde se han hecho votos de humildad y pobreza.

MAESTRA. Alabado sea Dios, Madre Vicaria; ¡no le busque su reverencia tres pies al gato!

SOR MARCELA. *Escandalosamente.* ¡Ja, ja, ja!

VICARIA. ¡Qué risita más inoportuna!

SOR MARCELA. *Fingiendo humildad, pero riéndose con disimulo.* Perdone su reverencia, que ha sido

sin querer. Servidora tiene muchas veces tentaciones de risa y no lo puede remediar.

VICARIA. Mordiéndose la lengua se remedia.

SOR MARCELA. ¡Ay, no lo crea su reverencia!

PRIORA. *Decidiéndose a intervenir.* Vaya, vaya, no sea respondona, que hoy no quiero castigar a nadie.

VICARIA. *Murmurando.* ¡Ni hoy, ni nunca!

PRIORA. *Quemada.* ¿Qué quiere decir su reverencia, con eso, Madre Vicaria?

VICARIA. *Muy humilde.* Lo que todas sabemos, reverenda Madre. Que la bondad de vuestra reverencia es inagotable.

PRIORA. ¿A su reverencia le pesa que lo sea?

VICARIA. *Remilgada.* Por mí no, que, con la ayuda del Señor, procuro cumplir mi obligación, ajustándome a la letra y al espíritu de nuestra Santa Regla; pero no faltará quien, alentada por tanta indulgencia, pueda resbalar y aun caer...

PRIORA. ¿Es que tiene su reverencia algo que proclamar determinadamente? Si es así, hable.

VICARIA. Vengo observando, y el Señor me perdone la malicia, que, de algún tiempo a esta parte, en la comunidad abundan esas "tentaciones de risa" de que habla Sor Marcela. Y esto, unido a otras manifestaciones de regocijo, no menos extemporáneas, demuestra cierto relajamiento en la virtud de la circunspección.

PRIORA. No se preocupe por eso. La Providencia se ha servido últimamente traernos al rebaño ovejuelas jóvenes, y triscan un poquillo por los prados del Señor; pero no llevan malicia las pobres. ¿No es este el parecer de la señora Maestra de novicias?

MAESTRA. Desde luego, reverenda Madre. *¡Gaudeamus autem in Domino!*

VICARIA. Vuestras reverencias sabrán lo que hacen: yo he cumplido con mi deber.

Suena la campana del torno. La Hermana Tornera, que es una viejecilla vivaracha, se acerca al torno después de hacer una reverencia a la Priora.

TORNERA. ¡Ave María Purísima!

VOZ. *Con voz bronca, dentro.* ¡Sin pecado concebida! ¿Se puede hablar con la Madre Abadesa?

TORNERA. Diga qué se le ofrece, hermano.

VOZ. Pues de parte de la señora alcaldesa, que los tenga muy felices, y que aquí tiene un recuerdo suyo, y que siente no venir en persona a felicitarla; pero que no puede por lo que ustedes saben. *La Priora suspira, levantando los ojos al cielo, y las demás hacen coro al suspiro.* Y que, aunque pudiera por eso, tampoco podría, porque está en cama con el dolor que ustedes saben.

TORNERA. Todo sea por Dios ¿No mejora la pobre de sus dolencias? Dígale que esta tarde le mandaremos un tarrito de ungüento de Santa

Clara, y que estas pobres monjas no la olviden en sus oraciones. Aquí quedo pidiendo por ella para que el Señor le dé conformidad... ¡Ah!, y que la Madre agradece muchísimo el obsequio. Vaya con Dios, hermano. *Acercándose al grupo con el cesto que ha cogido del torno.* ¡Pobre señora! ¡Cuántas tribulaciones le da Nuestro Señor sobre la cruz del matrimonio?

PRIORA. Para ella más pesada que para nadie. Tan piadosa la pobre, y casada con un liberalote.

MAESTRA. Y que desde que tiene la sartén por el mango se ha destapado el hombre. ¿Oyeron vuestras reverencias ayer a media tarde repicar las campanas de la parroquia? Pues es que el muy hereje las mandó voltear porque en las elecciones de Madrid sacaron mayoría los republicanos.

TODAS. ¡Jesús, Jesús!

VICARIA. ¿Y el párroco lo ha consentido?

INÉS. Otro que tal el párroco, y el Señor me perdone si falto a la caridad. ¿Saben vuestras reverencias lo que ha tenido el valor de decirle a este pobre capellán nuestro, que es más bueno que el pan? Pues le ha dicho que él es más liberal que el alcalde, y que el día menos pensado canta en misa mayor el prefacio con la música del himno de Riego.

PRIORA. ¡Calle, calle, no diga herejías!

MAESTRA. Esas son calumnias de gente mal pensada...

INÉS. ¡Ay, no; me lo ha contado a mí el propio don Calixto esta mañana, mientras se revestía para celebrar! Por cierto que a la casulla blanca hay que ponerle nueva la tira del centro.

PRIORA. ¿Otra vez?

INÉS. Otra vez; está hecha una lástima. El pobre don Calixto es tan fervoroso que muele la seda a golpes de pecho.

VICARIA. ¡Todo sea por Dios! Es un santo.

PRIORA. Y a todo esto no hemos visto el obsequio de la señora alcaldesa. Acérquelo, hermana.

SOR SAGRARIO. ¡Ay, qué cesto tan grande!

TORNERA. Pues pesa muy poco.

SOR MARÍA JESÚS. ¡Serán merengues!

INÉS. ¡Ya salió la golosa!

SOR MARÍA JESÚS. ¡Como si ella aborreciera el dulce!

SOR MARCELA. ¡Vamos, hermana Inés, que bien le gusta rebañar el perol de cuando en cuando!

INÉS. ¡Rebañar el perol! ¡Servidora rebañar el perol! ¡Ay, Jesús dulcísimo, qué falsedad tan grande!

PRIORA. No se disguste, que ha sido broma. ¡Ay, Sor Marcela, Sor Marcela, tenga un

poco más de formalidad y pídale perdón a la hermana!

SOR MARCELA. *Arrodillándose delante de la monja.* Perdóneme, hermana, para que Dios la perdone, y haga la caridad de dejarme que le bese la mano en desagravio de haberla ofendido.

PRIORA. Así han de ser mis hijas, humildes. Hermana Inés, dele a besar la mano a Sor Marcela, ya que lo pide tan humildemente.

SOR MARCELA. *Besándole la mano con encarnizamiento.* ¡Ay, qué olor a vainilla tan rico le echa este dedo, hermana! ¡De seguro tenemos natillas de postre! *Risa homérica de todas las monjas.*

INÉS. *Rompiendo a llorar de rabia.* ¡A mí, a mí! ¡A vainilla! ¡Madre de los Dolores...! ¡Cuándo se oyó tal!

PRIORA. *Imponiéndose seriedad.* Sor Marcela, tiene usted el demonio en el cuerpo, el Señor me perdone. Vaya usted a arrodillarse en un rincón, de cara a la pared, con los brazos en cruz, y rece usted una estación mayor al Santísimo.

SOR MARCELA. Con muchísimo gusto, reverenda Madre... *Va a arrodillarse en el rincón, pero a cada momento vuelve la cabeza, saca la lengua y se sienta en el suelo como si se cansara.*

PRIORA. ¡Vaya, hermana, destape ese cesto y veamos qué hay!

TORNERA. Con su licencia, reverenda Madre. ¡Ay, si es una jaula!

SOR SAGRARIO. ¡Con un canario dentro!

TODAS. ¡Un canario, un canario! ¡A ver, a ver!

MAESTRA. ¡Qué lindo!

SOR MARÍA JESÚS. ¡Qué bonito!

SOR JUANA. ¡Si parece de seda!

INÉS. ¿Cantará?

PRIORA. Claro que cantará; no nos iba a enviar la señora alcaldesa un canario mudo.

SOR SAGRARIO. ¡Ay, la jaula! ¡Miren qué adorno tiene con alambre dorado!

MAESTRA. No es adorno, son letras.

SOR MARÍA JESÚS. ¡Ay, sí, sí! ¡A ver qué dicen!

MAESTRA. Convento de Religiosas Dominicas.

INÉS. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrencia!

VICARIA. Si es más buena que el pan la pobre señora.

PRIORA. No podía habernos regalado cosa más de mi gusto. Precisamente estaba yo loca por un canario.

INÉS. Dicen que las monjas carmelitas tienen dos primorosos, y que el año pasado por Jueves Santo los colgaron en el Monumento y daba gozo oirlos.

MAESTRA. Pues si éste canta bien le colgaremos nosotras este año, y quitamos la caja de música.

PRIORA. Eso, no; que la caja de música es regalo del señor capellán, y con razón se ofendería. Habrá caja y canario. Con las sonatas se animará a cantar el animalito...

SOR JUANA. ¡Ay, cómo se baña!

SOR SAGRARIO. ¡Y cómo se sacude!

PRIORA. ¡Qué cosas hace Dios!

VICARIA. ¡Y luego hay desdichados que dicen que el mundo se ha hecho solo!

INÉS. ¡Sor Marcela me ha sacado la lengua!

SOR MARCELA. ¡Ay, reverenda Madre, es incierto!

VICARIA ¡Cómo incierto, si lo he visto yo con estos ojos que ha de comer la tierra!

SOR MARCELA. Digo que es incierto que se la haya sacado a la hermana. La saqué porque se me puso una mosca en la punta de la nariz, y como tengo los brazos en cruz, con algo la había de espantar.

SOR JUANA. Reverenda Madre, por ser el día de su Santa Patrona, levántele el castigo a Sor Marcela.

SOR MARÍA JESÚS. Sí, reverenda Madre; nosotras le fiamos que no vuelve a hacer ninguna travesura.

PRIORA. La hermana Inés, que ha sido la ofendida, es quien tiene que pedir el perdón.

NOVICIAS. Lo pide, lo pide; ¿verdad, hermana Inés?

INÉS. *Con mal gesto.* Perdónela si gusta su reverencia.

PRIORA. Ea, pues venga acá, diablejo malo. Sepa que la perdono por ser el día que es y por no desairar a sus hermanas.

SOR MARCELA. Dios se lo pague.

PRIORA. Póngase derecha esa toca, que siempre parece que va a echar a volar. Y ahora cada una a su oficio. ¿Qué están ahí murmurando?

SOR SAGRARIO. No murmuramos, Madre; es que queríamos pedirle una cosa.

SOR MARÍA JESÚS. Y nos da reparo.

PRIORA. ¿Tan atrevida?

SOR MARÍA JESÚS. Atrevida, no; pero...

SOR JUANA. Ya se lo figura su reverencia...

PRIORA. ¿Servidora? No, por cierto.

SOR SAGRARIO. Pues que lo diga nuestra Madre Maestra.

MAESTRA. ¿Servidora?

NOVICIAS. ¡Sí, sí!

MAESTRA. Alabado sea Dios. Como saberlo, no lo sé de cierto; pero me figuro que lo que desean es que, atendiendo a la festividad, la reverenda Madre les conceda un ratito de *parleta*. ¿Es eso?

NOVICIAS. ¡Sí, sí, sí!

SOR MARCELA. ¡Viva nuestra Madre Maestra.

PRIORA. ¡Silencio, silencio! ¿Aun no tienen bastante con lo que esta mañana llevan hablado?

VICARIA. El apetito siempre pide más. Es corcel indómito, y ¡ay de quien le afloje las riendas! Si en mi mano estuviera, no daría ocasión a posibles deslices. El Apóstol Santiago dice bien: "Aquel que diga que por la lengua no delinquió, miente!"

SOR MARCELA. ¡Ay, Sor Crucifixión, no quite su reverencia la voluntad a la Madre!

VICARIA. ¿Servidora? ¡Qué vale mi opinión en esta casa!

PRIORA. ¿Me prometen no ofender al Señor con murmuraciones ni palabras disipadas?

NOVICIAS. Lo prometemos.

PRIORA. Siendo así, hablen cuanto gusten, hasta la hora del rezo.

NOVICIAS. ¡Gracias, gracias!

Suena la campana de la puerta.

TORNERA. Dos golpes. ¡El médico!

PRIORA. Cúbranse. *Las monjas se echan los velos por la cara.* Y quítense del paso.

Las monjas desaparecen como fantasmas.

SOR SAGRARIO. *Acercándose.* Reverenda Madre: Servidora tiene un panadizo.

PRIORA. Quédese entonces... y usted también, Sor María Jesús. *A la Tornera.* Abra, hermana.

La Hermana Tornera abre, y entra el Médico; tiene muy cerca de sesenta años.

TORNERA. Ave María Purísima.

MÉDICO. Sin pecado... Buenos días, hermana.

TORNERA. Muy buenos, doctor.

MÉDICO. ¿Cómo andamos de sanidad hoy por la mañana?

TORNERA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrente!

MÉDICO. Mucho, mucho. *Viendo a la Priora.* Felicidades, Madre,

PRIORA. ¡Tan hereje y se acuerda del santo del día!...

MÉDICO. Porque es santa, señora; porque es santa.

PRIORA. ¡Ay, no me escandalice a mis novicias!

MÉDICO. ¿Novicias? ¿Dónde, dónde? Ya lo decía yo al entrar: ¡a carne fresca me huele!

PRIORA. ¡Don José, don José!...

MÉDICO. Ya me callo... Vamos a ver: ¿qué le duele a estas blancas corderas?

SOR SAGRARIO. Servidora tiene un panadizo.

MÉDICO. ¡Miren qué picardía, en un dedo tan mono! Pues habrá que pinchuelo, hermanita.

SOR SAGRARIO. *Con susto.* ¿Ahora mismo?

MÉDICO. No, señora; mañana, si no se resuelve esta noche con una cataplasma y cinco Padrenuestros. Ni uno menos, ¿eh?

SOR SAGRARIO. *Con buena fe completa.* No, señor.

MÉDICO. ¿Y esta otra?

PRIORA. ¡Ay, doctor! Esta me tiene muy preocupada; se me duerme en el coro, suspira sin motivo, llora sin fundamento, no le apetece comer más que ensalada...

MÉDICO. ¿Cuántos años tenemos?

SOR MARÍA JESÚS. Diez y ocho.

MÉDICO. ¿Cuántos llevamos en esta santa casa?

SOR MARÍA JESÚS. Dos y medio.

MÉDICO. ¿Y cuántos nos faltan para profesar?

SOR MARÍA JESÚS. Otros dos y medio, si el Señor se digna concederle a esta humilde novicia la gracia de llegar a ser su esposa.

MÉDICO. A ver esa cara.

PRIORA. Levántese el velo.

Sor María Jesús se levanta el velo.

MÉDICO. No ha tenido mal gusto el Señor. Palidita, pero torneada.

TORNERA. ¡Qué don José éste!...

MÉDICO. De modo que melancolía, suspiros a deshora, desgana... Pues no va a haber más remedio, hijita: una ducha bien fría todas las mañanas y un rato de gimnasia al aire libre.

TORNERA. *Un poco escandalizada.* ¡Gimnasia, don José!

MÉDICO. A no ser que prefiramos escribir una carta a la mamá para que nos lleve a casita y nos busque un buen novio.

SOR MARÍA JESÚS. ¡Ay, don José! ¡servidora tiene vocación de religiosa!

MÉDICO. Bien, bien; entonces, agua fresca, hijita. No hay otra terapéutica posible. Contra melancolía a los diez y ocho años, o ducha o matrimonio.

SOR SAGRARIO. *Atreviéndose con candor.* Y usted, que tanto predica, ¿por qué no se casa?

MÉDICO. Porque tengo sesenta, hija mía, y hace ya más de quince que no estoy melancólico. Además, ¿con quién quieren ustedes que caiga, si todas las muchachas bonitas se vienen al convento?

PRIORA. ¡Calle, calle, que me voy a tener que enfadar!

MÉDICO. ¿No hay más enfermería ambulante?

PRIORA. No, señor.

MÉDICO. ¿Y la fija?

TORNERA. Lo mismo; la pobre Sor María de la Consolación no ha pegado los ojos en toda la noche. ¿Se acuerda usted que ayer dijo que le mordía un perro en el estómago? Pues hoy dice que se le ha atravesado un sapo en la garganta.

MÉDICO. Vamos allá, vamos allá... ¡Cuánta guerra les da el diablo a estas pobres señoras! Hasta la vista, Madre.

PRIORA. Hasta luego, doctor. Entretanto pueden cuidar del torno estas niñas.

La Hermana Tornera coge una campanilla que hay

sobre la mesita, y con el velo echado por la cara, va tocando delante del Médico, que la sigue.

Yo me voy un instante al coro, que no sé cuánto rezo tengo atrasado.

SOR MARÍA JESÚS. ¿Nos da su reverencia permiso para llamar a las otras dos?

PRIORA. Llámenlas; pero no me hagan locuras. *Sale.*

SOR MARÍA JESÚS. *Acercándose a uno de los arcos del claustro.* ¡Chis, chis, Sor Marcela, Sor Juana de la Cruz! Vengan, que vamos a cuidar del torno, y tenemos permiso para hablar.

Entran Sor Marcela y Sor Juana de la Cruz.

SOR SAGRARIO. ¿Y de qué hablamos?

SOR JUANA. Que nos cuente un cuento Sor Marcela.

SOR MARCELA. En seguida; para que se escandalicen ustedes.

SOR MARÍA JESÚS. ¡Ay, hermana, no somos tan mojigatas!

SOR MARCELA. O para que luego vaya Sor Sagrario con el chismecito a la Madre Maestra.

SOR SAGRARIO. ¡Servidora!

SOR MARCELA. ¡Sería la primera vez!

SOR SAGRARIO. ¡Ay, hermana, pueden ustedes estar tranquilas! Me voy a este ricón a hacer labor! *Saca del bolsillo alicates, cuentas y alambre y se pone a engarzar un rosario.* Y ya pueden ustedes hablar lo que gusten, que no las oigo.

SOR JUANA. Vamos, hermana, no sea quisquillosa.

Todas van a buscarla, y al cabo se deja convencer, haciendo monerías como chico que dice: No juego.

SOR SAGRARIO. ¡Ay, se ha quedado aquí el canario!

SOR MARCELA. ¡Pobrecillo! ¿Qué te parece a ti haber entrado en este nido de palomitas bobas? ¿Quieren ustedes que le abramos la jaula?

SOR MARÍA JESÚS. ¿Para qué?

SOR MARCELA. ¡Toma, para que vaya donde le dé la gana!

SOR SAGRARIO. ¡Ay, no, no!

SOR MARÍA JESÚS. Menudo disgusto tendría la Madre.

SOR MARCELA. Y menuda alegría tendría él. ¡Andando! *Abre la jaula.* ¡Vuela, corazón, vuela; el mundo es tuyo! ¡Eres libre!

SOR JUANA. No sale.

SOR MARÍA JESÚS. ¡No se mueve!

SOR MARCELA. ¿Pero no ves qué sol tan hermoso hace fuera, estúpido?

SOR JUANA. Los canarios, como nacen dentro de la jaula, no quieren libertad.

SOR MARÍA JESÚS. Le gusta ser un encarceladito, como sus monjas.

SOR MARCELA. Pues haces muy mal, hijo *Cierra la puerta de la jaula.* Dios ha hecho el aire

para las alas, y las alas para volar. Y el que pudiendo andar por las nubes se conforma a vivir dando saltitos entre dos cañas y una hoja de lechuga, es tonto de remate. ¡Ay, madre de mi vida, quién fuera pájaro!

SOR JUANA. Eso sí que es verdad, ¡quién fuera pájaro!

SOR MARÍA JESÚS. Golondrina, que dicen que todos los años pasan el mar y se van no sé dónde.

SOR SAGRARIO. Yo muchísimas noches sueño que vuelo, es decir, volar, no; que voy por el aire sin tener alas.

SOR MARCELA. Y yo, que corro de prisa, de prisa, y que bajo escaleras sin tocar con los pies en el suelo ni en los escalones.

SOR SAGRARIO. Y qué gusto da, ¿eh? Y qué rabia luego, cuando una se despierta y ve que no ha sido verdad.

SOR MARCELA. Yo, tantas veces lo he soñado, que ya, hasta despierta, no sé si es verdad o mentira.

SOR JUANA. ¿Por qué soñará una tantas veces lo mismo?

SOR MARCELA. ¡Vaya usted a saber! Puede que porque son cosas que una desearía.

SOR MARÍA JESÚS. Si que son bonitas las cosas que una desea.

SOR SAGRARIO. Y luego puede que, si una

las lograra, les sirvieran de poco; porque, a ver: si tuviéramos alas como los pájaros, ¿dónde íbamos a ir?

SOR MARCELA. Yo, al fin del mundo.

SOR MARÍA JESÚS. Yo, a Tierra Santa, para ver el Calvario.

SOR JUANA. Yo, el portal de Belén y el huerto de la casa de Nazaret, donde vivió la Virgen con el Niño.

SOR SAGRARIO. ¡Como que iba a tener un huerto!

SOR JUANA. Claro que sí, con un arroyo, pasando por la cerca; bien claro lo dice el villancico:

La Virgen lava pañales
y los tiende en el romero,
y los angelitos cantan
y el agua pasa riendo ..

Sencillamente.

También en el huerto de mi casa, en el pueblo, hay una mata grande de romero a orilla del arroyo que va por el linde... ¡Más veces he cantado yo eso, lavando los pañales de mi hermano el pequeño!... Porque somos siete y yo la mayor... *Con entusiasmo.* Y lo que es ése, ¡me tiene dada a mí más guerra!... *Limpiándose los ojos con las manos.* ¡Ay, Señor, siempre se me saltan las lágrimas cuando me acuerdo del dichoso crío!... ¡Más malo es!... ¡Pero me quiere a mí más que a mi madre,

y el día que salí de casa para venir aquí, tomó una perra...!

SOR MARCELA. Yo también tengo hermanos, pero son mayores. *Con importancia.* La segunda se casó hace dos años y ya tiene un niño. Una vez lo ha traído para que yo lo vea.

SOR JUANA. *Interrumpiendo con gran interés.* Ya me acuerdo, que pasó una manita por la reja, y servidora se la besó. ¡Qué suaves tienen las manos los chiquillos! Yo, siempre que comulgo, me figuro que recibo al Señor en figura de niño, y así lo aprieto contra el corazón, y me parece que como es tan pequeño y tan desvalido, no me puede negar cosa que le pida. Y luego se me antoja que llora, y le pido a la Virgen que me ayude a callarlo. ¡Si no fuera porque me da vergüenza y porque se iban a reír de mí, le cantaría coplas! *Suena la campana del torno.*

SOR SAGRARIO. Llaman al torno. ¿Quién será?

SOR JUANA. Preguntadlo, que para eso nos han dejado aquí.

SOR MARÍA JESÚS. ¿Quién pregunta?... Yo no...

SOR SAGRARIO. Ni yo tampoco...

SOR MARCELA. Pues no son ustedes poco cortas de genio. Preguntaré yo, y eso que soy la más nueva en la casa. *Acercándose el torno, dice con voz queda.* ¡Ave María purísima!

SOR JUANA. Dígalo más alto.

SOR MARCELA. *Levantando la voz.* ¡Ave María purísima!

SOR SAGRARIO. Nada.

SOR MARÍA JESÚS. *Atreviéndose y con voz muy aguda.* ¡Ave María purísima!

Silencio; las novicias se miran con asombro.

SOR MARCELA. ¡Sí que es raro!

SOR MARÍA JESÚS. ¡Parece cosa de brujería.

SOR SAGRARIO. ¡Qué miedo!

SOR JUANA. ¿Miedo? Algún chiquillo, que al pasar se habrá divertido en tocar la campana.

SOR MARÍA JESÚS. Mire por las rendijas a ver si ve alguien.

SOR MARCELA. *Inclinándose.* Alguien, no; pero algo sí parece que hay en el torno.

SOR JUANA. A ver, a ver...

Dan la vuelta al torno y aparece otro cesto, también cuidadosamente cubierto con un paño blanco.

Un cesto.

SOR SAGRARIO. Será otro regalo para la Madre.

SOR MARÍA JESÚS. Sí, sí; aquí viene un papel prendido.

SOR JUANA. *Leyendo, sin tocar el papel.* Para la Madre Superiora.

SOR SAGRARIO. Ya lo decía yo.

SOR MARCELA. Alguien que quiere darle una sorpresa.

SOR JUANA. ¿Será de don Calixto, el capellán?

SOR MARCELA. ¡Quia, mujer!

SOR MARÍA JESÚS. O del médico.

SOR JUANA. Si acaba de venir, y no ha dicho nada.

SOR SAGRARIO. Por lo mismo, como es tan ocurrente.

SOR MARÍA JESÚS. Quitadlo de ahí.

SOR MARCELA. *Levantándolo y llevándolo a la mesa.* Lo pondremos aquí, junto al canario. Y éste sí que pesa.

SOR SAGRARIO. ¿Qué traerá?

SOR MARCELA. ¿Levantamos un poquito el paño?

SOR MARÍA JESÚS. ¡No, no, que es pecado de curiosidad.

SOR MARCELA. ¡Quién lo va a saber! *Levanta un poco la punta del paño y da un grito horroroso.* ¡Ay!

SOR JUANA. *Precipitándose a mirar.* ¡Jesús!

SOR MARÍA JESÚS. *Idem.* ¡Ave María!

SOR SAGRARIO. ¡Bendito y alabado!...

Al grito de Sor Marcela, que ha puesto en conmoción el convento, entran por diferentes sitios la Priora, la Vicaria, la Maestra de novicias y diferentes monjas.

PRIORA. *Entrando.* ¿Qué pasa? ¿Por qué gritan ustedes?

VICARIA. *Idem.* ¿Quién ha dado ese grito?

MAESTRA. *Idem.* ¿Sucede algo?

Las cuatro novicias están temblorosas, vueltas de espaldas al cesto y ocultándole con el cuerpo.

VICARIA. Como si lo viera, ha sido Sor Marcela.

PRIORA. Vamos, hablen; ¿qué pasa? ¿Qué hacen ahí como cuatro estatuas?

MAESTRA. ¿Les ha ocurrido alguna cosa?

SOR JUANA. No, señora Madre; es que...

SOR MARÍA JESÚS. Es que...

SOR MARCELA. *Atreviéndose.* Es que... llamaron por el torno... y no era nadie... y dejaron un cesto... este cesto... y servidora tuvo curiosidad de destaparlo...

VICARIA. ¡Naturalmente! No podía menos...

SOR MARCELA. Y hay...

PRIORA. ¿Qué hay?

SOR MARCELA. Hay... Más vale que lo vea su reverencia.

PRIORA. Acabemos. *Se acerca al cesto y lo destapa.* ¡Jesús mío! *En voz muy baja.* ¡Una criatura!

TODAS. *Con diferente expresión de voz.* ¡Una criatura!

Sor Crucifixión, escandalizada, se santigua.

PRIORA. *Apartándose.* Véanlo sus reverencias.

Todas las monjas se precipitan hacia el cesto y lo rodean.

VICARIA. ¡Ave María, qué cosa tan pequeña y tan colorada!

MAESTRA. ¡Y está durmiendo!

SOR JUANA. ¡Cómo aprieta las manos, tan rechiquitinas!

SOR MARÍA JESÚS. ¡Se le ve el pelito debajo de la gorra!

SOR SAGRARIO. ¡Parece un ángel!

VICARIA. ¡Buen ángel nos dé Dios!

SOR JUANA. *Como si la ofendiesen personalmente.* ¡Ay, Madre Vicaria!

PRIORA. *Con piedad.* ¿De dónde vendrás tú, criatura?

VICARIA. De sitio bueno, seguro que no.

PRIORA. ¡Quién sabe, Madre! ¡Hay tanta pobreza en el mundo!...

VICARIA. ¡Hay tanto vicio, reverenda Madre!

MAESTRA. ¿Dicen que no vieron a nadie por el torno?

SOR MARCELA. A nadie; no, señora. Tocaron la campana... preguntamos... y nadie respondió.

SOR SAGRARIO. *Cogiendo el papel, que se había caído.* Pero aquí hay un papel.

PRIORA. *Cogiéndole y leyéndole.* Para la Madre Superiora.

VICARIA. ¡Valiente regalito para su reverencia!

PRIORA. Sí; es una carta. *Desdobla el papel y lee.* "Señora: usted perdone la libertad que una servidora se toma de dejar en el torno a esta recién

nacida. Señora, yo soy una mujer perdida, lo cual que esta hija mía no tiene padre, y, señora, para que ella no sea lo que su madre es, que ¡qué había de ser quedándose conmigo!, la dejo aquí, señora, aunque se me arranque el alma al dejarla. Por la memoria de su madre de usted, ampáremela usted y no me la eche usted a la Inclusa, que allí me crié yo y sé lo que se pasa, señora, aunque las hermanas tengan caridad de una y sean buenas, como sí que lo son. Y que Dios se lo pague a usted, señora."

VICARIA. ¡Jesús! ¡Ave María!

MAESTRA. ¡Pobre mujer!

SOR JUANA. ¡Hija de mi alma!

VICARIA. ¡A valientes madres les da Dios hijos!

PRIORA. Dios sabe lo que hace, hermana; Dios sabe lo que hace.

INÉS. ¿No dice más la carta?

PRIORA. ¿Qué más va a decir?

El Médico y la Hermana Tornera han entrado hace un momento.

MÉDICO. Es verdad; ¿qué más va a decir?

PRIORA. ¿Qué le parece a usted, don José?

MÉDICO. Que le han regalado a usted una buena alhaja.

PRIORA. ¿Y qué hacemos con ella?... Porque yo... esa pobre mujer... pone a esta criatura en nuestras manos, y yo bien la quisiera amparar como pide, quedarme aquí con ella.

NOVICIAS. ¡Sí, Madre, sí!

MAESTRA. ¡Silencio!

PRIORA. Pero no sé si debo... es decir, si podemos; porque nosotras, al vestir este santo hábito, hemos renunciado a todos los derechos... y adoptar una niña legalmente... no sé. ¿A usted qué le parece?

MÉDICO. Que es verdad. Legalmente, no tienen ustedes derecho a la maternidad.

VICARIA. Y aunque lo tuviéramos, ¿iba a quedarse aquí una criatura, hija, a lo que parece, del vicio más abyecto?

PRIORA. Eso sería lo de menos; ella no es responsable del pecado que la engendró, y la madre harto paga la pena de su culpa, renunciando así a todos sus derechos.

VICARIA. No le habrá costado mucho renunciar.

PRIORA. ¿Qué sabemos, Madre, qué sabemos?

VICARIA. Nos lo figuramos: es muy cómodo echar hijos al mundo y que cargue con ellos el prójimo.

MÉDICO. Eso de la comodidad cabría discutirlo. Hay trances que no son nunca cómodos.

SOR SAGRARIO. ¡Ay, ha abierto la boca!

SOR JUANA. Tendrá hambre el angelito.

SOR MARÍA JESÚS. Se chupa las manos.

SOR JUANA. Quíteselas, que chupando, chu-

pando, se llena de flato la pobre y luego le duele la tripita.

SOR SAGRARIO. ¡No chupes tú, alma mía!

SOR JUANA. Miren qué buena es; le quitan el capricho, y no llora.

PRIORA. Esa es otra: ¿quién le da de mamar?

SOR JUANA. La mujer del demandadero tiene un chico pequeño y le está criando.

PRIORA. Por lo mismo, no va a criar a dos.

SOR JUANA. Tan chiquita no mama casi nada, y además se le ayuda con papilla clarita o con leche de vacas, que se pone al baño maría, y se aclara con un poco de té.

MÉDICO. ¡Miren qué experiencia, en achaques de críos, tien Sor Juan de la Cruz!

SOR JUANA. Es que, servidora, tiene seis hermanos pequeños. ¡Ay, reverenda Madre, encárguemela a mí, y verá qué bien la cuido!

VICARIA. No nos faltaba más que esta diversioncita para las novicias. ¡Ya que ellas son de suyo poco inclinadas a la disipación!

PRIORA. Díganme lo que piensan, sinceramente... todas.

Todas hablan a un tiempo.

MAESTRA. Servidora, reverenda Madre...

TORNERA. Servidora...

INÉS. Me parece a mí...

PRIORA. *Sonriendo.* Pero una a una.

TORNERA. Es un ángel que nos manda el Señor, y servidora cree que hay que recibirle con los brazos abiertos.

MAESTRA. Claro que sí. Figúrense sus reverencias que no fuera una niña, sino... qué sé yo... un perrillo pequeño, una paloma como la que cayó en el huerto hace dos años, que venía escapada y herida de eso que dicen tiro de pichón. ¿No la recogimos? ¿No la cuidamos? ¿No vive desde entonces tan feliz en su jaula? Pues, ¿cómo va a ser menos una criatura con alma que un animalejo sin ella?

TORNERA. ¡Sí, sí; hay que tener caridad!

VICARIA. Celebro que la señora Maestra de Novicias haya recordado el asunto de la paloma, porque así me evita a mí el traerle a cuento, pudiera parecer que con malignidad. Contra mi parecer se retuvo aquí dentro al animalito, que ya lleva dando harto que sentir. Esta, que si yo la cogí; la otra, que si yo la cuidé; aquélla, que si abre el pico cuando yo me acerco; la de más allá, que si mueve las alas cuando paso... Parcialidades, celos, astucias del demonio, que no cesa. Si esto fué un pájaro, ¿qué será una niña? Ya está Sor Juana de la Cruz haciéndole mimos...

SOR JUANA. ¿Servidora?

VICARIA. Disipación y más disipación. Piensen sus reverencias que, al pasar estas rejas,

hemos renunciado por siempre a todo afecto particular.

MAESTRA. ¿Es que va a ser pecado dar un poco de amor a esta desvalida?

VICARIA. Para nosotras, sí. Nuestro Amado es celoso: la Escritura lo dice.

MAESTRA. ¡Válgame Dios!

VICARIA. Esto, aparte de otras perturbaciones de orden exterior, que traen consigo estas turbulencias. Ejemplo al canto. Vuestras reverencias, yo la primera, no se dan cuenta de que en este instante faltamos a la regla. Estamos con el rostro descubierto delante de un hombre.

PRIORA. ¡Es verdad!

MÉDICO. Señoras, por mí...

PRIORA. Como si no lo fuera... Usted perdone, don José; no sé lo que me digo. Tiene razón su reverencia. Cúbranse... Es decir, ya no importa... por una vez... ya está hecho el daño... En fin, hagan ustedes lo que les parezca.

La Madre Crucifixión se cubre; las demás, no.

Y a ver en qué quedamos; yo confieso que el corazón me pide quedarme con la niña.

VICARIA. Pero el doctor lo ha dicho: no tenemos derecho a ser madres.

MAESTRA. Pero la criatura es hija de Dios y a casa de su Padre ha venido.

VICARIA. Dios tiene otras casas de par en par para sus hijos abandonados.

SOR JUANA. ¡No, no; a la Inclusa, no!

SOR SAGRARIO. ¡Eso, nunca!

PRIORA. ¡Su madre me lo pide!

VICARIA. ¡Su madre no es su madre, puesto que la abandona!

PRIORA. No la abandona; la pone en brazos que le parecen más dignos que los suyos.

VICARIA. ¡Egoísmo!

MAESTRA. ¡Heroísmo, digo yo!

VICARIA. ¡Fraseeitas tenemos! ¡Ay, Madre Maestra, la vida es un folletín!

MAESTRA. Para algunas mujeres es una historia demasiado triste.

VICARIA. Nosotras no debemos saber de eso, ya que, por la gracia de Dios, estamos fuera de las tormentas del mundo.

MAESTRA. Por lo mismo, debemos compasión a las que se ahogan.

VICARIA. ¡Sensiblería!

MAESTRA. ¡Caridad!

PRIORA. ¡Silencio! No empecemos por faltar a ella agraviándonos unas a otras... Don José, ¿hay que dar parte?

MÉDICO. Sí, señora, al Juzgado.

SOR JUANA. ¿Y se la llevarán?

MÉDICO. Si alguien no la pide... En fin, si ustedes se deciden a quedarse con ella, yo propondría un medio.

PRIORA. ¿Legal?

MÉDICO. Legal. Por la gracia de Dios, yo también soy soltero, y aunque no ciertamente santo, no puedo atribuirme el mérito de haber aumentado en un solo individuo la población total de España. No tengo una peseta, pero poseo, como cada quisque, mis cuatro apellidos. A la disposición de la chiquilla están; con eso servirán de algo; y ya que no tiene padre ni madre, tendrá nombre honrado.

PRIORA. Es decir, que usted está dispuesto...

MÉDICO. A adoptarla, sí... y a entregársela a ustedes de pupila, porque a mi casa... la verdad, las manos de mi doña Cecilia son demasiado duras para manejar muñecos de *biscuit*. Ya ve usted si yo tengo los huesos duros, y me duelen siempre que se le ocurre cepillarme el gabán cuando salgo a la calle.

TODAS. ¡Ja, ja, ja!

MÉDICO. Aquí, Sor Crucifixión, que tiene tan buen arte para vestir santitos.

VICAIRA. ¡Quite, quite!

MÉDICO. ¿Hecho?

PRIORA. ¡Dios se lo pague a usted! Sí, sí, a pesar de todo; ya lo arreglaremos con los superiores... no hace falta precisamente que la niña viva dentro de la clausura... puede quedarse con la demandadera hasta que cumpla los siete años, y entrar aquí cuando haga falta. La cuidaremos... es cargo de conciencia.

MÉDICO. Siendo así, yo me marcho. Voy al Registro.

PRIORA. Haga la caridad, al salir, de decir a la demandadera que entre; hay que saber si puede encargarse y quiere darle el pecho... y dígale tambien que se traiga unos cuantos pañales de su hijo.

SOR JUANA. Sí, sí, hay que mudarla en seguida.

SOR SAGRARIO. *Inocentemente.* ¿Por qué?

SOR JUANA. Porque... hay que mudarla.

MÉDICO. Muy buenos días, señoras.

TODAS. Muy buenos, don José. *Sale el Médico. Pausa.*

PRIORA. Hermanas: el Señor nos perdone si en todo esto hay algo que no lleve la suficiente pureza de intención. Espero que su gracia nos libre de ofenderle aficionando demasiado el corazón a cosa creada. La niña vivirá a nuestra sombra, ya que puede decirse que su ángel de la guarda la trajo a nuestras manos. Todas somos hoy responsables de la salvación de su alma. El Señor nos da un ángel, y debemos devolverle una santa. ¿No lo olvidarán?

TODAS. No, señora Madre.

PRIORA. Y ahora, acérquemela, Sor Juana, que puede decirse que no la he visto. *Mirando a la niña.* ¡Inocente de Dios! Dormida tan tranquila en su cesta, como si estuviese en una cuna de

oro. ¿Qué verán los niños cuando duermen que ponen esta cara de paz?

SOR JUANA. ¡Verán a Dios y a la Virgen María!

SOR MARÍA JESÚS. Puede que el ángel de la guarda les esté contando algo del cielo.

PRIORA. No lo sé; pero sí que da respeto ver a un niño dormido.

SOR MARÍA JESÚS. Y ganas de ser santa, ¿verdad Madre?

SOR SAGRARIO. Reverenda Madre, ¿me da su reverencia permiso para darle un beso?

SOR MARÍA JESÚS. ¡Ay, no, que todavía no está bautizada, y a los niños moritos no se les besa!

PRIORA. Cierto que hay que avisar al señor capellán para el bautizo.

MAESTRA. ¿Cómo la llamaremos?

INÉS. Teresa, como la reverenda Madre.

TORNERA. María del Milagro,

SOR SAGRARIO. Bienvenida. *Suena la campana llamando a coro.*

PRIORA. Llaman a coro; después decidiremos... ¡Vamos allá!

Las monjas desfilan mirando a la niña.

Quédase con ella Sor Juana de la Cruz, ya que entiende de niños, hasta que venga la demandadera. Desde aquí puede seguir el rezo; pero no se distraiga.

Las monjas salen todas. Sor Juana coloca la cesta en el suelo y se arrodilla delante de ella. Se oye dentro el rezo, que guía una sola monja, y al cual contestan todas las demás, incluso Sor Juana de la Cruz.

VOZ. *Dentro.* In nomine Patri et Filio et Spiritui Sancto.

Sor Juana se santigua y dice con las demás monjas:

SOR JUANA Y VOCES. *Dentro.* ¡Amén!

SOR JUANA. *A la niña.* ¡Qué bonita eres, chiquilla, rica! ¿Me vas tú a querer mucho, corazón?

VOZ. *Dentro.* Deus in adjutorium meum intende.

SOR JUANA Y VOCES. Domine, ad adjuvandum me festina.

Empieza a bajar lentamente el telón.

SOR JUANA. *A la niña.* ¿Verdad que sí, preciosa, vida mía?

VOZ. *Dentro.* Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto.

VOCES. *Dentro.* Sicut erat in principio et nunc et semper et in sæcula sæculorum. Amén. Alleluia.

Pero esta vez Sor Juana de la Cruz ya no responde, sino que, inclinándose sobre la cesta, abraza a la niña apasionadamente y dice:

SOR JUANA. ¡Ay, que abre los ojos!... ¡Vida vidita! ¿a quién quieres tú?

CAE EL TELÓN

INTERMEDIO

Habéis venido aquí para escuchar un cuento,
y os han hecho saltar las tapias de un convento.
¡Atrevimiento insigne! ¡Casi profanación!
Mas ¿qué no hará un pueta por buscar la emoción?
Perdonadle, monjitas, el que se haya atrevido
a turbar la serena quietud de vuestro nido,
encendiendo en la paz de este huerto cerrado
el fuego del amor a que habéis renunciado.
No, no frunzáis el ceño porque haya dicho ¡amor!
Habéis de saber, castas esposas del Señor,
que lo que habéis creído clemencia y caridad,
el gesto de adopción que hizo vuestra piedad,
la caricia invencible y la canción de cuna
para la hija de nadie que os trajo la fortuna,
no fueron sino llama de amor, de esa divina
pasión que está en la entraña del alma femenina.

¡Ay, amor de mujer que así nos ilusionas,
a quien tanto ofendemos y que tanto perdonas!

¿De dónde te ha venido tu excelsa caridad?
¡De que, sencillamente, eres maternidad!
Sí, todos somos hijos, mujer, para tus brazos.
Tu corazón es pan que nos das en pedazos,
como niños nos diste las mieles de tu pecho.
Siempre es calor de cuna el calor de tu lecho,
aunque lo prostituya nuestra carne villana.
¡Madre si eres amante, madre si eres hermana,
madre por pura esencia y madre a todas horas,
si con nosotros ríes, si por nosotros lloras,
ya que toda mujer, porque Dios lo ha querido,
dentro del corazón lleva a un hijo dormido!

Y así, por ser mujeres, monjitas, sois amantes;
y a pesar del escudo cerrado por diamantes
de la virginidad, que guarda vuestras rosas,
habéis sabido ser madres, sin ser esposas.
Y en esta hija de todas habéis puesto la miel
de todo vuestro intacto panal, y había en él
tanto fuego de sol, tanta fragancia y tales
mal dormidos impulsos de besos maternales,
que está toda su carne saturada de amores,
y su corazón es nido da ruiseñores.
Y cien veces mujer, la que debió ser santa,
mientras sus madres rezan en el coro, ella canta
y desata el sonoro cascabel de su risa.
Las mañanas de Mayo se olvida de ir a misa
porque ¡huelen tan bien los rosales del huerto!
No comprende a las santas que se van al desierto;

—ella quiere ir al cielo en dulce compañía—
y sueña ante el altar de la Virgen María
con un chiquillo más rubio que las candelas,
que a ella le diga ¡madre!, y a las monjas, ¡abuelas!
Un muñeco llorón y tozudo, que luego
será un hombre valiente, con el alma de fuego,
que conquistará mundos y redimirá agravios
con la ley en el pecho y la gracia en los labios...
Coge en brazos al gato y le llama ¡hijo mío!
Las monjas se hacen cruces ante tal desvarío.
—¡Esta niña está loca!—dicen con voz severa...
Mas ello es que en el claustro entró la primavera.

Este es el cuento en suma. El poeta querría
habérosle sabido contar día por día
con toda su emoción; mas fuera empeño vano.
¡Quién hará la comedia del vivir cotidiano!
La vida va tejiéndose con ritmo tan igual,
corre tan clara el agua, es tan limpio el cristal,
que el tiempo se ha dormido en la quietud fragante;
¡quién sabe si pasó un siglo o un instante!
Sigue girando en torno, hecho devanadera.
¿Qué más da, si los rizos de la hermana tornera
habiendo sido de oro, en plata se trocaron?
Las tocas no lo dicen, y si se marchitaron
claveles en mejillas y azucenas en frentes,
como aquí no hay espejos, las vírgenes prudentes
pueden creer que siempre es Mayo en su jardín.
De estas horas que va midiendo un serafín

en el tiempo sin tiempo, el poeta ha elegido
aquella en que encontró más caricia de nido,
más suavidad de incienso, más luz de amanecer.
Han pasado los años y la niña es mujer.
El telón se descorre sobre una vida en flor.
El cuento va por un capítulo de amor.
Era una dulce tarde en el mes de María;
las monjas suspiraban, y su hija les decía...

ACTO SEGUNDO

Locutorio de un convento.—Al fondo, reja con doble enrejado.—Sobre la reja, cortina de estameña negra.—Detrás de la reja, habitación encalada, que es el locutorio exterior: tendrá ventanas al jardín, que se abrirán cuando indique el diálogo, dando gran claridad.—Algunos cuadros de santos, al óleo, viejos, con marcos negros.— Crucifijo de talla o gran cruz de madera negra.—Ventanas altas, también con cortinas negras que puedan interceptar la luz por completo.—Una mesa de pino, un sillón de talla, dos sillas altas y todas las pequeñas que hagan falta para la costura; algún banco.

Al levantarse el telón están en escena la Priora, la Maestra de Novicias, la Hermana Inés, la Tornera, Sor Sagrario, Sor Juana de la Cruz, Sor Marcela, Sor María Jesús y alguna monja más. Todas están cosiendo, menos Sor María Jesús, que lee y está de pie. Por los bancos y en la mesa está un ajuar de novia adornado con encajes y cintas de seda azul.—A la derecha de la habitación un baúl completamente nuevo, cuyas bandejas estarán por los bancos y en el suelo.

Para caracterizarse las actrices tendrán en cuenta que han pasado diez y ocho años, y que todas las que eran novi-

cias, siendo ahora profesas, han de cambiar el velo blanco por otro negro.

SOR MARÍA JESÚS. *Leyendo con bastante tonillo.* "Tesoro de paciencia. Soliloquios del alma afligida delante de Dios..."

SOR MARCELA. *Suspirando.* ¡Ay!

SOR MARÍA JESÚS. *Leyendo.* "Soliloquio primero: Gemidos de un alma triste sumergida en un mar de amargura..."

Dentro se oye la voz de Teresa. que canta alegremente.

TERESA. *Cantando.* Venid y vamos todas
con flores a porfía,
con flores a María,
que madre nuestra es.
¡Con flores a María,
que Madre nuestra es!

La lectora se interrumpe y mira sonriendo a las ventanas por donde entra la voz. Las demás monjas también sonríen con expresión complacida.

PRIORA. *Con fingida severidad.* ¡Esa criatura siempre alborotando!

INÉS. ¡Y en un día como éste!

SOR JUANA. *Con embeleso.* ¡Parece una alondra!

MAESTRA. *Con indulgencia.* Los pocos años!

SOR MARCELA. ¡Ay, Jesús mío!

PRIORA. Siga leyendo, Sor María Jesús.

SOR MARÍA JESÚS. *Leyendo.* "Gemidos de un

alma triste sumergida en un mar de amargura. ¡Oh, mi buen Dios, sálvame, que estoy pereciendo por instantes! Casi sumergida me miro en esta horrorosa tempestad. Por momentos me veo ir a fondo; como que ya no puedo ayudarme más..."

TERESA. *Cantando.* De tu divino rostro,
la belleza al dejar,
permíteme que vuelva
tus plantas a besar.
¡Permíteme que vuelva
tus plantas a besar!

La lectura vuelve a interrumpirse, Las monjas vuelven a sonreir.

PRIORA. Sor Sagrario, haga la caridad de salir al huerto y decir a la niña que no cante, que estamos leyendo.

Sor Sagrario sale, después de la reverencia de costumbre.

Siga, Sor, siga...

SOR MARÍA JESÚS. *Leyendo.* "Como que ya no puedo ayudarme más para resistir al ímpetu de las olas que sin cesar..."

TERESA. *Cantando.* He quedado, María,
abrasada en tu amor.
Quédate adiós, Señora...

La voz de Teresa se interrumpe, porque se supone que ha llegado la monja a mandarle callar; poco después se la oye reir desaforadamente.

PRIORA. No tiene remedio. *Sonriendo.* Alegre

ha nacido y alegre morirá. *A la lectora.* Siga, siga.

SOR MARCELA. ¡Ay, Jesús de amor!

PRIORA. Pero, Sor Marcela, hija mía, ¿por qué suspira usted de ese modo? ¿Es que le duele algo?

SOR MARCELA. No, reverenda Madre; es que servidora tiene tentaciones de melancolía.

PRIORA. ¡Válganos el Señor! Ya sabe que no me gustan melancólicas en casa.

SOR MARCELA. *Inclinandose.* ¡Ay, reverenda Madre! Deme penitencia si peco, pero servidora no puede remediarlo.

PRIORA. ¡Quién le habla de pecar! Salga a la huerta y tome un rato el sol, que es lo que le conviene.

SOR MARCELA. ¡Ay, reverenda Madre, no sé qué le diga! Cuando servidora ve las flores del huerto y el cielo tan azul y el sol tan hermoso, le entra la tentación de suspirar más fuerte que nunca.

PRIORA. Ea, pues siendo así, siéntese y pásela por Dios; pero no se le ocurra volver a suspirar, no vaya a darme a mí la de mandarla al calabozo, para que con la sombra y una disciplina se le alivie el humor.

SOR MARCELA. Como su reverencia mande. *Volviendo a sentarse.* ¡Ay, Jesús mío!

La Priora levanta con resignación los ojos al cielo.

SOR JUANA. ¡Ay, Virgen Santísima!

TORNERA. ¡Ay, San José bendito!

PRIORA. *Con un poco de impaciencia.* ¿Contagio tenemos? No nos falta otra cosa sino que se me pongan a suspirar en coro. Recuerden que hay que servir a Dios con alegría, "in hymnis et cánticis", y que el gozo espiritual es el segundo de los frutos del Espíritu Santo, y no le hay más excelso, a no ser el amor, del cual procede.

Pausa. Sor María Jesús vuelve a abrir el libro, y sin esperar la señal de la Priora, comienza a leer.

SOR MARÍA JESÚS. *Leyendo.* "Para resistir al ímpetu de las olas que sin cesar se revuelven sobre mí para anegarme..."

PRIORA. ¡Cierre ese libro, Sor María Jesús, que también el bendito padre que lo escribió tenía el humor melancólico!

Sor María Jesús cierra el libro, hace una reverencia y se sienta a coser. Aparece en la puerta de la derecha la Madre Vicaria, solemnemente acompañada por dos celadoras.

VICARIA. *Muy emocionada.* ¡Ave María Purísima!

PRIORA. Sin pecado concebida.

VICARIA. ¿Da su licencia, reverenda Madre?

PRIORA. Pase. *Mirándola.* Si no me engaño, viene su reverencia un tanto alterada.

VICARIA. No se engaña, no, reverenda Madre, y me atrevo a decir que no es el caso para menos. Su reverencia juzgará, si es que me da

licencia para proclamar "ipso facto" a una de nuestras hermanas.

PRIORA. Hable, si es que el saberse en público la falta no ha de ser motivo de grave escándalo.

VICARIA. En la humilde opinión de servidora, puede por esta vez arrostrarse el escándalo, mirando al remedio de la culpa.

PRIORA. Diga, entonces.

VICARIA. *Inclinándose profundamente.* Obedezco. Es ello, reverenda Madre, que haciendo con estas dos hermanas Celadoras la visita de celdas que su reverencia se sirvió encomendarme, y llegando a la de Sor Marcela, *Todas las monjas miran a Sor Marcela, que baja los ojos* encontré, entre las tablas de la tarima, ocultación con que bien a las claras ella misma proclama su delito, algo que jamás debiera hallarse en manos de una religiosa modesta: un objeto que, pasando por alto el pecado contra la santa pobreza que supone la posesión particular y oculta de cosa ninguna, en sí mismo es raíz de perdición y origen de infinitos deslices.

PRIORA. Acabe, madre, acabe, que nos tiene en un ay. ¿Qué objeto es ése?

VICARIA. *A una celadora.* Muéstrelo, hermana.

La celadora se inclina y saca de la manga un pedazo de cristal azogado.

PRIORA. ¡Un pedazo de espejo!

VICARIA. Justamente, ¡un pedazo de espejo!

Silencio aterrado de la comunidad.

PRIORA. ¿Qué dice a esto, Sor Marcela?

SOR MARCELA. *Sale de la fila y se arrodilla delante de la Priora.* Madre, digo mi culpa y pido perdón.

PRIORA. Levántese. *Sor Marcela se levanta.* Pero, desdichada, ¿para qué le sirve este pedazo de cristal?

VICARIA. Tal vez para mirarse y recrearse en su hermosura, ofendiendo al Señor con sentimientos de vanagloria.

SOR MARCELA. *Con humildad.* No, reverenda Madre, no, señora.

VICARIA. O para acicalarse y componerse y ensayar muecas y visajes de los que se acostumbran en el siglo.

SOR MARCELA. No, reverenda Madre.

PRIORA. ¿Para qué, entonces?

SOR MARCELA. Para nada, reverenda Madre.

PRIORA. ¿Cómo para nada?

SOR MARCELA. Servidora quiere decir que para nada malo. Al revés.

VICARIA. Ahora va a ser virtud en una religiosa el guardar un espejito.

SOR MARCELA. No, reverenda Madre, no es virtud; pero ya saben sus reverencias que servidora tiene tentaciones de melancolía.

VICARIA. Ya, ya...

SOR MARCELA. Y cuando a servidora le aprietan demasiado, le dan ideas de subirse a los árboles, y de trepar por las paredes, y de saltar las tapias de la huerta, y de tirarse al agua del estanque; y como servidora comprende que no están bien en una religiosa esas... esas...

VICARIA. Esas extravagancias.

SOR MARCELA. Servidora coge un rayo de sol en el espejo y le pasea por entre las ramas y por el techo de la celda y por las paredes de enfrente, y con eso se consuela pensando que es una mariposa o un pájaro, y que va donde al pensamiento se le antoja.

VICARIA. ¡Ya le daria yo antojitos a ese pensamiento!

PRIORA. Está bien; por esta culpa, *Sor Marcela se arrodilla.* que sin llegar a grave pasa de media, con arreglo a nuestras constituciones, le doy por penitencia que antes de retirarse esta noche rece en su celda cuatro veces el salmo "Quam dilecta". Levántese y vaya a su sitio.

Sor Marcela obedece; pero antes de sentarse hace una inclinación delante de cada una de las monjas.

Retírense.

Las celadoras se retiran. Suenan tres golpecitos en la puerta; es Teresa, que llega y llama.

TERESA. ¡Ave María Purísima!

PRIORA. Sin pecado concebida.

TERESA. ¿Se puede entrar?

PRIORA. Entra.

Entra Teresa. Diez y ocho años; muy linda, muy alegre y nada mística. Va sencillamente vestida de gris, con delantal blanco. Puede llevar alguna flor prendida en el pelo; pero irá modestamente peinada con una trenza que le rodea la cabeza, sin crepés ni rizados.

¿De dónde vienes tan sofocada?

TERESA. *Ha de hablar siempre con suma sencillez y sin gazmoñería ni tonillo de ninguna clase.* De arreglar el altar de la Virgen.

PRIORA. ¿Y eso te ha sofocado tanto?

TERESA. No, Madre; es que como quería que hoy quedase el altar todo de blanco, y flor blanca pequeña había poca, me he tenido que subir a cortar unas ramas de acacia.

MAESTRA. ¿A un árbol te has subido?

TERESA. A dos, porque con la flor de uno no había bastante.

MAESTRA. ¡Jesús!

VICARIA. ¡Ave María!

TERESA. ¡Si supieran ustedes la tierra que se ve desde lo alto de la acacia grande!

A Sor Marcela se le agrandan los ojos de deseo.

VICARIA. ¡Niña, estás dejada de la mano de Dios!

SOR JUANA. ¡Para haberte caído! No quiero pensarlo.

TERESA. ¡Quia! No, señora. Si me tengo subido más veces.

PRIORA. Pues no te vuelvas a subir más.

MAESTRA. *Con tristeza.* ¡Ya no hay que prohibírselo!

PRIORA. *Con tristeza.* ¡Es verdad!

INÉS. El último día que adornas el altar.

SOR JUANA. ¡El último!

TERESA. ¡Ay, Madres, no se pongan ustedes tristes!...

VICARIA. Seremos como tú, que parece mentira. Siendo el día que es, te lo pasas riendo y cantando como una loca.

PRIORA. La Madre dice bien: en este día, hijita, no hubiese estado de más un poco de recogimiento.

TERESA. Sí, señoras Madres: tienen ustedes muchísima razón, razón que les rebosa por encima de todas esas tocas venerables; pero cuando tiene una gana de reír, tiene una gana de reír, aunque sea, como dice Sor Ana de San Francisco, el día más solemne de la vida.

MAESTRA. ¡Y tan solemne! Hoy sales de esta casa, donde has vivido diez y ocho años, sin darte apenas cuenta de que vivías. Mañana ya eres dueña de la tuya y llevas sobre la conciencia las responsabilidades de mujer casada.

VICARIA. Que no son leves. Los hombres son exigentes, veleidosos, egoístas...

TERESA. *Tímidamente.* Antonio es muy bueno.

VICARIA. Por buenos que sean, están acostumbrados a mandar desde que el mundo es mundo, y eso imprime carácter. Y como tú eres muy independiente y te gusta también hacer tu voluntad...

TERESA. Sí que estoy mal criada; pero ya verá usted cómo todo se arregla.

SOR JUANA. A ver si ahora le vamos a amargar el día.

TERESA. No, Madre... no... si estoy muy contenta. ¡Son ustedes tan buenas para mí!

VICARIA. Eso es lo de menos.

TERESA. ¡Es lo de más! Claro que ésta es la casa de Dios; pero ustedes pudieron cerrarme la puerta y me la abrieron tan de par en par, que diez y ocho años llevo aquí dentro, y hasta ahora que la voy a dejar, no me he dado cuenta de que vivía en ella de limosna.

SOR JUANA. ¡No digas eso!

TERESA. ¡Pues ya lo creo que lo digo! De limosna, de caridad, como una pobrecita. ¡Si no me da pena decirlo, ni pensarlo! Si he sido más feliz ¡y lo soy! que puedan serlo las hijas de los reyes. Si de cariño que le tengo a todo, me entran ganas de besar las paredes y de abrazarme con los árboles, porque hasta las paredes y los árboles han sido buenos para mí. ¡Ay, mi convento de mi corazón!

SOR MARCELA. ¡Tu convento! ¡Si te hubieras quedado siempre en él!

PRIORA. No hay que hablar de eso. La Providencia tiene muchos caminos.

MAESTRA. Y en todos los estados se puede servir a Dios.

VICARIA. No ha nacido la niña para religiosa. Le tiene demasiado apego a las cosas del mundo.

TERESA. Es verdad. Me tira la tierra, ¡pobre de mí! Me parece que todo me quiere y que todo me llama. ¡Tan feliz dentro de estas paredes, y siempre pensando en que el mundo es tan grande! Cada vez que he salido a la calle, me daba unos saltos el corazón como si se me hubiera vuelto loco... Verdad es que después me daba una alegría volver a casa... ¡Una alegría rara, como si me cogieran en brazos o me arropasen con unas alas grandes!

VICARIA. Las de tu ángel, que te estaba esperando en la puerta.

PRIORA. ¿Por qué la había de esperar? Su ángel ha ido siempre con ella, y de seguro no ha tenido nunca que volver los ojos a otra parte, ¿verdad, hija mía?

TERESA. *Con sinceridad.* ¡Verdad, Madre!

SOR JUANA. ¡No faltaba otra cosa!

SOR MARÍA JESÚS. *Levantándose.* Ya están los lazos de los cubrecorsés. ¿Se cosen o se prenden?

INÉS. Mejor será coserlos, digo yo.

SOR MARÍA JESÚS. ¿En medio?

MAESTRA. Claro está.

SOR MARÍA JESÚS. Lo digo, porque en el figurín vienen a un lado.

MAESTRA. *Inclinándose con Sor María Jesús y la Hermana Inés a ver los figurines.* ¿A ver? ¡Pues es verdad!

INÉS. ¡Cosa más rara! ¡Pero hacen bonitos!

MAESTRA. Es una extravagancia.

SOR MARÍA JESÚS. ¿Que le parece, Madre Crucifixión?

VICARIA. A mí no me pregunten, que no entiendo ni quiero entender. Todo eso son pompas y vanidades, cosas del diablo, que dicen que se encierra con las modistas de París para aconsejarlas en sus desvaríos... ¡Quítenme, quítenme de delante ese papelucho, que nunca debiera haber entrado en esta santa casa!

SOR MARCELA. ¡Ay, Madre! Había que ver la moda.

VICARIA. ¡La moda, la moda! En el purgatorio les darán la que más se lleve.

SOR MARÍA JESÚS. ¿Había de ir la niña a casarse vestida como en el año de la Nanita?

VICARIA. Con el corazón puro y la intencion limpia, es con lo que ha de ir, que lazo más o menos no le ha de ganar el corazón de su esposo.

SOR MARCELA. Dicen que los hombres reparan mucho en estas cosas, Madre Crucifixión.

SOR MARÍA JESÚS. Y que hay que dar a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

VICARIA. Bachillerías no nos faltan.

INÉS. Alárgueme acá esas tijeras, que voy a cortar un remate.

SOR JUANA. Creo que ya se puede meter todo en el baúl.

PRIORA. Sí, sí, que luego va a venir el carro a buscarlo.

Teresa se arrodilla en el suelo, delante del baúl. Las monjas le van dando las prendas de ropa que cogen de la mesa y de los bancos.

INÉS. Aquí están las camisas.

SOR MARCELA. Las enaguas de encaje.

SOR JUANA. Póngalas en esa otra bandeja, que no se arruguen.

INÉS. ¡Ay, Jesús, qué frunce tan mal rayado! ¿Quién habrá sido la chapucera?

MAESTRA. Pues no digamos nada de la que haya planchado estos volantes. Más valía volverlos a mojar.

TERESA. ¡Pero si están perfectamente! ¡Traiga, traiga! De sobra.

PRIORA. ¿Falta algo?

SOR MARCELA. Los pañuelos.

SOR JUANA. Los paños de peines.

VICARIA. Ahí están los pedazos que sobran de las tiras bordadas. Llévalos por si alguna se te rompe.

MAESTRA. Y los figurines, que luego te pueden hacer falta.

INÉS. Toma este saquito, hija mía. Va lleno de tomillo y cantueso y cáscara de lima. Verás qué buen olor le da a la ropa.

SOR MARCELA. ¡Como que no tendrá ella luego perfumes mejores!

SOR MARÍA JESÚS. ¡Y de los caros!

INES. De los caros, puede; pero mejores, no, que éstas son hierbas que ha hecho Dios y huelen a limpio y a buena conciencia. Todos los armarios de la sacristía tengo yo perfumados con esto, y da gloria oler la ropa de altar.

TERESA. Creo que ya está todo.

SOR JUANA. Todo.

PRIORA. Echa bien la llave. ¿Irá seguro? *Teresa se levanta.* Y ahora cuélgatela al cuello con los escapularios, que para eso tiene su cinta, y no la vayas a perder, que es cerradura inglesa y no abre otra.

TERESA. No, Madre, no.

VICARIA. Milagrito será, con la cabeza a pájaros que tienes.

SOR JUANA. Ahora la sentará con los cuidados que caen sobre ella.

MAESTRA. ¿Estás contenta?

TERESA. Contenta es poco. No merezco lo que hacen por mí.

VICARIA. Sí, lo mereces; lo mismo hay que decir una cosa que otra. Tienes buen corazón y eres mujer de juicio. Y si lo dices por la ropa, no tengas escrúpulos: todo lo que llevas, y más, te lo has ganado con tu trabajo; esa es la verdad, bien lo sabes. Claro que aquí se te ha enseñado a coser y a bordar; pero tú has trabajado para casa y para fuera. No nos debes nada, porque, además, para comprar las telas, tenías las doscientas cincuenta pesetas que te ha dado el señor doctor. Por cierto *Sacando un papel de debajo del escapulario* que aquí tienes la relación de cómo se han gastado, para que puedas responder de ellas, ya que a nosotras, por delicadeza, no ha de querernos preguntar en qué las empleamos.

TERESA. *Confusa.* ¡Qué cosas tiene usted, Madre Crucifixión!

VICARIA. Las cuentas claras.

Teresa coge el papel y le guarda, después de doblarle cuidadosamente.

PRIORA. *A las monjas que estaban trabajando.* Recojan y arreglen todo esto.

TERESA. Deje, Madre, deje; ya lo recogeré yo.

La Priora hace una señal y salen todas las monjas, menos ella, Sor Juana de la Cruz, la Vicaria y la Maestra de Novicias.

PRIORA. *A Teresa.* ¿A qué hora te marchas?

TERESA. A las cinco me viene a buscar mi padrino; pero me ha dicho... Antonio que antes de que me vaya quisiera verlas a ustedes todas para darles las gracias por la alhaja que le han criado.

PRIORA. También nosotras tendremos mucho gusto en verle a él.

VICARIA. Con gusto o sin gusto, que eso es lo de menos, tenemos obligación. No se te va a llevar de casa como un bandolero, sin que le veamos la cara.

TERESA. En cuanto llegue les avisaré a ustedes.

Salen la Priora, la Vicaria y la Maestra de Novicias. Teresa y Sor Juana de la Cruz se quedan, ordenando y recogiendo todos los papeles y recortes que se han quedado por los bancos y el suelo. No dicen nada; pero, de pronto, Teresa se arrodilla delante de la monja.

Sor Juana...

SOR JUANA. ¿Qué quieres, hija?

TERESA. Ahora que estamos solas, bendígame usted aparte de todas, más que ninguna, porque es usted mi Madre más que todas juntas.

SOR JUANA. Levántate. *Teresa se levanta.* No digas eso: en la casa de Dios todas somos iguales.

TERESA. Pero en mi corazón es usted la primera. No se ponga usted seria porque se lo diga;

¡qué le vamos a hacer! ¿Usted qué culpa tiene de que yo, a fuerza de darle guerra, le haya tomado a usted este cariñazo?

SOR JUANA. Sí que has sido guerrera, sí, y alborotadora *Disculpándola inmediatamente;* pero es porque tenías buena salud.

TERESA. ¡Ay, Madre! ¿De dónde habré venido yo?

SOR JUANA. Hija, del cielo, como todo el mundo.

TERESA. ¿Usted cree que venimos del cielo?

SOR JUANA. Por lo menos, tú para mí viniste. Dices que soy tu Madre más que las otras... no lo sé; puede, pero tú sí que has sido toda mi alegría.

TERESA. ¡Madre!

SOR JUANA. Y me da un gozo oírte reír y verte correr por esos claustros. Los años que tú ahora, poco más o menos, tenía yo cuando tú llegaste: pues como si hubiera vuelto a ser criatura y a empezar a vivir. Cuando entré aquí, aunque tenía vocación de verdad, ¡me daba una tristeza acordarme de mis hermanos! Pues llegaste tú, y se me olvidó todo. Por eso digo que viniste del cielo. Y no creas, que algunas veces me da remordimiento quererte.

TERESA. ¡Por eso me riñe usted tanto!

SOR JUANA. ¿Cuándo te riño yo?

TERESA. A todas horas; pero no me importa. ¡A Antonio se lo he dicho más veces! Sor Juana

de la Cruz es mi madre, mi madre, mi madre. ¡Como que ya la llama a usted suegra siempre que hablamos!

SOR JUANA. Hija, ¿serás feliz con él?

TERESA. Ya lo creo que sí. ¡Si es más bueno, más bueno y más alegre!

SOR JUANA. ¡Qué loca estás!

TERESA. ¡Sí, loca! Usted, cuando era chica, ¿no ha tenido usted nunca pena por no ser hombre? Yo sí, porque pensaba que quisiera ser esto y lo otro y lo de más allá; ¡qué sé yo! ¡capitán general, arzobispo, hasta Papa! ¡Y me daba rabia; sólo por ser mujer, no servir siquiera para monaguillo! Pero ahora, desde... bueno, desde que quiero a Antonio y él me quiere a mí, no me importa; porque si yo soy una pobre ignorante, él es un sabio, y si yo valgo poco, él vale mucho. Y en vez de darme envidia, ¡me da un gusto!... ¡Ay, Sor Juana, Sor Juana... cuando quiere una de veras a un hombre, qué humilde se vuelve!

SOR JUANA. ¿Tanto le quieres tú?

TERESA. ¡Más que a mi vida! Es poco... ¡Ay, Sor Juana, qué bueno es querer!

SOR JUANA. ¿Y el te quiere a ti tanto?

TERESA. Sí, me quiere... tanto, no sé. ¡Pero no me importa, porque el caso es quererle yo a él! No crea usted, que algunas veces, pocas, he pensado: ¿dejará de quererme alguna vez? Y sí me daba pena; pero si llegase a pensar que algún

día pudiera yo dejar de quererle a él... ¡no! más vale morirse; porque, ¿de qué le serviría a una la vida?

SOR JUANA. ¡Ay, hija, por el amor de Dios!

TERESA. ¡La vida! ¿Sabe usted cómo la quisiera pasar yo toda? Sentada en el suelo, a sus pies, mirándole a los ojos y oyéndole hablar. ¡Dice unas cosas!... Pero, aunque no dijera nada, aunque hablase una lengua que una no entendiera; porque es la voz, yo no me sé explicar, pero es la voz... Una voz que parece que le está hablando a una desde que ha nacido. ¡Ay, madre! El primer día que me dijo: ¡Teresa!, ya ve usted qué cosa tan sencilla, mi nombre, Teresa... pues me pareció que no me había llamado nadie nunca, y cuando se marchó, venía yo por la calle diciéndome bajito: Teresa, Teresa, Teresa... ¡Ay, Dios mío!

SOR JUANA. Hija, me das miedo.

TERESA. ¿De qué?

SOR JUANA. De que quieras así. Porque el cariño humano... digo yo... me parece que es una florecilla que se encuentra una al lado del camino, una limosna que nos hace Dios para ayudarnos a pasar la vida, porque tenemos el corazón flaco; un poquito de miel que nos pone en el pan de cada día, y sí que debemos recibirlo con gozo, pero temblando, hija, y desprendiendo un poco el corazón, porque pasa.

TERESA. ¡No pasa!

SOR JUANA. Puede pasar; ¿y qué te va a quedar del alma si la pones toda en ese delirio?

TERESA. *Humilde.* No se enfade usted, Madre. Míreme usted. Si no es una desgracia; si, además, por quererle, no me he de perder.

SOR JUANA. ¿Es buen cristiano?

TERESA. Un día me dijo: ¡Te quiero porque sabes rezar!... Ya ve usted. Y otro día: ¡Te tengo devoción como a cosa santa!... ¡Devoción él a mí! Cuando pienso en eso, me parece que me he vuelto más buena, que soy capaz de todo lo que haya que sufrir en el mundo, porque no me la deje de tener.

SOR JUANA. Me parece que entra alguien en el locutorio. Corre las cortinas.

Teresa, tirando de una cuerda, corre las cortinas de las ventanas. La parte anterior de la escena queda a obscuras. La parte exterior del locutorio se ilumina fuertemente. Han entrado Antonio y una mujer, que es la Demandadera; y ésta ha abierto las ventanas. A través de la cortina de la reja se ve a Antonio; tiene unos veinticinco años, y es simpático y de muy buena figura. La Demandadera se va y le deja solo.

TERESA. *Acercándose a la monja y en voz baja.* Sí, es él.

SOR JUANA. *Cogiendo la mano de Teresa.* ¡Ah! ¡Qué alto es!

TERESA. Sí, muy alto. ¿Verdad que tiene buena figura?

SOR JUANA. Sí... ¿Tiene el pelo blanco?

TERESA. No, es que le da la luz... Castaño obscuro, y los ojos entre azules y verdes. ¡Lástima que a esta luz no se le vean, porque son más bonitos! Cuando habla le echan chispas.

SOR JUANA. ¿Cuántos años tiene?

TERESA. Veinticinco ha cumplido.

Antonio pasea de un lado para otro.

SOR JUANA. Parece muy vivo de genio.

TERESA. Es que está impaciente. ¿Quiere usted que le llame y le diga que está usted aquí?

SOR JUANA. *Retrocediendo un poco.* ¡No, no!

TERESA. ¿Por qué? ¡Si la quiere a usted tanto! *En voz queda, acercándose a la reja.* Buenas tardes, Antonio.

ANTONIO. *Mirando de un lado para otro.* ¡Teresa! ¿Dónde estás?

TERESA. *Riéndose.* Aquí, hombre, aquí; detrás de la reja. Bien se ve que el señor no tiene costumbre de visitar monjitas.

ANTONIO. ¿No puedes correr la cortina?

TERESA. No, porque no estoy sola. ¿A que no aciertas quién está conmigo? Mi Madre.

ANTONIO. ¿Sor Juana de la Cruz?

TERESA. *A la monja, con alegría, porque él ha adivinado.* ¡Lo ve usted! *A Antonio.* Sor Juana de la Cruz, precisamente. Te hemos estado viendo

desde aquí, y dice que te encuentra muy buen mozo.

SOR JUANA. ¡Jesús! ¡No haga usted caso a esta cotorra!

TERESA. No se apure usted, Madre, que a mí también me lo parece.

ANTONIO. Pues no me lo habías dicho nunca.

TERESA. Es que aquí dentro, como no me ves, no me da vergüenza. Mira, tenemos que avisar que has llegado; pero antes dile a mi Madre una cosa bonita, que si te estás ahí con la boca cerrada, después de las ausencias que he hecho de ti, me vas a dejar mal.

ANTONIO ¿Qué quieres que diga?

TERESA. Lo que te pida el corazón.

ANTONIO. Es que no sé si a una religiosa se la puede decir, aunque el corazón lo pida, que se la quiere mucho.

TERESA. ¡Anda! Yo se lo digo lo menos un millón de veces al día.

ANTONIO. Pues vayan dos millones, porque ha de saber usted, señora, que es imposible conocer a Teresa y no quererla a usted.

TERESA. ¡Como que es un tesoro esta Madre que tengo!

SOR JUANA. ¡Pobre de mí! *Con mucho rubor.* Yo también le tengo mucho afecto, señor, que también esta niña me ha enseñado a estimarle. Ella está un poco ciega, es natural. No sabe del

mundo, y nosotras, ¿qué íbamos a enseñarle? Ahora se la lleva usted tan lejos... no nos la quite usted del todo.

ANTONIO. Señora, yo le juro a usted que estaré siempre de rodillas ante toda la suavidad que le han puesto ustedes en el alma.

TERESA. Si ya le he dicho a usted que es muy bueno, Madre.

SOR JUANA. Que Dios les haga muy felices. Y queden con Dios, que servidora va a buscar a la Madre.

ANTONIO. Pero ¿volverá usted?

SOR JUANA. Con la Comunidad... creo que sí... Muy buenas tardes... Tanto gusto en haberle conocido.

Sale Sor Juana de la Cruz, emocionadísima. Teresa se queda junto a la reja, sin hablar hasta que la Monja desaparece.

ANTONIO. Ahora ya puedes correr la cortina.

TERESA. Un poquito, sí. *Descorre un poco la cortina.* Pero te da lo mismo, porque tú no me ves. ¿Te gusta mi Madre, de veras, de veras? ¿Por qué te has puesto serio? ¿En qué piensas?

ANTONIO. No sé; es una cosa extraña. Desde que estoy aquí, desde que he oído hablar a esta Madre y te siento, sin saber de seguro dónde estás, detrás de esa reja, casi me da miedo quererte; pero ¡cómo te quiero!

TERESA. Menos mal.

ANTONIO. ¿Teresa?

TERESA. ¿Qué?

ANTONIO. ¿No echarás nunca de menos esta paz?

TERESA. ¿A tu lado?

ANTONIO. Es que fuera de aquí hacemos tanto ruido inútil, y tú, ahora lo comprendo, debes ser maestra de silencio.

TERESA. *Riendo.* ¡Maestra de silencio! ¡Si me paso el día albcrotando! Oye, de verdad, de verdad, ¿no te dará vergüenza tener una mujer tan ignorante?

ANTONIO. ¿Ignorante o doctora?

TERESA. Doctora yo, ¿en qué?

ANTONIO. En una ciencia que yo no sabía y tú me has enseñado.

TERESA ¡Búrlate ahora!

ANTONIO. En serio: hasta que te he encontrado a ti, no he logrado conocerme a mí mismo.

TERESA. Ya vienen.

Teresa se aparta de la reja, después de correr la cortina. Entran las monjas silenciosamente, en fila, primero las más jóvenes y en último término la Maestra de Novicias, la Vicaria y la Priora. La Priora se sienta en un sillón a la izquierda de la reja; la Vicaria y la Maestra de Novicias, en dos sillas a la derecha. Las demás quedan en pie, formando grupo. Teresa, también en pie, se apo-

ya en el respaldo del sillón de la Priora. Sor Juana de la Cruz se acerca a ella y le coge la mano. No han de hacer ruido al entrar ni al sentarse. Todas miran con atención y curiosidad, y se sonríen unos a otras; hay un momento de silencio.

PRIORA. ¡Ave María purísima!

Antonio, un poco desconcertado e intentando ver algo a través de la reja, no responde. La Priora vuelve la cabeza y sonríe a la comunidad.

Muy buenas tardes, caballero.

ANTONIO. Muy buenas tardes, señora o señoras mías, que en el misterio de esta reja no sé si hablo con una o con varias.

Risa discreta y queda de las monjas.

PRIORA. *Bajo.* Corra la cortina, hermana Inés.

La hermana corre la cortina.

A Antonio. Habla con toda la Comunidad, que tiene mucho gusto en conocerle.

ANTONIO. Señoras, el gusto y el honor son míos, mucho mayores de lo que ustedes pueden figurarse.

INÉS. Qué lisonjero, ¿eh?

TORNERA. Y qué buen mozo.

INÉS. Calle, a ver qué dice.

ANTONIO. Hace ya mucho tiempo que deseaba visitar a ustedes; Teresa lo sabe y se lo habrá dicho.

PRIORA. Ya, ya, cierto que sí, y le agradecemos mucho el deseo.

ANTONIO. Pero la primera vez que vine al pueblo era Adviento y la segunda Cuaresma, y Teresa me dijo las dos veces que no se les podía ver a ustedes.

VICARIA. Naturalmente, en tiempo de penitencia no tenemos visitas.

ANTONIO. Pero ahora es mes de Mayo y tiempo Pascual.

MAESTRA. Miren qué bien sabe el calendario. ¿Es muy devoto?

ANTONIO. Sí, señora; de unas cuantas santas que todavía no están en los altares.

INÉS. Ay, santas, santas; ¡si nos lo hiciera bueno!

ANTONIO. Dentro de cien años les quemarán a ustedes cirios y les llevarán piernecitas de cera.

TORNERA. ¡Ja, ja, ja! ¡Del reúma cree que vamos a ser abogadas!

MAESTRA. ¿Dentro de cien años? ¿Un siglo nada menos nos da de purgatorio?

ANTONIO. ¡Señora, por Dios! Un siglo de vida, y derechas al coro de serafines.

PRIORA. ¡Vaya si es bromista el señor don Antonio!

ANTONIO. Hablo en serio. No saben ustedes, cuando me acuerdo de la muerte, la tranquilidad que me entra al pensar que tantas manos blancas han de dar para mí un empujón a la puerta del

Paraíso. Porque supongo que con la familia pondrán ustedes un poco de influencia.

SOR SAGRARIO. *Riéndose.* ¡Ay, con la familia!

VICARIA. Todos somos hijos de Dios.

ANTONIO. Pero yo lo seré por partida doble, como yerno de ustedes, que son sus esposas.

VICARIA. ¡Ay, no haga broma de las cosas santas!

ANTONIO. No, señora. Y ustedes me perdonen todas las tonterías que llevo dichas, que yo les juro a ustedes que no son más que miedo.

MAESTRA. ¿Miedo le damos?

ANTONIO. Sí, señora, mucho, a fuerza de respeto y de cariño. He venido aquí turbado, como nunca lo estuve, no sé si a dar las gracias o a pedir perdón.

PRIORA. ¿Perdón?

ANTONIO. Sí, porque acaso soy indigno del tesoro que ustedes me entregan.

PRIORA. Ya sabemos por el señor Doctor que es buena persona.

MAESTRA. Y el cariño que la niña le tiene responde por usted. No había el Señor de permitir que, estando ella criada en su santo temor, fuera a prendarse de un malvado.

ANTONIO. Malvado no lo soy, pero soy un hombre, y ustedes señoras, con toda la piedad de su alma, han estado criando una flor para el cielo. Cuando la conocí me dijo el corazón que

había tropezado con un milagro; cuando me atreví a hablarla, me entró un temblor sobrenatural; cuando le dije mi cariño, la conciencia me estaba mandando ponerme de rodillas, y ahora que llego a pedirles a ustedes mi felicidad, no sé qué prometerles en prenda de mi agradecimiento, ni cómo darles gracias por la honra que me hacen.

VICARIA. Puede que tenga más razón de lo que piensa, señor don Antonio.

MAESTRA. ¡Madre!...

VICARIA. Déjenme hablar. Dice muy bien. La niña no es de esas mundanas que llevan al esposo una gran hermosura corporal. Claro que no puede llamarse desgraciada, pero eso es todo. Tampoco lleva dote: es más pobre que nadie; pero lleva un tesoro, único que nosotras hemos podido darle, que vale mucho, más que el oro y la plata, y es el temor de Dios. De ése usted no responde, y le pedimos su palabra de que ha de respetarlo en ella y en sus hijos si el Señor es servido de enviárselos.

ANTONIO. Teresa será siempre dueña absoluta de su conciencia, y mi casa y mis hijos serán lo que ella quiera que sean. ¡Palabra de honor!

PRIORA. No le pesará, que ella es mujer prudente.

VICARIA. Y nada mojigata, que aunque, como ha dicho muy bien, la hemos criado para el cielo,

nunca pensamos que hubiera de ganarlo en el claustro.

SOR MARÍA JESÚS. ¿Ahora se van muy lejos?

ANTONIO. Sí, señora; es decir, ya no hay nada lejos en el mundo. La semana que viene embarcamos; yo llevo a América la dirección de una casa constructora.

PRIORA. Ya, ya sabemos...

ANTONIO. Por eso ha sido este apresuramiento. Yo no quería marcharme solo.

TORNERA. ¿Se mareará la niña en el barco? Mire, que nos la cuide bien.

INÉS. Y que, cuando esté sofocada, no la deje beber agua fría, que ella es muy loca para eso.

SOR MARCELA. Y no vaya a olvidarse de que tiene costumbre de tomar duchas todas las primaveras.

INÉS. Y que si toma frío y tose, beba un vaso de leche muy caliente con una cucharada de ron y mucho azúcar, que es lo único que la hace sudar.

TERESA. Hermana, de eso ya me cuidaré yo.

INÉS. Sí, sí, buena eres tú. No la haga usted caso, señor don Antonio, que ella se pasa de mirada, y como no le den las cosas, muriéndose ha de estar y no las pide.

PRIORA. Vaya, no le aturdan con recomendaciones, que de sobra sabe él lo que ha de hacer.

ANTONIO. *Sonriendo.* Mejor será que me las pongan todas en un papelito.

TORNERA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrente!

SOR SAGRARIO. ¿Y cuántos días llevan de barco?

ANTONIO. Dos semanas.

SOR MARCELA. ¡Jesús, qué eternidad! ¿Y si hay tormenta?

MAESTRA. Lo menos otros quince días tardarán en llegar aquí las cartas.

ANTONIO. En desembarcando pondremos un parte, y en medio del mar otro, y con eso sabrán el mismo día por dónde andamos.

INÉS. ¡Madre de Dios! ¿Desde el medio del mar mandan partes ahora? ¿Por dónde vienen las palabras?

TERESA. Sueltas por el aire, como los pájaros.

INÉS. ¡Lo que inventan los hombres! Cuando servidora estaba en el siglo, venían por alambre, y ya parecía cosa del diablo.

ANTONIO. No crea, hermana, que será muy ajeno a tales invenciones.

INÉS. Por si o por no, cuando llegue el parte, bueno será rociar el papel con agua bendita.

PRIORA. ¡Ay, hermana Inés, no sea sencilla! ¿No ve que todo es broma?

VICARIA. Ya deben ser las cinco. Ya estará al llegar tu padrino, niña.

ANTONIO. Y yo no quiero molestar más a ustedes.

PRIORA. No molesta, pero a las cinco tenemos que cerrar el locutorio.

ANTONIO. Ustedes perdonen si cometo una terrible falta de etiqueta, pero quisiera pedirles un favor.

PRIORA. Si está en nuestra mano...

ANTONIO. Aunque, al parecer, han corrido ustedes una cortina, el misterio de esta reja sigue siendo misterio para mí, pecador, y no quisiera marcharme sin haberles visto a ustedes la cara. ¿Es mucho pedir?

PRIORA. Hoy es día de dar. Corre esas cortinas, Teresa.

Teresa corre las cortinas de las ventanas, con lo cual se ilumina el locutorio.

ANTONIO. *Inclinándose.* Señoras...

VICARIA. ¿Qué le pareció la visión?

ANTONIO. No la olvidaré mientras viva.

PRIORA. Pues vaya con Dios y viva mil años. *Cogiendo de la mano a Teresa.* Y aquí tiene a la niña. Mire que se la damos con mucho amor... y hágala muy feliz.

ANTONIO. Respondo con mi vida de su felicidad.

PRIORA. Dios les ayude.

MAESTRA. Teresa le dará de nuestra parte unos escapularios: regalitos de monja. No valen

nada, pero están tocados en la reliquia de nuestro padre Santo Domingo. Guárdelos en recuerdo de este día.

ANTONIO. Los guardaré. Señoras, hasta pronto. No me olviden ustedes en sus oraciones.

VICARIA. Y usted no se olvide de rezarlas por su cuenta de cuando en cuando, que en el camino de la salvación todo el mundo puede servirnos de ayuda, pero el primer paso le hemos de dar solitos. Vaya con Dios.

TODAS. Vaya con Dios.

ANTONIO. Señoras...

Sale. En cuanto ha salido, la Demandadera entra en la parte exterior del locutorio y cierra las ventanas. Una monja corre la cortina de la reja. Hay un momento de silencio, y algunas de las monjas suspiran diciendo: «¡Ay, Señor! ¡Ay, Dios mío! ¡Todo sea por Dios!» Suena dos veces la campana.

VICARIA. ¿No le dije, niña? Ya está ahí tu padrino. *Teresa, en medio de las monjas, las mira con un poco de angustia. La Tornera va a abrir la puerta.*

PRIORA. Que pase aquí, que pase. *Entra el médico del brazo de la hermana Tomera; está muy viejo, pero no decrépito ni abatido.*

MÉDICO. Buenas tardes, señoras... buenas tardes, niña.

TERESA. *Besándole la mano.* Buenas tardes, padrino.

MÉDICO. Gran reunión... la despedida, ¿eh?... ¿Ya vieron a ese caballero?

Las monjas no contestan.

Buen muchacho, ¿no?... En la puerta aguarda, y tenemos una hora de coche hasta llegar al tren, de modo que ya puedes prepararte, hija mía.

Teresa sale con Sor Juana de la Cruz.

El baulito, ¿eh? Pueden sacarlo hasta la puerta, que fuera hay quien lo cargue.

Dos o tres monjas arrastran del baúl, sacándole por la puerta de la izquierda.

Eso es. *Se sienta en el sillón de la Priora.* ¿Qué me cuentan?

PRIORA. Ya ve usted.

MAESTRA. ¡Quién nos lo había de decir, hace diez y ocho años!

MÉDICO. Diez y ocho años; ya vamos para viejos, reverenda Madre.

PRIORA. Eso es lo de menos.

INÉS. ¿Cuantos años tiene usted ya?

MÉDICO. Sesenta y ocho, hermana.

INÉS. Pues nadie lo diría.

MÉDICO. *Intentando un chiste, por animar a las monjas.* Es que estoy conservado en santidad como los limoncillos en almíbar.

Pero ninguna de las monjas se ríe.

Un poco triste, ¿eh?

SOR MARCELA. ¡Qué se le va a hacer!

SOR SAGRARIO. Ni siquiera casarse en nuestra capilla.

MÉDICO. La madre de él es vieja y está enferma, y claro, se ha empeñado en que la boda se celebre en su casa.

PRIORA. Es natural. ¡Pobre señora! *Pausa.*

MAESTRA. ¡Marcharse tan lejos!

MÉDICO. ¡Volverá, volverá!

PRIORA. Ella que no sabe del mundo...

MÉDICO. No hay que apurarse; él es hombre honrado.

VICARIA. Sí que lo parece.

Entran Teresa y Sor Juana de la Cruz. Bien se ve que las dos han llorado. Teresa viene de mantilla y con abrigo puesto, y trae al brazo un mantón que ha de servirle de manta de viaje. Se queda en medio de la habitación, sin atreverse a despedirse.

MÉDICO. ¿Ya estás lista?

TERESA. Ya... sí...

MÉDICO. Pues despídete, hija, que ya es tarde.

PRIORA. Sí, sí, no hagas esperar más.

TERESA. *Arrodillándose a los pies de la Priora y besándole el escapulario.* Madre...

PRIORA. Levanta, hija, levanta.

TERESA. Bendígame usted, Madre.

PRIORA. Dios te bendiga, sí; pero levanta.

Al levantarse Teresa, la Priora la abraza.

TERESA. Madre... yo no sé qué decirles... yo no me sé marchar. Perdónenme todas todo el mal que haya hecho en tantos años. He sido loca, disipada, he dado tanto que hacer a todas... Perdónenme. Yo quisiera hacer algo muy grande por ustedes... ¡Que Dios se lo pague, que Dios se lo pague! *Se echa a llorar.*

PRIORA. Vamos, hija, no llores, no te aflijas así...

TERESA. ¡Si no me aflijo... es que... Madre, yo nunca me olvidaré de ustedes... recen por mí... no se olviden ustedes de mí!

PRIORA. Sí, hija, sí; rezaremos para que Dios te ayude. Tú pídele consejo siempre, antes de decidirte a cosa alguna, que la libertad que se goza en el siglo es como espada en manos de un niño, y la vida es difícil y amarga muchas veces.

MAESTRA. Gracias a que ella lleva el corazón bien templado para arrostrar todo lo que venga. ¿Verdad, hija?

TERESA. Verdad, Madre.

PRIORA. ¿Verdad que serás siempre piadosa y buena?

TERESA. Sí, Madre, sí.

VICARIA. Mira que tú estás más obligada que nadie, porque sales de la misma casa de Dios.

TERESA. Sí, Madre, sí.

PRIORA. Acuérdate de todas las mercedes

que te ha hecho; acuérdate de que toda tu vida es como un milagro, de que has vivido como nadie vive, de que te has criado como nadie se cría, como la Santísima Virgen, dentro del templo.

MAESTRA. Como en el Evangelio, Dios ha sido tu padre y tu madre más que para criatura ninguna.

PRIORA. Piensa que eres la rosa de su jardín y el granito de incienso de su incensario.

PRIORA. Sí, Madre, sí me acordaré de todo, siempre de todo...

MAESTRA. Mira, hija, que no dejes ninguna noche de hacer examen de conciencia.

TERESA. No, Madre.

SOR JUANA. Que escribas a menudo.

TERESA. Sí, Madre.

MÉDICO. Vamos, Teresa, vamos.

TERESA. *Echándose de repente en sus brazos.* ¡Ay, padrino! ¡No me las abandone usted!

MÉDICO. ¡Hija de mi vida! Que ellas no me abandonen a mí. Si esto es mi casa. Más de cuarenta años entrando en ella día por día. No hay nadie más antiguo que yo dentro de estas paredes. No tengo hijos. Si amores tuve, ¡hace ya tanto tiempo, que se me olvidaron!... Y las que para ti han sido madres, para mí son hijas. Ya delante de mí no se tapan la cara. ¿Para qué? Me parece como si las hubiera visto nacer a todas.

Aquí dentro *Conmoviéndose.* me quisiera morir para que ellas me cerrasen los ojos...

MAESTRA. Vamos, vamos, Doctor, ¿quién habla de morirse?

PRIORA. ¡Váyanse, váyanse!

TERESA. *Mirándolas una por una.* ¿No me abrazan?

Todas las monjas, después de consultar con la mirada a la Madre, la abrazan en silencio: sólo Sor Juana de la Cruz, al abrazarla, dice:

SOR JUANA. ¡Hija mía!

PRIORA. Hija, que encuentres lo que buscas en el mundo, que así lo esperamos y a Dios se lo pedimos; pero si así no fuere, aquí está tu convento.

TERESA. Gracias, gracias...

MÉDICO. Vamos, niña, vamos...

Salen el Médico y Teresa; pero ella vuelve desde la puerta y abraza apasionadamente a Sor Juana de la Cruz. Después sale. Sor Juana de la Cruz apoya la cabeza en la reja, de espaldas al público, y llora en silencio. Pausa. Suena la campana llamando a coro.

PRIORA. Llaman a coro.

MAESTRA. Vamos.

Todas se disponen a salir con tristeza. La Vicaria, que ve la situación, a su entender, desmoralizante, quiere remediarla; ella misma está conmovidísima, pero se obstina en vencerse y dice en voz

que ella quiere aparentar serena, pero que está como anegada en lágrimas:

VICARIA. Un momento: he observado que algunas... en el rezo... no marcan lo bastante la división en medio del versículo, y en cambio, arrastran la última palabra de modo lamentable. Cuiden de esto, porque de sobra saben sus reverencias que la belleza del oficio consiste muy principalmente en marcar las *pausas* y evitar las *colas*. Vamos allá.

Se oyen dentro los cascabeles del coche. Las monjas desfilan. El telón empieza a bajar lentamente al empezar a desfilar las monjas. Sor Juana de la Cruz queda sola en escena y se deja caer en un sillón, llorando acongojada.

CAE EL TELON

PRIMAVERA EN OTOÑO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Representada por primera vez en Madrid en el
TEATRO DE LA PRINCESA
el 3 de Marzo de 1911.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA (37 años).....	María Guerrero
AGUSTINA (18 íd.).....	Catalina Bárcena.
LA PURA (35 íd.).....	Elena Salvador.
EL AMA JUSTA (65 íd.)...	María Cancio.
DON ENRIQUE (44 íd.)...	Fernando Díaz de Mendoza.
JUAN MANUEL (28 íd.)...	Luis Martínez Tovar.
MANOLO (25 íd.).....	Ricardo Vargas.
EL MODISTO (35 íd.).....	Fernando Montenegro.

La acción del primer acto, en Madrid.
La del segundo y tercero, en un pueblo de la costa cantábrica
Época actual.

A MARIA GUERRERO

Y

A FERNANDO DIAZ DE MENDOZA

CON MUCHA ADMIRACIÓN Y MUCHO CARIÑO

ACTO PRIMERO

Un salón amueblado con bastante lujo y no demasiado mal gusto, pero un poco en desorden.

Agustina está sentada delante de un grandísimo espejo de tres hojas. Elena termina de peinarla, y la Pura está en admiración cerca de una mesita donde hay peines, cepillos, cajas de alfileres, lazos, frascos de esencias...

ELENA. Mírala, mírala. ¡Ay, qué pelo tiene esta hija mía de mi alma! Tú, dame ese lazo; no, ese otro, el negro. ¡Hija, parece que estás alelada! Así, ¿con qué le prendo? Justo; un alfiler, para clavársele a mi niña y que se me convierta en paloma. ¡Huy! *Besa a Agustina apasionadamente.* ¿Quién te quiere a ti? *A Pura.* ¡Una horquilla, mujer, una horquilla! Invisible, para que no atraviese el terciopelo. ¡Gorda! ¡Ni que hubiera que sujetar un toro! Pequeña, mujer; pequeña y fuerte. ¡Hija, qué idiota eres!

PURA. Es que la vuelves a una loca con esos gritos.

ELENA. Pues ya debías estar acostumbrada.

PURA. A lo malo no se acostumbra una nunca.

ELENA. Dame el perfumador. ¡No, ése no, el de violeta; a ver si tiras cuatro o cinco frascos! Vuelve esa cabeza. ¡Cierra los ojos, que se te va a entrar el perfume dentro y escuece que rabia! ¡También tú eres un poco pava! Ya te irás despabilando a mi lado. ¡Levántate! *A la Pura.* ¡Estírale esa falda! Bueno, ahora mírate al espejo a ver si te gustas.

AGUSTINA. ¡Ja, ja, ja, ja!

ELENA. ¿De qué te ríes?

AGUSTINA. De que parezco un perro de aguas con estas greñas sueltas.

ELENA. En cambio, cuando te peinas tú, pareces un coco con el pelo estirado y el moñito arriba. ¿Quién te manda que te peines tú? Tu padre, como si lo viera. Siempre ha sido muy ridículo el pobre.

AGUSTINA. Papá no se mete en esas cosas... es Manolo que dice que no le gustan estos rizos tan locos que tengo, porque... porque parezco una postal...

ELENA. Y él, ¿qué parece? Un espantapájaros.

AGUSTINA. No, mamá, que es muy guapo... y muy buen mozo.

ELENA. Pero muy antipático.

AGUSTINA. Si no le conoces.

ELENA. Me lo figuro. ¡Cuando te le ha escogido para novio tu padre!

AGUSTINA. ¡Ay, mamá, si no ha sido mi padre!

ELENA. Pues, ¿quién ha sido?

AGUSTINA. ¡Yo!

ELENA. Pero él está rabiando porque te cases.

AGUSTINA. ¡No lo creas!

ELENA. ¡Ah! ¿No? Entonces, ¿a qué te manda aquí con la comisioncita?

AGUSTINA. Si no es comisioncita... ni me manda él tampoco.

ELENA. Pues, hija, no te entiendo.

PURA. Como no la dejas hablar...

ELENA. No sé a ti quién te da vela en este entierro.

PURA. ¡Si no va una a poder decir lo que le parece!

ELENA. Recoge todo eso y llévatelo, que lo que parece esto es el puerto de arrebatacapas.

PURA. Es que no siendo a ti, a nadie se le ocurre armar el tocador en la sala.

ELENA. Hago lo que quiero, que para eso estoy en mi casa.

AGUSTINA. Pero, madre, Pura, ¿qué gusto sacáis en estar todo el día disputando?

ELENA. No es disputar: es hablar fuerte.

PURA. Ejercicios de voz que hace tu madre, niña; gracias a que a mí por un oído me entra y por otro me sale.

ELENA. Bueno; explícate tú, a ver si te entendemos.

AGUSTINA. Si es muy sencillo... Que Manolo me quiere mucho, mucho.

ELENA. Ya...

AGUSTINA. Y yo le quiero a él.

ELENA. ¿También mucho?

AGUSTINA. También.

ELENA. ¡Qué sabes tú!

AGUSTINA. ¡Madre!

PURA. ¡Pues si ella no lo sabe!

ELENA. No lo sabe, no. ¡Qué va a saber con diez y siete años que tiene!

AGUSTINA. Diez y ocho y medio, madre.

ELENA. Hija, no te corre a ti poca prisa hacerme vieja.

AGUSTINA. ¡No te enfades, mamá!

ELENA. Esa es otra. ¡No te enfades, mamá! Ni que yo fuera el ogro. No me enfado, y menos contigo; pero te digo la verdad de las cosas. Vamos a ver, ¿cuánto tiempo hace que sois novios?

AGUSTINA. Mucho... no sé... desde siempre... es decir, desde hace ya muchísimos años...

ELENA. ¿Muchísimos? ¿Dónde le conociste? ¿Dónde le has encontrado?

AGUSTINA. No le he encontrado... porque siempre hemos estado juntos... ya ves... somos vecinos: la huerta suya, pared por medio con la de casa.

ELENA. ¡Muy bonito! Así habrás aprendido de picardías tú con el tal Manolo.

AGUSTINA. No, mamá; he aprendido a quererle.

ELENA. Algo es algo.

AGUSTINA. Si vieras, es muy bueno... tan serio, tan formal. ¡Si no fuera por él sería yo más loca! Pero él tiene una maña para mandarme...

ELENA. ¿Sabes lo que te digo? Que eso no es amor ni Cristo que lo fundó...

AGUSTINA. ¡Mamá!

ELENA ¡Mamá! ¡Es costumbre, aburrimiento! ¡Muy formal, muy formal! y muy dominante... ¡Qué joya de niño! ¡Tu padre tiene la culpa de todo! ¡A quién se le ocurre tenerte encerrada en aquel pueblo! ¡Te has enamorado de él, porque en algo vas a pasar el tiempo...pero no le quieres!

AGUSTINA. ¡Sí, madre; sí!

ELENA. ¡No, madre; no! El amor tiene que entrar de pronto.

PURA. ¡Como un patatús!

ELENA. Como una luz del cielo. Así me entró a mí por tu padre.

PURA. Pues puedes aconsejarle el sistema; con lo bien que a ti te ha resultado.

ELENA. ¡Ya metiste tú la patita! ¡No sé qué falta hace que la niña se entere de ciertas cosas!

PURA. Como si no las supiera de sobra: el secreto a voces.

ELENA. No hay secreto ninguno: yo siempre le he querido a tu padre muchísimo... y le quiero; *Con perfecta indiferencia.* pero no hemos podido vivir juntos porque... porque la vida es la vida, y porque el pobre tenía ¡y le tendrá! un genio inaguantable. También él era muy formal, también. Verdad es que él te habrá dicho que yo soy muy loca.

AGUSTINA. No, mamá.

ELENA. ¿Pues qué te ha dicho?

AGUSTINA. Nada; lo que tú: que la vida es la vida, y que no habéis podido vivir juntos.

ELENA. De lo cual él se alegra.

AGUSTINA. No se alegra.

ELENA. Eso es lo que traerás encargo de decirme para hacerme tragar el anzuelo.

PURA. ¡Y tú serás tan prima que te lo tragues!

ELENA. Haré lo que se me ponga en el moño.

PURA. ¡Ya lo sabemos, porque otra más infeliz que tú no ha nacido de madre!

ELENA. Habla tú, que eres el rigor de las desdichas.

PURA. Porque no tengo otro remedio; porque soy fea, y pobre, y no me ha dado Dios ninguna habilidad de las que vuelven el juicio a los hombres; pero tú, con esa cara, y ese cuerpo, y esa voz, ¡y el dinero que ganas! ¡Niña, hasta los reyes se vuelven locos oyéndola cantar! ¡Y puede que el muy cuco se haya figurado que te vas

a ir así de rositas a enterrar en el pueblo por su linda cara, ahora que estará el alma mía para sacarlo con una espuerta al sol! ¡Y te manda a la niña porque sabe que tienes un corazón que no te *coge* en el pecho, y que eres tonta, pero tonta perdía!

ELENA. ¿Te quieres callar, te quieres callar?

PURA. Sí, ya me callo, porque no tengo más qué decir.

ELENA. ¡Quítate de mi vista!

PURA. ¡Porque te digo la verdad! Y que no habrá sido él tan tonto como tú. ¡Digo, si se habrá divertido con quien le parezca en diez y seis años de ausencia! ¡Buenos son los hombres! ¡Porque tu madre ha sido tonta, niña, y lo sigue siendo! Eso ahora no lo entiendes tú; pero ya lo entenderás cuando te cases, si te casas, que San Antonio bendito se porte contigo mejor que con ella. No me mires tú con esos ojos de basilisco, que no he dicho nada, que de sobra sé yo cómo hay que hablar con una criatura inocente; y si te quieres marchar con él, te marchas, que siempre harás lo que te dé la gana, y yo contigo de cabeza al infierno; pero luego no vengas con Pura por arriba y Pura por abajo, y que a este hombre ni su madre lo aguanta, porque ya lo sabíamos.

ELENA. ¿Quieres un vaso de agua con azucarillo?

PURA. ¡Ya me voy, ya!

Sale Pura.

ELENA. Que preparen el coche, que vamos a salir. No la hagas caso; está de remate... Oye, y no vayas a tomar en cuenta esas atrocidades que dice, porque una cosa es que tu padre y yo... *Muy apurada.*

AGUSTINA. *Dejándose caer en una silla.* ¡Ja, ja, ja, ja!

ELENA. ¿De qué te ríes?

AGUSTINA. De que me hacéis una gracia loca. ¡Ay, madre, madre!

ELENA. Muy bonito. *Casi saltándosele las lágrimas.* ¡Ríete de mí!

AGUSTINA. Pero, mamá. ¡Vamos! *Corriendo a ella y abrazándola.* Mamá, ¿qué tienes?

ELENA. ¿Que qué tengo? Que hasta el respeto de mi hija me han quitado. ¡Sabe Dios lo que te habrán contado de mí!

AGUSTINA. No me han contado nada, ni necesito yo para respetarte y para quererte que me cuenten ni me dejen de contar. Eres mi madre, y basta.

ELENA. Nadie te ha enseñado a quererme como hija.

AGUSTINA. He aprendido yo sola, por lo mucho que te necesitaba.

ELENA. ¡Sí, que tú habrás pensado mucho en mí!

AGUSTINA. Mucho, madre, mucho; de pequeña, porque me parecías, ¡qué sé yo!, una reina, un hada; eras tan bonita, tan bonita en los retratos, y estabas tan lejos, y me enviabas tantas, tantas cosas bonitas como tú!

ELENA. ¡Chiquilla mía! *La abraza.*

AGUSTINA. Y después, de mayor, no sé cómo explicarte; tantas horas de soledad en aquel caserón, cosiendo, leyendo o sin hacer nada, teniendo que aprender yo sola a ser mujer, a querer, a llorar, porque papá me quiere mucho, y Manolo también; pero son hombres, y los hombres no entienden de locuras.

ELENA. ¡Es verdad! *Muy convencida.*

AGUSTINA. Tú sí que no te acordarías de mí por esos mundos, viendo tantas cosas, con tanta gente que te quiera y te admire. ¡Cómo te aplaudían anoche!

ELENA. Pues aquí no es nada; si vieras en Rusia, que es donde tengo yo mi público, y en Viena, y en Berlín... ¡Ay, chiquilla, chiquilla! *La abraza.* ¿A ti no te gustaría cantar?

AGUSTINA. No sé... no lo he intentado nunca.

ELENA. ¿No te ha enseñado música tu padre?

AGUSTINA. Sí; pero a... Manolo *Bajando un poco los ojos.* no le gusta que cante. ¡No te enfades!

ELENA. No, no: con su pan se lo coma; pero sí que debe ser un poco raro el niño.

AGUSTINA. No es raro, es así.

ELENA. ¿Y es a él a quien se le ha ocurrido la condicioncita para el matrimonio?

AGUSTINA. No, mamá. Claro que él también se alegraría muchísimo de que papá y tú os reunieseis, por los dos... y por mí, porque dice que marido y mujer deben vivir juntos. *La madre da en el suelo con el pie.* Pero el que se empeña, y dice que si no no se casa... es decir, no me caso... es su padre, que es muy bueno, ¿sabes?, y muy mirado, como es sacerdote...

ELENA. ¿Cura?

AGUSTINA. Si no tiene nada de particular... cuando nació Manolo no lo era... estaba casado, naturalmente... pero luego se le murió la madre de Manolo, su mujer, y como él la quería tanto... para no volverse a casar, y por no dar madrastra a su hijo, porque le quería también mucho...

ELENA. Ya podía meterse el buen señor a gobernar su casa.

AGUSTINA. Por eso dice él que es por el buen ejemplo de su casa, es decir, de la mía.

ELENA. Y el alma cándida de tu novio, ¿qué?

AGUSTINA. Ya ves, no le va a dar un disgusto a su padre.

ELENA. Claro; es mucho más cómodo que me lo des tú a mí.

AGUSTINA. Pero, mamá, si no es disgusto.

ELENA. ¿A quién le cabe en la cabeza que

voy a ir a mis años a vivir con tu padre, si de jóvenes, cuando nos queríamos, no nos pudimos aguantar?

AGUSTINA. Papá es muy bueno.

ELENA. Sí, hija; pero muy chinche.

AGUSTINA. ¿No quieres?

ELENA. ¡No puedo!

PURA. *Entrando,* El señorito Juan Manuel.

ELENA. Que pase. *A Agustina, que se ha levantado.* No te vayas tú.

AGUSTINA. Ahora vuelvo; tengo que escribir una carta.

ELENA. Sí, que no se olvide... Dale memorias de mi parte, y a su papá, también.

Sale Agustina.

Elena se levanta y se arregla un poco el pelo al espejo; cuando entra Juan Manuel, aún está ella en pie y mirándose; las primeras frases las hablan sin mirarse directamente, sino en la luna del espejo, al cual él se acerca por detrás de ella.

JUAN MANUEL. ¿Se puede entrar? Buenas tardes. ¿Coqueterías?... No me faltaba más.

ELENA. Es que no le quiero a usted recibir con cara de suegra... Buenas tardes... *Le da la mano sin volver la cabeza.* Y como acabo de pelearme por poderes con un yerno que voy a tener, es decir, que me parece que no voy a tener, porque se le ha ocurrido a su papá que para casarse

con mi hija tengo que reunirme yo con mi marido... y lo que es eso... ¡magras!

JUAN MANUEL. ¿Pero está usted segura, completamente segura, de que es hija de usted esa porcelana que nos ha presentado usted anoche?

ELENA. ¿Usted lo duda?

JUAN MANUEL. Me parece que esa maternidad es un sueño color rosa que ha tenido usted.

ELENA. ¡Sí, hace diez y ocho años!

JUAN MANUEL. ¡Imposible!

ELENA. Mire usted: aquí, en las sienes, dentro de poco voy a tener canas.

JUAN MANUEL. Y yo también.

ELENA. Pero a usted le saldrán de la mala vida.

JUAN MANUEL. ¿Usted cree?

ELENA. Me han contado horrores.

JUAN MANUEL. Siempre se exagera.

ELENA. Más vale así.

JUAN MANUEL. Además, que usted tiene la culpa...

ELENA. ¿Yo?...

JUAN MANUEL. ¡Si hubiera usted querido ser buena conmigo, me salvo!

ELENA. Tiene gracia. Para salvarse un hombre, siempre necesita que se pierda una mujer por el.

JUAN MANUEL. ¿Usted le llama a eso perderse?

ELENA. Así le dicen en mi tierra.

JUAN MANUEL. Que es Madrid, ¿no?

ELENA. Madrid, a mucha honra.

JUAN MANUEL. A toda la que usted quiera, porque también soy madrileño yo.

ELENA. ¡Usted no es de ninguna parte!

JUAN MANUEL. Puede que tenga usted razón. ¡Ay, si todo el mundo se pudiera encerrar en ese espejo! ¡Tápese usted los oídos, que le voy a decir cuatro locuras a esa fiera que nos está mirando!

ELENA. ¡Formalidad, eh, formalidad!

JUAN MANUEL. Sí, señora, ¡qué remedio me queda!

ELENA. Siéntese usted. *El va a sentarse muy cerca de ella.* No, ahí no; en la butaca; y háble me usted de cosas correctas.

JUAN MANUEL. ¡Ay, cómo la he querido a usted, Elena!

ELENA. Menos mal, ya suspira usted en pasado.

JUAN MANUEL. Por ver si me convenzo a mí mismo de que no hay porvenir posible. Dígame usted, Elena, ¿por qué nos tiene usted esa rabia a los hombres?

ELENA. Si no es rabia.

JUAN MANUEL. Bueno, esa desoladora indiferencia.

ELENA. Porque para una vida basta con uno, créamelo usted a mí.

Se ríe.

JUAN MANUEL. Eso es lo único que me consuela, oirla a usted reirse del amor, y pensar que todos estamos iguales.

ELENA. Completamente iguales; es decir, hay algunos, como usted, a quienes querría yo escandalosamente, si no tuviera miedo de que tomaran ellos el rábano por las hojas, porque los hombres son ustedes más presumidos que una mona, y meten ustedes la patita con una facilidad que asusta; ¿de qué se ríe usted?

JUAN MANUEL. De que si no dijera usted de cuando en cuando meter la patita, dar la lata, tomar el pelo y otras... frivolidades por el estilo, sería usted una mujer perfecta.

ELENA. Sí, pero no sería yo.

JUAN MANUEL. Tiene usted razón, diga usted lo que quiera.

ELENA. *Viendo que Agustina asoma la cabeza por entre la cortina.* Pasa, pasa. ¿Se acabó ya el correo?

AGUSTINA. Ya... y cumplí tu encargo. Buenas tardes.

JUAN MANUEL. Muy buenas, señorita. ¿Usted me hace el honor de recordar mi insignificante persona?

AGUSTINA. Ya lo creo; no tengo tan mala memoria: en doce horas que hace que nos hemos visto.

ELENA. El señor no quiere creer que eres mi hija.

AGUSTINA. Eso prueba que no me parezco a ti.

Se coloca al lado de su madre.

JUAN MANUEL. No... es decir... puede... déjeme usted que la mire despacio.

AGUSTINA. ¡Tiene gracia!

JUAN MANUEL. En las facciones, no... no mucho; pero en la expresión, en lo que va por dentro, ¡esa chispa burlona que se le enciende a usted en los ojos, porque su madre de usted es muy burlona!

ELENA. ¡No lo sabia!

AGUSTINA. Pues yo no lo soy.

JUAN MANUEL. Entonces, ¿por qué se ríe usted ahora mismo?... Sí, sí, de bastante le sirve a usted apretar los labios... le sale a usted la risa por los ojos.

AGUSTINA. Me río porque estoy contenta.

JUAN MANUEL. ¿De estar en Madrid?

AGUSTINA. De estar con mi madre.

ELENA. ¡Dios te bendiga! ¡Huy!

La abraza apasionadamente. Agustina se aparta riéndose, pero un poco confusa. Juan Manuel se frota las manos y sonríe para ocultar también un poco de turbación.

PURA. *Desde la puerta.* Niña, ahí está el modisto, que dice que te viene a probar el traje; que si puedes ahora, que si no volverá, que tiene mucha prisa.

ELENA. Sí, sí; ahora mismo.

Sale Pura.

JUAN MANUEL. Aquí estoy yo de más.

ELENA. Al contrario; espérese usted, que voy a ponérmelo: es para madame Buterfly, y usted, que ha estado en el Japón, me puede dar consejos. *El se inclina asintiendo.* Hablen ustedes alto, que les oiga; dejaré la puerta entornada.

Sale.

AGUSTINA. *Después de una pausa.* Qué buena es mi madre, ¿verdad?

JUAN MANUEL. ¡Demasiado!

AGUSTINA. ¿Por qué demasiado?

JUAN MANUEL. *Se acerca a ella.* Por nada. Usted perdone.

AGUSTINA. ¿De veras, de veras ha estado usted en el Japón?

JUAN MANUEL. Dos años seguidos. ¿Le sorprende a usted?

AGUSTINA. Es que hay países que parece que no pueden estar más que en el mapa. ¡Tan lejos, tan extraños como deben ser! ¿Y en la India ha estado usted también?

JUAN MANUEL. También.

AGUSTINA. Una vez leí yo un cuento de Ceilán. ¿Es verdad qué huele muy bien el aire, mucho antes de acercarse a la isla?

JUAN MANUEL. Sí, es verdad, sí.

AGUSTINA. ¡Dios mío! *Juntando las manos.* ¿Y ha estado usted en Cuba?

JUAN MANUEL. Dos veces.

AGUSTINA. ¿Y en Norte-América?

JUAN MANUEL. En Norte-América... y en Australia... y en Rusia.

AGUSTINA. ¡Qué frío!

JUAN MANUEL. Sí; en invierno.

AGUSTINA. Es verdad. *Se ríe.* ¡Qué tonta soy! ¿Qué es usted que ha viajado tanto?

JUAN MANUEL. Diplomático por oficio y vagabundo por vocación.

AGUSTINA. No es mala la vocación.

JUAN MANUEL. ¿Le gusta a usted más que el oficio?

AGUSTINA. Qué sé yo. Eso de diplomático también parece cosa sólo de novelas.

JUAN MANUEL. ¿Usted lee novelas?

AGUSTINA. Muchísimas.

JUAN MANUEL. ¿Y le gustan a usted?

AGUSTINA. Unas sí y otras no.

JUAN MANUEL. ¿Las de amor?

AGUSTINA. ¿Las de amor? Sí... también... cuando están en cartas o finge que las cuenta el interesado, porque entonces parece que son más verdad: Werther me gusta. ¿A usted no?

JUAN MANUEL. Muchísimo.

AGUSTINA. Como sonreía usted así.

JUAN MANUEL. No era por eso: es que cuan-

do le he preguntado a usted si le gustaban las novelas de amor, ha dicho usted: también, y estaba pensando...

AGUSTINA. ¿Que cuáles serán las que más me gusten? Si se lo digo a usted, sí que se ríe usted de veras.

JUAN MANUEL. ¡No, no!

AGUSTINA. Es que es un gusto raro, de chico; las novelas que más me gustan de todas las que he he leído en mi vida son las de aventuras del capitán Mayne Red, *¡El llano estacado! ¡El lejano Oeste!* Por eso le he preguntado a usted si ha estado en América del Norte; por saber si había visto usted pieles rojas de carne y hueso.

ELENA. *Dentro.* ¿De qué hablan ustedes?

AGUSTINA. De los pieles rojas, mamá.

ELENA. *Dentro.* ¡Jesús, Ave María! ¡Qué ridiculez!

AGUSTINA. A mí me gustaría correr mundo, aunque fuese en un carro.

JUAN MANUEL. Pues a viajar tocan.

AGUSTINA. Me parece que no... Mi padre es muy aficionado a estarse quieto; a sus años no va a cambiar de gustos.

JUAN MANUEL. Cuando se case usted...

AGUSTINA. *Con alegría.* ¿Le ha dicho a usted mi madre que me voy a casar?

JUAN MANUEL. Por lo menos que está usted en camino.

AGUSTINA. Pues aunque me case... Manolo...

JUAN MANUEL. No se ruborice usted al pronunciar el nombre; de algún modo tenía que llamarse.

AGUSTINA. Si no me ruborizo; el tener novio no es ningún pecado.

JUAN MANUEL. No; pero es casi una novela de esas que a usted le gustan. Según mis noticias, dignas de crédito, por venir de parte interesada, se ha puesto hoy más difícil encontrar un marido en España que cazar a lazo un caballo salvaje en las vastas llanuras de Tejas. *Declamando.*

AGUSTINA. ¡Ja, ja, ja!

ELENA. *Dentro.* Niña, ¿De qué te ríes?

JUAN MANUEL. De lo difícil que es cazar un novio.

AGUSTINA. ¡No hagas caso, mamá!

ELENA. *Dentro.* Están ustedes de remate.

JUAN MANUEL. ¿Sale esa maravilla?

ELENA. *Dentro.* ¡Ya va, ya va!

JUAN MANUEL. ¿Y va usted a estarse aquí mucho tiempo?

AGUSTINA. No sé; todo depende de lo que mamá decida; porque no sé si sabrá usted que yo he venido...

JUAN MANUEL Con la sana intención de robárnosla; sí, señora, lo sé, y permítame usted que le diga que eso es un egoísmo refinado.

AGUSTINA. No es egoísmo; es que mi padre va a estar muy solo el pobre.

JUAN MANUEL. Quédese usted con él.

AGUSTINA. Es que entonces va a estar solo mi novio.

JUAN MANUEL. Ya. ¿Usted le quiere mucho?

AGUSTINA. ¿Y usted a su novia?

JUAN MANUEL. ¡Yo no tengo novia!

AGUSTINA. ¡Anda, que no!

JUAN MANUEL. ¡Palabra!

AGUSTINA. Pero la habrá tenido usted.

JUAN MANUEL. Novia... nunca.

AGUSTINA. ¿A sus años no ha querido usted a nadie?

JUAN MANUEL. Sí, señora, he querido; pero no todos tenemos la suerte de tropezar de golpe y al empezar la vida con la media naranja; eso se queda para algunas niñas que nacen de pie, y el día en que rompen la primera muñeca para ver lo que tienen dentro, se encuentran, sencillamente, con la felicidad.

AGUSTINA. No tan sencillamente como usted se figura. Todas tenemos nuestras penas.

JUAN MANUEL. No tenga usted miedo: todo se arreglará; la fortuna hace trampas, si es preciso, para favorecer a las niñas formales que no le piden más que un buen marido. Quiera usted mucho al suyo.

AGUSTINA. ¡Ah, ya lo creo!

JUAN MANUEL. Tenga usted cuatro o cinco bebés para perpetuar la lumbre de esos lindos ojos; y si alguna noche, al sentir el viento en la ventana o el ruido del mar, sueña con viajes a tierras lejanas, siempre le quedará a usted el recurso de releer una novelita.

AGUSTINA. *Con enfado.* Sí, o de mirar vistas en un esteróscopo.

JUAN MANUEL. ¿En su pueblo de usted no hay siquiera cinematógrafo?

AGUSTINA. *Levantándose.* No, señor; ni falta.

JUAN MANUEL. ¡Ah! Pero, ¿se ha enfadado usted conmigo?

AGUSTINA. Yo, ¿por qué?

JUAN MANUEL. Eso pregunto yo. ¿Por qué?

AGUSTINA. Porque me quiere usted hacer rabiar.

JUAN MANUEL. Es verdad; perdóneme usted, míreme usted. ¿Las paces? Sin rencor.

AGUSTINA. Bueno. *Le da la mano,* Pero no se figure usted que soy tan chiquilla como parezco.

JUAN MANUEL. *Besándole la mano, por lo cual ella hace un gesto de sorpresa.* ¡Es usted la mujer más mujer que he conocido nunca!

Salen Elena, con un elegantísimo traje japonés, la Pura y el Modisto.

AGUSTINA. ¡Ay, mamá!

JUAN MANUEL. *Aplaudiendo.* ¡Bravo, bravísimo!

El Modisto saluda como un autor ante el público.

ELENA. ¡Este hombre va a ser mi perdición!

MODISTO. ¿Yo? ¡Jesús! Ya sabe usted, Elenita, que no soy tirano. Sobre que a una mujer como usted la vestiría uno de balde.

ELENA. ¡No me lo dirás dos veces!

MODISTO. ¡Todas las que usted quiera! ¡Qué línea! ¡Qué movimiento en esos pliegues! ¡Parece que ha nacido usted vestida!

ELENA. ¡Ja, ja, ja!

MODISTO. Porque es lo que yo digo: a mí denme ustedes una mujer que sepa arrugar una tela. ¡Eso es una mujer! Porque las hay ¡Jesús! que parece que siempre acaban de estrenar la ropa. ¡Y eso no es, no es! El traje debe tener contacto con el cuerpo, acariciarlo, revelarlo con indiscreción discreta. Es lo que yo digo: un vestido no es una coraza, no es un aislador: es un complemento, un amigo, ¡eso es, un amigo íntimo y complaciente!

ELENA. Bueno, no sigas por esos caminos, que son un poquito escabrosos.

MODISTO. ¿Escabrosos? ¡Jesús! ¿Quién se va a escandalizar aquí por una teoría de arte?

ELENA. *A Juan.* ¿Le gusta a usted de veras? ¿Está *propio?*

JUAN MANUEL. ¡Completamente *propio!*

MODISTO. ¡Eso no había que preguntarlo! Conmigo la propiedad ante todo. No soy yo como esos artistas franceses, que se permiten

fantasías en la interpretación de un personaje. Y eso de sobra lo sabe Elenita, que tiene el buen gusto de vestirse con un español. Porque es lo que yo digo: adonde llegue el más pintado en materia de gusto, llego yo, y, sobre todo, que para ser lo que yo soy no es menester haber nacido en Francia. ¿De qué se ríe la señorita? *Agustina se ríe y no responde.* También ella sabe llevar la ropa, también... un poquito de rigidez todavía, muy natural; por eso no me gusta trabajar con muchachas solteras... pero habrá que verla vestida por mí después del matrimonio... Porque es lo que yo digo: la flexibilidad está en la masa... o no está en la masa.

ELENA. Sí, sí, aquí todos somos muy flexibles; pero cállate ya.

AGUSTINA. ¡Ay, qué bonito!

Viendo un kimono, que extiende la Pura.

MODISTO. Póngasele la señorita, póngasele; de seguro le va que ni pintado.

Agustina mira el kimono y le acaricia con un poco de timidez, sin atreverse a ponérselo.

ELENA. Póntele, póntele.

Agustina se pone el kimono, ayudada solícitamente por Juan Manuel.

AGUSTINA. No, si puedo yo sola, muchas gracias. ¡Ay, con un traje así parece que a una le han nacido alas por todo el cuerpo!

MODISTO. A eso le llamo yo comprender un

traje. ¡Qué sencillez, qué facilidad! ¿Me hace usted el favor de dar una vuelta? Dos pasos... otros dos... ¡Jesús y que no está Elenita satisfecha viendo a la niña tan reteguapísima! Aunque es lo que yo digo: ¡blasfemia, blasfemia decir que esta mujer es madre de esta otra! ¡Mírelas usted juntas! ¡Qué primor! Son dos mitades de una misma perla.

ELENA. ¡Ja, ja, ja! Si te dejan hablar, no te ahorcan. ¡Vaya una cuenta que me vas a poner

MODISTO. ¡Jesús!

JUAN MANUEL. Bravo, bravísimo; ha estado usted muy bien.

AGUSTINA. ¡Ay, madre, madre; qué contenta estoy!

La abraza.

Todos hablan a un tiempo y en voz alta, armando mucho ruido.

MANOLO. *Apareciendo en la puerta.* ¿Se puede?

Asombro general.

ELENA. ¿Eh, quién?

AGUSTINA. *Corriendo hacia él.* ¡Manolo!

JUAN MANUEL. *Con mal humor.* ¡El novio!

El Modisto le mira de arriba abajo y hace una mueca, poco satisfecho de su elegancia provinciana.

PURA. ¡Buen mozo sí es!

AGUSTINA. *Con gracioso rubor.* Madre... aquí está Manolo.

ELENA. *Acercándose con forzada amabilidad.* Muy señor mío...

MANOLO. *Que mira en derredor con cierto asombro, al ver el jaleo de ropas por el suelo, cartones, el tipo del Modisto y a ellas vestidas de japonesas.* ¡Señora!

AGUSTINA. Pero, ¿cómo has entrado?

MANOLO. La puerta estaba abierta; he llamado tres veces, no ha contestado nadie...

PURA. ¡Como si lo viera; ya estará esa tarasca en el portal hablando con el novio!

Echa a correr y sale. Manolo la mira salir con más asombro todavía.

MANOLO. Y he venido hasta aquí guiado por el ruido; usted perdone si llego en mal momento.

ELENA. En mi casa, todos los momentos son iguales.

AGUSTINA. ¡Mamá!

ELENA. Quiero decir que todos son buenos. Siéntese usted.

Quitando trastos de una silla.

Agustina se ha quitado el kimono con cierta confusión y se lo da al modisto, que lo dobla con reverencia.

AGUSTINA. ¿A qué has venido?

MANOLO. A verte.

ELENA. *Al Modisto.* Es el novio de mi hija.

MODISTO. Por muchos años.

AGUSTINA. ¡Ja, ja, ja, ja!

MODISTO. ¡Jesús! Quiero decir por muchos años dure el amor que ustedes se tengan.

MANOLO. Gracias.

ELENA. Uusted perdone que le deje un instante; voy a quitarme esto; estábamos de prueba; vuelvo en seguida. Vamos, Ramírez.

MODISTO. Voy, Elenita, voy. Caballero, a sus órdenes, y enhorabuena de todo corazón. No sabe usted lo que se lleva, porque es, como digo, ¡una mujer con línea y que sabe vestirse! ¡Media felicidad asegurada!

ELENA. ¡Vamos!

MODISTO. Ya voy, ya voy. ¡Quién fuera ellas para llevar encima tanta cosa bonita!

Sale el Modisto.

JUAN MANUEL. Yo también me marcho. Buenas tardes, Elena.

ELENA. Adiós; hasta la noche.

Sale Elena.

AGUSTINA. *Que estaba hablando confidencialmente con el novio.* Usted perdone.

JUAN MANUEL. De nada; la felicidad es egoista...

AGUSTINA. ¡Bah! Voy a presentarles a ustedes: Manolo, Manuel de la Fresneda. *Disimulando el rubor con un gesto de malicia.* Mi... novio. *Juan Manuel se inclina.* Juan Manuel... Juan Manuel.

JUAN MANUEL. Juan Manuel Lorenzana.

AGUSTINA. ¡Ay, Dios mio!

JUAN MANUEL. No se apure usted. ¿Qué importa un apellido en este siglo de anarquía triunfante? A sus órdenes.

MANOLO. Tanto gusto.

Pausa.

JUAN MANUEL. Buenas tardes.

MANOLO. Muy buenas.

JUAN MANUEL. Adiós, mujer feliz... No se moleste usted, que conozco el camino.

Sale Juan Manuel.

AGUSTINA. Adiós, Juan Manuel. *Tiene un momento la cortina y luego se vuelve muy contenta.* ¡Ay, qué alegría! ¿Cuándo has llegado? ¿Cómo se te ha ocurrido darme esta sorpresa? Pero, ¿qué te ocurre? ¿Qué cara pones?

MANOLO. ¿Yo?

AGUSTINA. Sí, tú; parece que estás incomodado.

MANOLO. Incomodado, no; sorprendido.

AGUSTINA. ¡Ah! ¿De qué?

MANOLO. ¿Te parece muy correcto que así, de buenas a primeras, nos hayan dejando solos?

AGUSTINA. ¡Ja, ja, ja! ¡Infeliz! ¡Quéjate por estar solo conmigo!

MANOLO. No espor eso.

AGUSTINA. Y porque mi madre te demuestre que tiene confianza en ti.

MANOLO. No me conoce.

AGUSTINA. Te conozco yo, y basta.

MANOLO. Ahora eres tú la que te enfadas.

AGUSTINA. Naturalmente. Vienes a verme y empieza a parecerte mal todo.

MANOLO. Sí, Agustina, muy mal. ¿Qué hacíais aquí vestidas de máscara?

AGUSTINA. ¿De máscara? Es que mamá se estaba probando el traje para la ópera.

MANOLO. Ya, y tú también.

AGUSTINA. Yo... me había puesto el kimono por juego, por broma.

MANOLO. Sí, ya veo que estabais muy divertidas con esos dos tipos.

AGUSTINA. ¿Qué tipos?

MANOLO. Esos... El Juan Manuel y el otro.

AGUSTINA. Juan Manuel no es un tipo, que es un muchacho muy elegante, y muy bien educado y muy fino, que es diplomático y ha estado en las cinco partes del mundo.

MANOLO. Pues podía haberse quedado en cualquiera de las otras cuatro.

AGUSTINA. ¡Ah! ¿Pero no cabéis los dos en Europa?

MANOLO. ¡Qué gracia! ¿Y el otro?

AGUSTINA. El otro es el modisto. ¿También te molesta?

MANOLO. Me es indiferente. Pero ya podía tu madre vestirse con una mujer.

AGUSTINA. Da lo mismo. ¡Ja, ja, ja, ja!

MANOLO. ¿Por qué te ríes?

AGUSTINA. *Seria.* Por no llorar.

MANOLO. ¡Agustina!

AGUSTINA. No sé a qué has venido.

MANOLO. Ya te lo he dicho: a verte.

AGUSTINA. ¡Y atormentarme!

MANOLO. No, Agustina. Perdoname. ¡Es que no sabes cómo te quiero!

AGUSTINA. Sí, lo sé, sí...

MANOLO. Desde que viniste, no vivía; todo el día pensando: ¿qué hará en este momento? ¿Dónde estará? ¿Con quién estará hablando? No podía arrancarme del pensamiento la cara de satisfacción que pusiste al subir al tren. ¡Y ahora vengo porque no puedo estar un día más sin verte, y te encuentro como yo me temía; tan contenta!

AGUSTINA. ¿Cómo quieres que esté? Con mi madre, viendo tantas cosas que no había visto nunca; todo el mundo me trata bien, voy a todas partes.

MANOLO. Y en todas te encuentras tan a gusto sin mí.

AGUSTINA. ¿Por qué me dices eso? En todas partes pienso en ti, y siempre que lo paso bien digo: ¡qué alegría si estuviera a mi lado! ¡Si viera esto, si oyera que me dicen esto otro! Así te quiero yo. ¿Está mal? ¿Quieres que esté todo el día triste? Algunos ratos también lo estoy: es decir, triste del todo, no... una pena suavecita, una inquietud como si me faltara algo. ¡Y debe ser que me faltas tú!

MANOLO. ¡No estás muy segura!

AGUSTINA. No mereces que lo esté, no. ¡Mira que enfadarte porque yo esté contenta!

MANOLO. Si no es eso, no es eso.

AGUSTINA. Pues ¿qué es?

MANOLO. Que tengo miedo.

AGUSTINA. ¿De qué?

MANOLO. De ti, que te dejes llevar por todo el mundo. ¡Eres tan criatura!

AGUSTINA. ¿También tú?

MANOLO. ¿Cómo también yo? ¿Quién más te lo ha dicho?

AGUSTINA. Nadie.

MANOLO. ¡No es verdad!

AGUSTINA. ¡No es verdad! *Se ríe.* Me lo estaba diciendo... hace un momento Juan Manuel.

MANOLO. Mucha intimidad tienes tú con un hombre que ni siquiera sabes cómo se llama.

AGUSTINA. Buena educación. Es amigo de mi madre.

MANOLO. ¡Ya! Si a todos los amigos de tu madre vas a permitirles las confianzas que, por lo visto, se toma ese caballerito...

AGUSTINA. ¡Confianzas, y es la segunda vez que hablo con él!

MANOLO. Pues eso es lo que a mí me desatina.

AGUSTINA. ¡Que hable con él!

MANOLO. Que a los dos días de conocerle

ya haya entre él y tú un aire de complicidad, como si hubieseis pasado la vida juntos.

AGUSTINA. ¡Complicidad!

MANOLO. No disputemos por palabras. Compañerismo! Peor que peor.

AGUSTINA. Es que él es...

MANOLO. Muy simpático. ¡Ya lo sabemos!

AGUSTINA. ¡Manolo!

MANOLO. ¡Y yo muy antipático! Es natural: él vendrá a esta casa a divertirse con tu madre.

AGUSTINA. ¡Jesús!

MANOLO. Contigo... con lo que se presente. Son muy amables estos niños golfos, ¿verdad? En cambio yo te quiero con toda mi alma desde siempre, para siempre; por eso soy odioso, antipático, porque te quiero sólo para mí, con celos, sí, con celos, ¡qué vamos a hacerle! ¡El que no tiene celos, no quiere de veras!

AGUSTINA. Nunca los has tenido...

MANOLO. Nunca te los he dicho, porque me da vergüenza de mí mismo tenerlos, porque es quererte demasiado...

AGUSTINA. ¡Vergüenza te da quererme mucho ahora!

MANOLO. No trastornes las cosas, Agustina.

AGUSTINA. Es que no te entiendo.

MANOLO. Porque no me quieres entender...

AGUSTINA. No te enfades. Perdóname... tienes razón. Es decir, no sé si la tienes; pero sí la

tendrás porque siempre la has tenido conmigo... tú sabes más que yo... Sí, soy muy loca; a mi madre se lo estaba diciendo hace un rato... Pero no tengas celos, porque te digo yo que es una tontería, y de Juan Manuel mucho menos. ¡Ni ocuparse de mí! Tú lo dices: es un hombre de otro mundo que el mío, ha viajado tanto, ha visto tantas cosas... ¡Qué voy a ser yo para él!

MANOLO. ¡Eso creerás tú!

AGUSTINA. No te enfades, ¿qué quieres que haga? Además, que si he venido aquí no ha sido por mi gusto, sino porque os habéis empeñado tu padre y tú y el mío; pero si quieres me marcho ahora mismo, ¡y aunque no quieras! Porque tú no te puedes figurar... ¡Jesús mío!... De ti, de mi cariño hemos estado hablando todo el tiempo. ¡Eres muy injusto, Manolo, muy injusto conmigo! *Llora.*

MANOLO. No llores, no llores... perdona tú también... Agustina, mírame... Agustina...

ELENA. *Entrando ya vestida de casa.* ¡Ea, ya estoy aquí! Pero. ¿qué es esto? ¿Llorando tú? ¿Qué pasa? *Encarándose con Manolo, como si le quisiera arañar.* ¿Qué le ha dicho usted?

MANOLO. Señora, yo...

AGUSTINA. No, mamá, si no tiene él la culpa: he sido yo; pero no es nada, nada, no te apures...

ELENA. ¿A esto ha venido usted? Pues podía usted haberse ahorrado el viaje.

MANOLO. No, señora... es que Agustina es muy impresionable... demasiado... y ha tomado de un modo cuatro observaciones que le he hecho...

ELENA. ¡Observaciones, ya! Sí que adelanta usted los acontecimientos.

MANOLO. Señora, permita usted que le diga que en esta cuestión sólo Agustina tiene derecho a quejarse.

AGUSTINA. Madre... Manolo...

ELENA. No faltaría más sino que aquí, un caballerito, con sus manos lavadas, se permitiese venir a mi casa a darle un disgusto a mi hija. No llores tú, mi alma; no le hagas caso a nadie, que aquí está tu madre para defenderte.

MANOLO. Hasta ahora Agustina no ha necesitado que su madre venga a defenderla.

ELENA. Pues vea usted; puede que ahora lo necesite.

AGUSTINA. Mamá.

ELENA. No te sofoques, que no llega la sangre al río. ¡Y usted no ponga cara de traidor en el tercer acto! Hablar por hablar; siéntese usted. *Los tres se sientan.* ¿Está usted bueno? Y mi marido, ¿siempre en su concha y siempre tan simpático?

MANOLO. No, señora...

ELENA. ¿No? Vaya, pues lo siento.

MANOLO. Quiero decir que no está en el pueblo... que ha venido conmigo...

AGUSTINA. ¿Que ha venido papá? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

ELENA. Mujer, porque tenía que aprovechar el tiempo para hacerte esas cuatro observaciones... ¿Y cómo no ha venido con usted? ¿Me tiene miedo?

MANOLO. No, señora. *Ella da un suspiro, como diciendo: ¡más vale así!* Vendrá... vendrá... dentro de un rato... no sabe siquiera que me he adelantado yo.

ELENA. Comprendo: usted ha querido explorar el terreno; los provincianos son ustedes muy cucos: conozco el paño... Usted será abogado, ¿verdad?

MANOLO. Sí, señora; pero no sé qué tenga que ver...

ELENA. Nada, nada; también mi marido lo era. ¿Ejerce ahora?

MANOLO. No, señora...

ELENA. ¡Ya! ¿Sigue tan aficionado a la música?

MANOLO. A la buena música, sí, señora.

ELENA. Por supuesto... a la buena. A usted le gusta mucho también. Ya me lo ha dicho esta infeliz, que además tiene una voz preciosa. ¡Como que quiero que cante un día de éstos en un concierto de caridad!

AGUSTINA. *Muy asustada.* No hagas caso; son bromas de mamá.

ELENA. ¡Qué pava eres, hija! ¿Usted quiere quedarse a tomar el te con nosotras?

En tono que dice: márchese usted.

MANOLO. No, señora, no; muchas gracias, me retiro.

ELENA. Vaya, lo siento tanto. Ya sabe usted que esta casa es muy suya; mientras Agustina esté aquí, puede usted venir cuando quiera, porque, aunque ella es demasiado joven para noviazgos, no me gusta que esté haciendo el tonto por los balcones. *Levantándose.* Buenas tardes.

MANOLO. Muy buenas.

ELENA. Hasta la vista. No tardes tú mucho, que ya sabes que vamos a salir. Tanto gusto...

Sale.

MANOLO. Pero esta señora... ¿qué se ha figurado?

AGUSTINA. Es que tú también has estado un poquito desagradable.

MANOLO. ¡Yo!

AGUSTINA. ¡Tú! ¿No lo has notado?

MANOLO. Ahora tienes tú ganas de broma.

AGUSTINA. ¿Quieres armar cuestión otra vez, alma mía?

MANOLO. ¡Alma mía!

AGUSTINA. ¿Prefieres que te llame mi adorado tormento?

MANOLO. ¡Agustina!

Ya muy enfadado.

AGUSTINA. *Con resignación, renunciando a la broma.* ¡Válgame Dios, hijo, qué mala hierba debes haber pisado esta mañana!

PURA. *Dentro.* Pase usted, pase usted, que aquí mismo estaba hace un momento.

Levanta la cortina y se queda sosteniéndola mientras entra don Enrique, y mirándole como si dijera: Ya está aquí éste, ya no hay remedio, qué le vamos a hacer; luego se marcha.

DON ENRIQUE. *Con aire entre timidez y socarronería.* ¿Se puede?

AGUSTINA. ¡Ay, papá!

Corre a él y le abraza; él, aunque muy contento de verla, la separa un poco y se arregla los desperfectos que en la compostura del traje ha causado el abrazo.

DON ENRIQUE. Buenos días, hijita. ¡Tú por aquí, Manolo! ¡Impaciente está el tiempo; es natural, es natural!

AGUSTINA. Pero, papá, ¡qué elegante te has puesto!

DON ENRIQUE. Hijita mía, Madrid es Madrid; en el pueblo todo está bien... Además, viene uno de visita.

AGUSTINA. ¡Ja, ja, ja! De visita...

DON ENRIQUE. Tú también estás muy compuesta; déjame que te mire. ¡Si pareces otra! Elegante, elegante, ¿eh, Manolo?

MANOLO. Sí, no se habrá arruinado en tela para enaguas. ¡Ceñidito ya está!

DON ENRIQUE. ¿De eso te quejas?

MANOLO. Ya no te falta más que ir escotada.

AGUSTINA. No me falta, porque ya he ido...

Muy satisfecha.

MANOLO. ¿Cuándo?

AGUSTINA. Anoche, a una cena que dieron en honor de mi madre... después de la función, ¡y no se me comió nadie!

MANOLO. ¡Ay, don Enrique, me parece que aquí estamos nosotros de más!

DON ENRIQUE. ¿Cómo?

MANOLO. Yo por lo menos; su... señora de usted, acaba de ponerme de patitas en la calle. Por lo cual me marcho. Hasta más ver.

AGUSTINA. Oye... no te marchas disgustado conmigo, ¿verdad?

MANOLO. No, ni contigo ni con nadie.

AGUSTINA. Oye... que vayas esta noche al teatro...

MANOLO. Para hacer el cadete, ¿verdad?, contemplándote desde una butaca.

AGUSTINA. No, hombre, no... al cuarto de mamá, con nosotras.

MANOLO. ¿Para que me vuelva a mandar a paseo?

AGUSTINA. ¡Haz lo que quieras! Vienes insufrible.

Sale Manolo.

El padre pasea muy nervioso. No les ha hecho caso después de las primeras palabras, en que ha procurado fingir serenidad y broma, porque está nerviosísimo y va de un lado a otro, mirándolo todo sin ver nada, preocupado de su traje, de su corbata, de su postura, y extraordinariamente emocionado.

AGUSTINA. Pero, papá, ¿qué le pasa a Manolo?

DON ENRIQUE. Nada... no lo sé... no te apures... ¿dónde está tu madre?

AGUSTINA. Ahí dentro; ¿quieres que la avise?

DON ENRIQUE. Sí..., no...; es decir, sí... avísala.

AGUSTINA. Ya sabe que has venido; se lo ha dicho Manolo; voy a llamarla.

DON ENRIQUE. Espera. ¿Estoy bien?

AGUSTINA. ¿De qué?

DON ENRIQUE. No... no hagas caso... ¡No me cuentas nada!

AGUSTINA. ¡No me preguntas nada!

DON ENRIQUE. ¿Estás contenta?

AGUSTINA. Sí... porque mamá es muy buena, muy buena conmigo; pero traéis todos una cara tan particular...

DON ENRIQUE. ¿Todos? ¿Quién?

AGUSTINA. Tú y Manolo. Y te advierto que

mamá también está muy nerviosa... Manolo ha tenido la culpa. ¡Yo no sé a qué ha venido, ni en qué va a parar esto!

DON ENRIQUE. Oye, ¿tu madre te ha hablado de mí?

AGUSTINA. Sí... algunas veces.

DON ENRIQUE. ¿Y qué dice? *Agustina va a hablar.* No, no me cuentes nada. Avísala y déjanos solos.

AGUSTINA. Ya lo creo... Ya te he dicho que está un poco... nerviosa...

DON ENRIQUE. Sí, sí... no importa, anda.

AGUSTINA. ¡Ay, Dios mío! Me parece que yo no me caso.

Él se queda solo y pasea preocupadísimo, empezando frases como si se preparara a un discurso, mirándose en todos los espejos, cogiendo muñequitos y retratos de encima de los muebles y volviéndolos a dejar sin haberlos visto: tan trastornado está que, cuando ella entra, no la ve, y ella se le queda mirando largo rato con curiosidad, primero hostil y luego, a pesar suyo, cariñosa; por fin se decide a saludarle, y él, al oirla, da un salto y deja caer el muñequito que tiene en la mano.

ELENA. Buenas tardes, Enrique.

DON ENRIQUE. *Dominándose, después de recoger el muñequito que se le ha caído.* Buenas tardes, Elena.

Pausa; él tose y la mira de lejos; ella le mira con cierta sorpresa.

ELENA. ¿No te acercas? *El se acerca.* ¿No me das la mano... siquiera de amigos? *El le da la mano, después de quitarse el guante.* ¡Abrázame, hombre, que no me como a nadie! *El se frota las manos con bastante apuro, y al cabo la abraza con cierta precaución, después de haberse quitado el otro guante.* ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Más fuerte, hombre, más fuerte, que, después de todo, somos marido y mujer!

Al separarse, él se engancha los botones de la manga en el pelo de ella, y trabaja lo imposible por desengancharse, sin hacerla daño; pero como el pelo y la proximidad le conmueven más de lo regular, se arma un lío espantoso y pasa el gran apuro.

ELENA. ¡Ay!

DON ENRIQUE. *Sonriendo para ocultar la turbación.* La falta de costumbre...

ELENA. ¿De abrazar?

DON ENRIQUE. *Ya sereno.* De abrazarte.

ELENA. ¡Ah, vamos! Siéntate. *Pausa.* ¿Qué me miras?

DON ENRIQUE. Estás muy cambiada.

ELENA. Lo cual quiere decir muy vieja.

DON ENRIQUE. No por cierto; eso se queda para mí.

ELENA. Sí que tienes canas. Verdad es que me llevas siete años.

DON ENRIQUE. Mucho más: en cuanto se han

cumplido los cuarenta, cada uno que pasa vale lo menos dos.

ELENA. Treinta y ocho serán los primeros que cumpla yo.

DON ENRIQUE. Ya lo sé, el diez y nueve de septiembre.

ELENA. ¿Todavía te acuerdas?

DON ENRIQUE. Sin querer, hija: siempre he tenido yo muy buena memoria.

ELENA. ¿Habrás venido a ver a la niña?

DON ENRIQUE. No; he venido a buscar influencia para ganar un pleito, cuestión de unas tierras; en los pueblos siempre estamos lo mismo, y quiero que las cosas queden bien arregladas antes de que la niña se case.

ELENA. ¡Si se casa!

DON ENRIQUE. Naturalmente... ¡si se casa!

ELENA. Lo que es a mí, el novio me es soberanamente antipático.

DON ENRIQUE. Pues es muy buen muchacho.

ELENA. Te lo parecerá a ti.

DON ENRIQUE. Sí que me lo parece.

ELENA. Pues a mí no. Todo se lo sabe, todo se lo entiende. ¡Mi hija se merece mucho más!

DON ENRIQUE. Todos, por mucho que merezcamos, o creamos merecer, tenemos que contentarnos con lo que nos den. Además, ¿quién sabe dónde está la felicidad?

ELENA. Es que no debe uno casarse hasta que esté seguro de encontrarla.

DON ENRIQUE. Ella dice que la ha encontrado.

ELENA. Porque le quiere, ¿verdad?

DON ENRIQUE. Así parece.

ELENA. ¡Valiente razón!

DON ENRIQUE. La única.

ELENA. ¡Como si bastara quererse para ser feliz!

DON ENRIQUE. ¡Filosófica estás!

ELENA. Mira, a mí no me vengas con guasas ni con hipocresías, porque tengo yo muy malas pulgas; y además, al pan, pan, y al vino, vino. ¡A ver qué laberintos son éstos, y qué queréis de mí tú, tu hija, el novio de tu hija y el padre del novio de tu hija! Porque a mí no me digas que en todo esto no hay gato encerrado.

DON ENRIQUE. ¿Qué gato va a haber? Los muchachos se quieren; y aunque a ti te parezca razón poco atendible, a mí, que quiero a mi hija, sin sentimentalismos, más que a nada en el mundo...

ELENA. A mi hija no la quiere nadie tanto como yo.

DON ENRIQUE. Lo sé; lo único que te digo es que la quiero.

ELENA. Ya lo he oído: más que a nadie en el mundo.

DON ENRIQUE. Justo.

ELENA. Bueno, ¿y qué?

DON ENRIQUE. Pues nada: que por verla feliz sería yo capaz de cualquier sacrificio.

ELENA. En vista de lo cual has decidido que me sacrifique yo y me vaya a vivir al pueblo en tu compañía.

DON ENRIQUE. Otra peor pudieras tener.

ELENA. Y pregunta mi curiosidad: ¿Qué falta hago yo allí para que la niña se case?

DON ENRIQUE. Falta material, precisamente, ninguna.

ELENA. Entonces...

DON ENRIQUE. No sólo de pan vive el hombre, hija mía.

ELENA. Y en castellano, ¿qué quiere decir eso?

DON ENRIQUE. Que precisamente, como la familia del novio, por condiciones especiales...

ELENA. Esa es otra: no le faltaba más al angelito que ser hijo de cura

DON ENRIQUE. Nadie elige padre: puede que valga más, porque las elecciones que hacemos en la vida suelen ser un poquito desacertadas.

ELENA. ¿Eso va con segunda?

DON ENRIQUE. No, hija mía, no; quiero decirte que, como nuestra situación es algo anormal, ellos, ya ves...

ELENA. Ya veo: a ti te trae, por lo visto, com-

pletamente sin cuidado que yo vaya o no vaya a vivir contigo... ¡Responde!

DON ENRIQUE. ¿Qué quieres que te diga?

ELENA. ¡La verdad!

DON ENRIQUE. ¡Hace tanto tiempo que no nos la hemos dicho!

ELENA. Que también has perdido la costumbre, ¿eh?

DON ENRIQUE. Y como la primera vez que nos la dijimos nos dió tan mal resultado...

ELENA. Para mí no ha sido tan malo.

DON ENRIQUE. Sí; parece que lo has pasado bien por esos mundos...

ELENA. Perfectamente.

DON ENRIQUE. Lo celebro.

ELENA. Gracias... Bueno, ¿y dónde estábamos?

DON ENRIQUE. En si a mí me importaba o dejaba de importarme el que tú consintieses o no en olvidar las pocas ofensas que de mí para ti pueda haber habido y venir a acabar la vida juntos.

ELENA. Bueno, ¿y en qué quedamos?

DON ENRIQUE. Elena: hace diez y nueve años que nos conocimos: yo era un estudiante.

ELENA. ¡Y yo una chalequera!

DON ENRIQUE. Muy bonita, muy buena y muy alegre.

ELENA. ¡Menos mal!

DON ENRIQUE. La justicia, es justicia. Te quise mucho.

ELENA. Y yo a ti también.

DON ENRIQUE. Y nos casamos.

ELENA. Contra viento y marea de toda tu empingorotadísima gente. Mira, eso todavía te lo estoy agradeciendo.

DON ENRIQUE. No hay de qué: me diste tú a mí mucho más que yo a ti. Vivimos un año casi en paz.

ELENA. Es que tú tenías un genio muy raro.

DON ENRIQUE. También tú.

ELENA. Y unos celos inaguantables.

DON ENRIQUE. ¡Eso sí!

ELENA. Sin motivo.

DON ENRIQUE. Lo sé. Nos nació esta hija...

ELENA. ¡Hija mía!

DON ENRIQUE. Y oyéndote cantar para callarla a ella, porque el ángel de Dios vino al mundo con mucho peor genio que tú y que yo, me enteré, y te enteraste, porque yo te lo dije, de que tenías una voz prodigiosa.

ELENA. También eso te lo agradezco. ¿Te acuerdas la primera vez que canté en público, en aquel concierto a beneficio de las víctimas de la inundación?

DON ENRIQUE. Me acuerdo.

ELENA. ¡Dios mío, qué lejos está todo eso!

DON ENRIQUE. Tan lejos, que ya no sabe uno

si fué verdad o sueño. El caso es que te fuiste a buscar lo que te correspondía: la gloria y el provecho.

ELENA. Y que tú me dejaste marchar y no quisiste venir conmigo. ¡Eso sí que no te lo perdono!

DON ENRIQUE. Haces mal. Yo no tenía derecho a detenerte; esos derechos sólo los da el amor, y a ti, al menos entonces, todas esas cosas que te llamaban te interesaban más que yo.

ELENA. Y tú te quedaste porque lo que te tiraba era tu pueblo y tu dinero y tu comodidad, y porque eras un grandísimo egoísta.

DON ENRIQUE. Dios y yo sabemos por lo que me quedé. Quince años hemos vivido así: tú dices que muy bien; yo, no demasiado mal; la música consuela de muchas cosas; ya ves tú si es ironía de la suerte: la música me separó de ti; la música me consoló de ti... verdad es que no ha sido la misma. *Se levanta y coge algunos retratos.* *La Bohemia*...., *Madame Buterfly*... por lo visto Puccini es tu especialidad.

ELENA. ¿No te vas a meter ahora con Puccini?

DON ENRIQUE. No, hija; me aburriría demasiado.

ELENA. Ya sé que tú quisieras que cantase Schumann a todo pasto en conciertos, ¿verdad?, vestidita de negro y con acompañamiento de órgano.

DON ENRIQUE. Por mí puedes cantar *La viuda alegre.*

ELENA. No, si tú siempre me has tenido por la última palabra del Credo.

DON ENRIQUE. Resquemores artísticos, no.

ELENA. Tiene gracia: diez y seis años sin acordaros del santo de mi nombre, y ahora que me necesitáis...

DON ENRIQUE. Así es la vida.

ELENA. Es que esa imposición es una estupidez.

DON ENRIQUE. Eso digo yo...

ELENA. Pero tú te haces cómplice de ella viniéndome a pedir...

DON ENRIQUE. A proponer, que no es lo mismo.

ELENA. ¡Valiente negocio!... para mí.

DON ENRIQUE. Y para mí. Tanto vamos perdiendo el uno como el otro.

ELENA. No sé yo qué ibas tú a perder con que yo me fuera a vivir contigo.

DON ENRIQUE. La tranquilidad por lo menos.

ELENA. Ni que yo fuera alguna loca.

DON ENRIQUE. Todos tenemos nuestras genialidades; pero ¿qué no hará un padre por la felicidad de su hija?

ELENA. Te advierto que si voy es para deshacer esa boda ridícula.

DON ENRIQUE. Entonces no vayas.

ELENA. ¿Tanto afán tienes de que se casen?

DON ENRIQUE. Yo, ninguno; ella.

ELENA. ¡Ella, ella! Eres el hombre más desesperante que ha nacido de madre.

DON ENRIQUE. No te acalores, mujer, no te acalores. Yo te he hecho ver las cosas, te he explicado el asunto, te he dicho lo que puedes hacer. ¿No te conviene hacerlo? Llama a la niña y díselo, para que sepa que por mí no queda.

ELENA. ¿Ahora querrás llevártela a toda prisa?

DON ENRIQUE. No por cierto. ¿Con quién va a estar mejor que con su madre? Mientras tú no te canses de tenerla y a ella le convenga seguir aquí...

ELENA. ¿También me vas a hacer la misericordia de dejármela?

DON ENRIQUE. ¿Quieres que me la lleve?

ELENA. *Furiosa.* Quiero que te vayas...

DON ENRIQUE. No digas dónde, porque tengo el billete de vuelta tomado y no puedo cambiar de dirección, por mucho que desee darte gusto.

ELENA. ¡Agustina... Agustina... Agustina!

AGUSTINA. *Entrando.* Mamá...

ELENA. Tu padre te llama.

AGUSTINA. ¿Os habéis entendido ya?

DON ENRIQUE. Me parece que no, hija mía.

ELENA. ¡Ah! ¿Te parece?

AGUSTINA. ¿Y por qué?

DON ENRIQUE. Hija mía, porque tu madre te quiere mucho, mucho; pero, como ha corrido tanto mundo, tiene una idea del amor maternal muy distinto de esta sencillota y a la pata la llana que tenemos los que no hemos salido de entre las cuatro paredes—material y moralmente hablando—que nos vieron nacer. Nosotros, infelices, creemos que, puesto que los hijos no nos pidieron venir al mundo, estamos obligados a pagarles todas las ilusiones con que los engendramos, sacrificándonos por ellos cuando sea preciso; pero te repito que estas son ideas de gente atrasada. ¡Qué le vamos a hacer! Puede que sea tu madre quien esté en lo cierto. Con eso irás también aprendiendo tú a sufrir contrariedades y a resignarte con ellas, cosa que yo no he tenido valor de enseñarte hasta ahora. No creas, la resignación es una virtud o una debilidad que, aunque ahora está muy desacreditada, tiene su lado bueno. No te aflijas. ¡Ea, no canso más, y hasta la vista! Cuando quieras volver a casa, escribes. Yo que tú, aprovecharía la ocasión para divertirme en Madrid unas cuantas semanas; ya sabes que en el pueblo hay pocas distracciones. Adiós, Elena; no digo nada: mi casa es siempre tuya; y aunque no quieras venir a ella como dueña, como visita, si algún día quieres pasar allá un mesecito descansando...

ELENA. ¡Gracias!

DON ENRIQUE. No hay de qué. Es un caserón destartalado; pero tiene sus comodidades: yo soy amigo de pasarlo bien, y el pueblo es bonitillo, con el mar y unos cuantos pinares. No está mal, no está mal, sobre todo ahora que viene el verano. Nada, hasta más ver.

ELENA. ¿No quieres quedarte a comer con nosotras?

DON ENRIQUE. ¡Imposible! Y lo siento; pero figúrate cómo estará aquel pobre muchacho... impaciente... angustiado, es natural, porque él quiere a la niña... la quiere...

ELENA. Si la quisiera tanto, no se le ocurriría imponer condiciones ridículas.

DON ENRIQUE. ¡Pícara vida, pícara vida! Vaya, buenas tardes... no te molestes.

ELENA. Acompaña a tu padre, Agustina.

DON ENRIQUE. No es menester: soy de confianza.

AGUSTINA. Adiós, papá. ¡Hasta luego!

DON ENRIQUE. Hasta que tú quieras, hijita. Buenas tardes.

Sale Don Enrique.

ELENA. ¿Qué estás pensando ahí?

AGUSTINA. Que me marcho ahora mismo.

ELENA. ¿Eh?

AGUSTINA. No he querido decirlo mientras estaba papá delante por no oiros disputar otra

vez; pero me marcho: ya ves, ¿a qué seguir aquí más tiempo, para tomarte cariño, y tú a mí, y que luego nos cueste más separarnos?

ELENA. ¿Es decir, que ahora a ti no te cuesta nada?

AGUSTINA. Sí, me cuesta; pero, ¿qué le vamos a hacer? Tú has sido un sueño mío, madre... y estos días que he pasado a tu lado, también; hay que despertar con un poco de dolor de cabeza...

ELENA. ¿Tanto amor le tienes a ese mamarracho?

AGUSTINA. No es por eso... eso puede que se arregle: su padre no es ninguna fiera, y, como tú dices, si él me quiere tanto, aunque tú no vuelvas a casa, acabará por casarse conmigo... claro que hubiera sido tan bueno para mí que la felicidad me hubiese venido por tu mano... y luego por papá; aunque no me case, ¡si no me caso más!, quiero estar a su lado.

ELENA. Le quieres más que a mí, ¿verdad?

AGUSTINA. Sí, madre.

ELENA. Me gusta la franqueza.

AGUSTINA. Sí, madre; ya ves, quince años... solo conmigo; él me ha enseñado a hablar, a andar, a mirar las cosas, a quererte...

ELENA. ¡Lo poco que me quieres!

AGUSTINA. Lo mucho que te quisiera querer.

ELENA. Y piensas que yo, porque vivía le-

jos... ¡No sabes tú las cosas que he dejado de hacer sólo porque estabas tú en el mundo!

AGUSTINA. Adiós, mamá; que me acompañe Pura... luego me mandáis el baúl.

ELENA. *Conmoviéndose.* ¿Crees que te voy a dejar marchar así, después de haber sabido lo que es tenerte al lado?

AGUSTINA. Adiós, mamá.

ELENA. ¡Tan testaruda eres como tu padre! ¿Dónde vas? Para que el otro se dé tono con que si sacrificios o si resignaciones. ¡Ven aquí! *La coge la cabeza con las dos manos y la mira en los ojos. Con arrebato, medio de ternura, medio de rabia.* ¡Ay, hijos, hijos! Voy a hacer por ti lo que no sería capaz de hacer por nadie.

AGUSTINA. *Con alegría.* ¡Madre!

ELENA. No es lo que tú te figuras, pero en fin, tu padre me ha invitado a ir de visita: precisamente, pasada esta semana, tengo tres sin trabajo. ¡Iremos, probaré y te convencerás por tus propios ojos de que es imposible!

AGUSTINA. ¡No, madre, no!

ELENA. Sí, hija, sí; me conozco y le conozco. Pero has venido a mí, y no quiero que digas que te vas lo mismo que viniste.

AGUSTINA. ¡Madre, qué buena eres y cuánto te voy a querer!

ELENA. No soy buena ni mala, ¡soy tu madre! Digo... Como que me va a enseñar a mí un hom-

bre a querer a mi hija. *Con grandísimo desprecio.* ¡Un hombre! ¡Como si ellos supieran lo que es echar un hijo al mundo! ¡No faltaría más! ¡Nos veremos!

TELON

ACTO SEGUNDO

Salón de casa hidalga, decorado y amueblado sin afectación de riqueza, pero con comodidad y buen gusto: hay chimenea de campana, divanes, mesas para leer y escribir, estantes con revistas y libros. En uno de los ángulos, gran ventanal que da paso al jardín; en el rincón que forma, mesita costurero. En el lugar de más recogimiento, piano de cola u órgano de salón. Un busto de Beethoven. Plantas en macetas y flores en jarros. Al levantarse el telón están en escena Don Enrique y Justa. Justa, con más de sesenta y cinco años, es vieja, ágil y acartonada. Va vestida de estameña café, con cuello y puños blancos: lleva colgado a la cintura un manojo de llaves. Don Enrique, en pie junto a una mesa, arregla papeles. Se oye en el jardín la risa de Elena y Agustina, y voces confusas de otras varias personas.

JUSTA. *Poniendo en orden los muebles y recogiendo del suelo revistas, unos guantes, un chal de encaje, una sombrilla. etc.* ¡Divertido está el tiempo!

DON ENRIQUE. Más vale así, mujer.

JUSTA. ¡Más vale así! *Vuelve a oirse reir a Agustina.* También la niña está contenta.

DON ENRIQUE. ¿Cómo quieres que esté, teniendo aquí a su madre, y viéndola completamente bien, después del susto que se ha llevado?

JUSTA. Sí que es casualidad: enfermar a las veinticuatro horas de la llegada. *Con satisfacción.* No le quedarán ganas de repetir el viaje.

DON ENRIQUE. Es esta casona tan vieja, tan húmeda...

JUSTA. Ahora vamos a echarle la culpa a la casona. ¡Todo sea por Dios! Cuarenta y cinco años llevo viviendo en ella y no he tenido ni un dolor de cabeza. ¡El mal lo traía consigo! ¡Calenturas a orillas de la mar! En mi vida lo oí. ¡Todo el mundo viene a soltar las que tiene, y las iba a haber cogido ella!

DON ENRIQUE. Cuando tengas que hablar de mi mujer, te agradeceré que digas: la señora.

JUSTA. ¡Ya lo sabemos, ya!

DON ENRIQUE. Pero se nos olvida.

JUSTA. ¿Estamos de mal temple?

DON ENRIQUE. Estoy como me da la realísima gana.

JUSTA. ¿Cuántos años tenemos?

DON ENRIQUE. No lo sé, ni me importa.

JUSTA. ¡Ay, ay, ay!

DON ENRIQUE. ¿Qué es lo que hay?

JUSTA. Que todavía eres muy joven para chochear.

DON ENRIQUE. Ama Justa, si no fuera mirando que tú sí que chocheas...

JUSTA. ¡Eso es, enfádate ahora con esta pobre que te crió a sus pechos! ¡Lo que viene de fuera, siempre tiene razón!

DON ENRIQUE. Te he dicho ya mil veces que aquí nadie ha venido de fuera; ¡la señora está en su casa, lo mismo que yo! ¡Más!

JUSTA. Tiempo hemos tardado en aprenderlo.

DON ENRIQUE. Así tardaremos más en olvidarlo.

Entra la Pura con una bandeja de dulces y fiambres, y se dirige a la puerta del jardín.

JUSTA. ¡Yo que usted me dejaba la puerta abierta!

PURA. ¡A ver con qué mano la voy a cerrar, si llevo las dos ocupadas!

DON ENRIQUE. No te sofoques, ama, que no es para tanto.

JUSTA. Es que si luego te pasa a ti una corriente de aire...

DON ENRIQUE. No me pasará, porque cerrarás tú con muy buenos modos.

JUSTA. Eso de los muy buenos modos, ¿lo decimos con retintín?

DON ENRIQUE. *A la Pura.* Dígale usted a la señora que si no cree que puede hacerle daño estar en el jardín tomando el sol tanto tiempo seguido.

PURA. Se le dirá.

Sale.

JUSTA. ¡Tarasca!

DON ENRIQUE. Ama, cierra la puerta. *Justa da un portazo.* Haz el favor de volverla a abrir. *Justa la abre.* Ahora, ciérrala despacito. Eso es. Lo bien hecho, bien parece. Y si has terminado de recoger cosas que muy bien podían quedarse donde estaban, date una vuelta por la cocina, que sabes que no estando tú presente le falta a lo exquisito su último punto.

JUSTA. ¡Por la cocina! Nos pasamos el día comistrajeando: que si el ponche, que si el jamón crudo, que si el pollo fiambre, y, naturalmente, cuando llega la hora de comer como Dios manda, a todo le hacemos ascos y reparos. Como no falta una infeliz a quien echar la culpa, y un alma de Dios *Señalándole a él* que se figura que por esos mundos estábamos acostumbrados a guisos más finos.

DON ENRIQUE. ¿Ha venido el correo?

JUSTA. No sé a qué viene el preguntarlo, cuando está sin abrir todo el que ha llegado hace quince días. Claro, teniendo en casa todo lo que necesitamos, ¿qué falta nos hace saber noticias de fuera?

DON ENRIQUE. Ama Justa, es inútil que quieras molestarme con indirectas, porque, como estoy decidido a no enfadarme nunca contigo, no

las voy a entender. Por lo cual no levantes los ojos al cielo ni cruces las manos con desolación; a pesar de todas tus elocuentes pantomimas, seguiré haciendo mi santísima voluntad.

JUSTA. Siempre la has hecho.

DON ENRIQUE. Razón de más para que continúe. A mis años no voy a cambiar de sistema.

JUSTA. Pero si es que esto no puede seguir así; esta vida no es vida, para ti, se entiende; todas tus costumbres las echaste a rodar; ya, ni zapatillas, ni gorro, ni siesta después de la comida, ni copita de anís detrás del café. ¡Hasta de la música te has olvidado! ¡Bueno está este piano de polvo!

DON ENRIQUE. ¿Querías que tocase estando la señora en cama?

JUSTA. Ya hace cuatro días que se levanta. ¡Ay, hombres, hombres, siempre bebiendo vientos por unas faldas! Y todavía, que alguno pierda el seso por una mujer que sea de otro, ¡el Señor nos libre! ¡pero se comprende! ¡Pero andar como andamos en esta casa por la mujer propia! Verdad es que ahora parece que está de moda hacerle ascos al hombre que la Iglesia nos dió para toda la vida. Ya es viejecito, ya, diez y seis años, para una mujer como es debido. Y que no habremos sido todos por esos mundos lo tontos de remate que hemos sido aquí.

DON ENRIQUE. Ama Justa, nos está parecien-

do que a este libro le va a faltar muy poco para romperte la cabeza.

JUSTA. ¡Jesús! ¡No me quedaba otra cosa que oir!

DON ENRIQUE. ¡Quítate de mi vista, quítate de mi vista!

JUSTA. ¡Ay, Señor! ¡El demonio en figura de mujer se le ha entrado a este hombre en el cuerpo!

Sale, a tiempo que entra Manolo. Don Enrique, con un ataque de ira silenciosa, da vueltas por la habitación: ha cogido un pañolito de encaje que ha encontrado sobre un mueble: primero le huele luego le estrujn, y, por último, le hace pedazos. No ve entrar a Manolo, que se sienta en un diván, y no saluda hasta pasado un momento.

MANOLO. Buenos días, don Enrique.

DON ENRIQUE. ¡Ah... tú! Buenos días.

MANOLO. Haciendo ejercicio, ¿eh?

DON ENRIQUE. Haciendo ejercicio.

MANOLO. Para calmar los nervios.

DON ENRIQUE. ¿De dónde sacas tú que estoy nervioso?

MANOLO. De que lo estoy yo.

DON ENRIQUE. Tus motivos tendrás.

MANOLO. Los mismos que usted.

DON ENRIQUE. ¡Mucho decir es eso!

MANOLO. Pues figúrese usted que no he dicho nada.

DON ENRIQUE. ¿Y cuáles son los tuyos, si puede saberse?

MANOLO. ¿A usted no le saca de tino la afluencia de visitantes distinguidos que cae estos días sobre nuestra aldea?

DON ENRIQUE. Eso va ganando el comercio.

MANOLO. Y eso va perdiendo usted; porque como todos son visita de esta casa, todos comen, o almuerzan, o meriendan aquí.

DON ENRIQUE. Hijo, cuando Dios da, da para todos.

MANOLO. Es que hay cosas que no le hace a uno maldita la gracia repartir con nadie.

DON ENRIQUE. ¿Vas tú a llevar por cuenta, como el ama Justa, las gallinas que se sacrifican? ¡Ja, ja, ja!

MANOLO. ¿De qué se ríe usted?

DON ENRIQUE. De ti.

MANOLO. Más vale que le sirva a usted de diversión el caso.

DON ENRIQUE. El caso es que tienes celos, ¿no?

MANOLO. Me parece que me sobra motivo.

DON ENRIQUE. Eso, allá tú sabrás; pero, hijo mío, permite que te diga que un hombre de veinticuatro años, enamorado, como tú dices que lo estás, de una chiquilla que hasta hoy no ha visto el mundo más que por tus ojos, es un solemne majadero si se deja robar los agraces de la parra.

MANOLO. ¿Pero usted no ve que toda esta gente que viene de otro mundo, como ella dice, le habla de cosas que ella no había ni sospechado nunca?

DON ENRIQUE. Háblale tú de otras más interesantes.

MANOLO. Es que ellos la ilusionan, la deslumbran.

DON ENRIQUE. Deslúmbrala tú más.

MANOLO. ¡No sé cómo!

DON ENRIQUE. ¡Ay, amor! Supongo que no pretenderás que yo, que soy su padre, te vaya a enseñar modos de volverle el juicio; pero ¡Dios nos ampare!, la primera emoción de amor se la has dado tú... me parece, y eso en un alma de mujer deja huella para toda la vida.

MANOLO. ¡Una mujer es siempre del último que llega!

DON ENRIQUE. *Con rabia.* ¡Una mujer es siempre del hombre que merece llevársela!

MANOLO. Según eso, usted...

DON ENRIQUE. Según eso, yo no tengo que dar cuentas a nadie, para lo cual empiezo por no irle a nadie con lamentaciones. ¡Canastos con la juventud, que todo se lo quiere llevar de rositas! Hijo mío, en este mundo no hay más que dos caminos: o paciencia o acometividad; o sembrar el trigo y esperar a que grane, y segarlo y molerlo, y cocerlo y sudar y fastidiarse, o estar al

pie del horno cuando sale el pan y llevárselo a puñetazo limpio. Tú verás cuál es la filosofía que más te conviene. *Pausa.* Entra, si quieres, que en el jardín están.

MANOLO. ¿Con visita?

DON ENRIQUE. Con visitas.

MANOLO. Sí, ya he visto, al entrar, un automóvil. ¡Dichosos los tiempos de la silla de postas!

DON ENRIQUE. Mucho antes hubo botas de siete leguas para quien quiso llegar de prisa.

MANOLO. Y mucho antes caballo con alas, si vamos a cuentos. Pero la vida no es cuento.

DON ENRIQUE. Puede que no lo sea, pero se le parece mucho.

AGUSTINA. *Entrando por el ventanal, muy de prisa y muy contenta, y hablando con los que quedan en el jardín.* Sí, sí; en seguida vuelvo.

DON ENRIQUE. Ahí la tienes. *Mirándola con embeleso.* ¡Qué bonita es!

MANOLO. ¿Dónde vas?

AGUSTINA. ¡Ah! ¿Pero estás aquí? ¿Por qué no has entrado? ¿No te ha dicho papá que estábamos en el jardín? ¡Hoy tenemos gran recepción! Entra, que son cantantes, ¡y hay una italiana más guapa! Dice que no han tardado más que veinte minutos desde San Sebastián aquí. ¡Quién nos iba a decir ¡paletitos! que estábamos tan cerca del mundo!

ELENA. *Dentro.* ¡Agustina!

AGUSTINA. ¡Ya voy! ¡Estoy loca! Vengo por una cosa y se me olvida: dice mi madre que se ha dejado aquí un pañuelo. *Don Enrique le deja disimuladamente entre los papeles de la mesa.* No está... pediré otro. *Viéndole.* ¡Ah, sí! Pero ¿qué le ha pasado?... Hecho trizas... le habrá cogido el perro... ¡Lástima de encaje, que es Bruselas legítimo! ¡Buena se va a poner la Pura cuando lo vea! *A su padre, que se dirige hacia la puerta.* ¿Te vas?

DON ENRIQUE. *Muy amablemente.* A dar mi paseíto de todas las tardes; ya sabes que si no, a la hora de comer no abro la boca. *Con un poco de malhumor.* Divertirse.

Sale Don Enrique.

AGUSTINA. *Mirando, alternativamente, a la puerta por donde ha salido su padre y a la puerta vidriera del jardín.* Yo le acompañaría; pero...

MANOLO. *Esforzándose por estar amable.* ¡Si quieres que me vaya yo con él!...

AGUSTINA. No; tampoco.

ELENA. *Dentro.* ¡Agustina!

VOZ DE HOMBRE. *Dentro.* ¡Agustina!

VOZ DE MUJER. *Dentro.* ¡Agustina!

AGUSTINA. *Le coge la mano.* ¡Ya voy! Anda, ven al jardín.

MANOLO. *Sin soltarle la mano.* ¿Tanta prisa tienes?

AGUSTINA. Prisa, no; es que me están esperando.

MANOLO. Que esperen; estáte aquí conmigo.

AGUSTINA. ¿Ya no te escandaliza que nos dejen solos?

MANOLO. Aquí no: ¡estas paredes te defienden!

AGUSTINA. ¿De ti?

MANOLO. De todo y contra todos.

AGUSTINA. ¡Ja, ja, ja! Te ha salido muy bien la frasecita.

MANOLO. No es frase.

AGUSTINA. Sí lo es; pero me gusta: hoy me gusta todo, porque estoy contenta, contenta, contenta. Y eso que, ahora que me acuerdo, contigo debería estar enfadada. No te he visto al salir de la iglesia.

MANOLO. ¡Ah! Pero, ¿has ido a misa esta mañana?

AGUSTINA. ¡Vaya una novedad! Como todas.

MANOLO. ¡Tantas llevabas ya sin ir, que creí que habías perdido la costumbre!

AGUSTINA. ¿Querías que saliese teniendo a mamá enferma?

MANOLO. ¿Ya está mejor? *Como si preguntase: ¿No se ha muerto aún?*

AGUSTINA. Ya está bien del todo. Anda, vamos, que no quiero que se enfade si tardo.

MANOLO. Pues no te ha entrado a ti poco fuerte.

AGUSTINA. Por mi madre. ¡Claro que sí!

MANOLO. ¡O por quien sea!

AGUSTINA. ¡Ay, Manolo, Manolo, ya me vas a decir cosas desagradables! Tan bien como habíamos empezado hoy...

MANOLO. Perdóname: es que me desconcierta un poco que tengas tanta prisa en dejarme.

AGUSTINA. Si empiezo por decirte que vengas conmigo.

MANOLO. Es que te quisiera decir tantas cosas...

AGUSTINA. ¿Cuáles?

MANOLO. ¿Tú no tienes ninguna que decirme a mí?

AGUSTINA. ¿De qué? ¡Ah, de mamá!... Sí, precisamente eso es lo que me tiene tan contenta; ella sigue diciendo que se va y se va; pero yo tengo mis esperanzas, porque lo que es la casa le gusta, ¡ya lo creo!, y el pueblo también, lo poco que ha podido verlo. Ayer por la tarde salimos en el coche y se quedó encantada con los pinares... y el jardín, la gente; con todo el mundo habla y todo la entretiene. Tenemos una gallina llueca, y hemos echado huevos para sacar pollos; como ella es de Madrid, y no ha vivido nunca en un pueblo, le hace tanta gracia que salgan los animalitos con los días contados, y como hacen falta veintiuno, yo pienso que en veintiún días mucho se puede conseguir. Por eso no te extrañe que esté siempre a su lado.

ELENA. *Dentro.* Agustina, baja; que estos señores se marchan.

AGUSTINA. *Yendo hacia la puerta.* Se van.

MANOLO. Espera...

AGUSTINA. Déjame que vaya a despedirlos...

MANOLO. Que se vayan... déjalo... estáte aquí a mi lado... es un capricho...

AGUSTINA. *Con resignación.* Bueno.

VOZ DE HOMBRE. *Dentro.* ¡Adiós!

ELENA. *Dentro.* Pero, Agustina...

AGUSTINA. Adi...

MANOLO. *Tapándole la boca.* No respondas.

VOZ DE MUJER. *Dentro.* Addio, carissima...

Entra una rosa por la ventana.

VOZ DE HOMBRE. *Cantando dentro.* *Bon soir, madame la lune.*

Entra un manojo de claveles.

VOZ DE HOMBRE. *Dentro.* ¡Adiós, ingrata!

VARIAS VOCES. *Dentro.* Adiós, adiós, adiós.

Siguen entrando flores por el ventanal.

MANOLO. No hagas caso... *Sujetándola y casi abrazándola.* No mires; mírame a mí, que te quiero más que nadie en el mundo y más que a nadie... Agustina, dime que tú también me quieres...

AGUSTINA. Sí...

MANOLO. Más que a nadie en el mundo, que serás siempre mía, que no me olvidarás nunca por nadie...

La abraza.

AGUSTINA. Sí, sí, sí... ¿Pero, te has vuelto loco? ¡Déjame! ¡Mi madre!

Se separa de él violentamente viendo entrar a Elena, que sube del jardín y cierra con toda calma su sombrilla.

ELENA. ¿Dónde te has metido? *Como si viese a Manolo de pronto.* ¡Ah, vamos!... ¿Encontraste el pañuelo?

AGUSTINA. No... es decir, sí... *Atropellándose.* Aquí está.

ELENA. ¿Por qué no has bajado?

AGUSTINA. Porque... está roto.

ELENA. ¿Y por eso te apuras? ¡Hija mía, eres tonta! *Acercándose a ella y mirando a Manolo con ojos de basilisco.* ¡Pues no estás tú poco sofocada?

AGUSTINA. No, mamá; si estoy muy contenta.

ELENA. Ya se ve.

Se sienta en el diván.

AGUSTINA. *Acercándose a ella y echándole un chal.* A ver si te vas a quedar fría después del sol que hace en el jardín.

ELENA. No tengas miedo.

MANOLO. ¿Ya está usted mejor?

ELENA. Perfectamente. Por esta vez, amigo, no le doy a usted el gusto de morirme. ¡Paciencia!

MANOLO. *Con risa de conejo.* Señora... precisamente el gusto...

ELENA. ¡Dígamelo usted a mí! ¡Menuda solu-

ción! Le estoy oyendo a usted después del fausto acontecimiento: ¡Pobre señora; su genio tenía, pero era tan buena... y tan oportuna!

MANOLO. *Ya quemado.* ¡Cuando usted lo dice!

AGUSTINA. ¡Manolo!

ELENA. ¡Tú te callas!

MANOLO. Quien tiene que callarse aquí soy yo.

ELENA. ¡Ya! Me perdona usted la vida.

MANOLO. Está usted en una casa muy respetable para mí. Es usted una señora, y no quiero olvidarlo. A los pies de usted.

ELENA. Beso a usted la mano. *A Agustina, que sale detrás de de Manolo.* ¿Dónde vas tú?

AGUSTINA. En seguida vuelvo.

ELENA. Es que... ¡cuidadito con los coches, que tienen ruedas!

MANOLO. *Furioso a Agustina.* ¡Quédate ahí!

Sale Manolo.

AGUSTINA. *Timidamente.* Hasta luego.

ELENA. ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya una cara de vinagre que lleva! ¡Ja, ja, ja! Si puede me estrangula. Y tú, ¿qué estás pensando ahí tan seria?

AGUSTINA. ¿Qué quieres que piense?

ELENA. ¿Que soy una fiera? Claro: aquí, en tocando al niño, se acabó todo.

AGUSTINA. Pero, ¿por qué te pones así siempre que viene?

ELENA. Porque no le puedo ver ¡ni en pintura!

AGUSTINA. Bueno; déjalo, madre, déjalo... hablemos de otra cosa.

ELENA. ¿De qué?

AGUSTINA. De ti. Dime la verdad. ¿Estás aquí a gusto? ¿Te aburres con nosotros? ¿Echas muchas cosas de menos? ¿Te gusta la casona? ¡Me da una rabia que hayas estado enferma! ¡Dos semanas perdidas! Nosotros que queríamos mimarte tanto, tanto, para que lo pasases tan bien y no pudieras marcharte ya nunca... Madre... ¿en qué estás pensando? Dímelo.

ELENA. Ayer he recibido carta de mi apoderado: ¡una contrata para Norte-América!

AGUSTINA. ¡Para Norte-América!

ELENA. Treinta funciones en tres meses... y muy bien pagadas. Me piden respuesta por cable.

AGUSTINA. ¿Y tú...?

ELENA. No he contestado todavía. No sé por qué me da pereza pensar ahora en un viaje tan largo... Es la primera vez que me sucede. Será debilidad de la convalecencia. Pero de mañana no puede pasar la contestación.

AGUSTINA. *Triste.* ¿De eso es de lo que hablabas anoche con Juan Manuel?

ELENA. ¿Cómo lo sabes?

AGUSTINA. Porque oí que decíais Nueva York... ¿Te quiere mucho, verdad?

ELENA. ¿Juan Manuel? Eso dice; pero ¡fíese usted de los hombres! Todos están a la que salta,

y a ver lo que se pesca. Si no les haces caso, eres una pantera; si les tienes lástima, una mala mujer, y si logran lo que se proponen, ¡échales un galgo, que, si te he visto, no me acuerdo! *Muy seria.* Esto te lo digo porque soy tu madre.

AGUSTINA. Pero Juan Manuel...

ELENA. Juan Manuel es de los mejores; pero tampoco pondría yo por él la mano en el fuego, porque, hijita, ya lo dice el refrán: "El mejor, para tapadera de un horno."

AGUSTINA. ¡Ay, madre, qué vacía se va a quedar la casa si te marchas!

ELENA. ¿Para ti? Te queda tu Manolo de tu alma. Te casarás con él.

AGUSTINA. *Con tristeza rabiosa.* ¿Qué tiene que ver eso?

ELENA. ¿Qué te pasa? *Agustina se aparta sin responder.* ¡Vaya unos arrechuchos que te entran a ti! *Sin darle importancia, se acerca al ventanal.* ¡Que sol tan hermoso! *Estremeciéndose un poco.* ¡Ay, hija, qué gusto da vivir después de haber estado para morirse! Ven acá. *Cogiéndole la cara entre las manos.* ¡Riete! ¡Parece que tengo hormiguillo por todo el cuerpo! ¡Qué bonita, pero qué bonita eres! ¡Hija, quien fuera tú, para empezar a vivir!

AGUSTINA. *Con ansiedad.* ¿Y qué harías, qué harías tú, madre, si tuvieras que empezar hoy la vida, si fueras como yo?

ELENA. *Pausa. Mira largamente a Agustina.* ¡Qué

te voy yo a decir, si ahora mismo no sé adónde tirar para acabarla!

AGUSTINA. ¡Ay, madre!

ELENA. No suspires. ¿Qué más da? Tú no te apures nunca por nada de este mundo. Después de todo, no tiene una la culpa de nada de lo que hace.

AGUSTINA. Sí, madre, sí.

ELENA. ¡Qué ha de tener! Ya ves yo... Casi nunca me entero de lo que he hecho, hasta que me lo viene a contar otro, y entonces, ya me parece que no es cosa mía. Una vez, no sé si en Londres o en Berlín, vi una pantomima alegrita... ¡bueno, eso es lo de menos! El caso es que la pantomimista se iba... quitando ropa detrás de un biombo, y el público iba viendo la acción en un espejo... Será una estupidez, pero yo muchas veces he pensado que la vida que una hace es así, una pantomima que está una misma, viendo pintada en un cristal.

AGUSTINA. Sí, pero tenemos la obligación de que en el espejo no se pinten más que cosas buenas.

ELENA. ¿A qué llamas tú cosas buenas?

AGUSTINA. Por ejemplo, a que nadie sufra por nosotros.

ELENA. ¡Ay, niña! ¿Sabes tú adónde puede ir a parar una mujer con un corazón tan generoso? ¡No hacer sufrir a nadie! No hay remedio:

lo que es la gloria de uno es la pena de otro. Todos sufren por todos... es decir, casi nadie sufre por nadie; porque ríete tú de penas no tocando a la piel o al bolsillo. ¿No ves cómo dicen "Salud y pesetas?" A nadie se le ocurre decir "Salud y amor" ni "Salud y gloria"; ni siquiera "Salud y buena conciencia". Salud y pesetas dicen que basta.

AGUSTINA. Pues yo quiero ser pobre, vivir triste, sufrir yo todo lo que sea preciso, y no hacer mal a nadie.

ELENA. Si no le harás tú; el mal se hace solo. Y no pienses cosas lamentables, que tampoco sé a qué vienen ahora. ¿No estabas tan contenta? ¿Porque me marcho yo? ¡Quién sabe!

AGUSTINA. *Con alegría.* ¡Madre!

ELENA. No digo que sí, ni que no. Consultaré a la Pura, que bruta sí es, pero sentido común no le falta. *Pasea. Cogiendo del brazo a Agustina.* ¡Sí que está bien todo esto! *Sentándose en un sillón.* Tu padre sabe lo que es comodidad. Cuando le coge a una un silloncito de éstos, no le suelta. *Mirando al estante que tiene al lado.* ¡Jesús, cuánto libro! ¡Qué sabios debéis ser todos en esta casa! Sí; hasta el ama Justa tiene cara de dómine. *Dando vuelta a la librería giratoria.* ¿Son novelas? *Coge un libro. Crítica de la razón pura. Hace un gesto de asombro y coge otro. La irreligión del porvenir. A Agustina* ¿Tú entiendes todo esto?

AGUSTINA. Son libros de papá.

ELENA. *Hojea un libro.* Verdad, que hay notas escritas con su letra. *Se oye la bocina de un automóvil.* ¡Un automóvil! ¿Quién vendrá ahora?

AGUSTINA. *Corriendo a la ventana.* ¿Será Juan Manuel? ¡No! Es ese caballero que vino la otra tarde... el tenor.

ELENA. ¡Ah, Paoletti!

AGUSTINA. Con dos señoras... y otros tres caballeros. ¡Huy, qué trajes traen ellas! *Con un poco de susto.* ¡Mamá! Se entran por la verja del jardín... sin llamar. *Se oyen risas y voces y un principio de cuplé más bien desvergonzado.* ¡Ay, madre!

ELENA. *Sonriendo.* Pero ¡qué poca lacha tiene ese Paoletti! ¿A quién se habrá traído? *Se oye la voz de Don Enrique, dentro, y se interrumpen las risas y las canciones.* ¡Eh! ¿Qué es eso?

DON ENRIQUE. *Dentro, violentamente.* ¡No, señores, no está!

VOZ DE HOMBRE. *Dentro.* ¿Qué quiere usted decir?

DON ENRIQUE. *Dentro.* Ya lo han oído ustedes: que Elena no está en casa, y como para ustedes no ha de estarlo nunca, pueden ustedes ahorrarse el trabajo de volver por aquí. ¡Buenas tardes!

ELENA. Pero ¿este hombre se ha vuelto loco o qué?

Se dirige hacia la puerta del jardín.

AGUSTINA. *Deteniéndola.* ¡Mamá!

VOZ DE HOMBRE. *Dentro.* Caballero, nosotros...

OTRA VOZ. *Dentro.* No creemos que Elena vaya a consentir...

ELENA. Naturalmente. ¡No faltaba más!

VOZ. *Dentro.* Porque ella también está en su casa.

DON ENRIQUE. Está en su casa, porque esta casa es mía, y ella es mi mujer; pero ni mi casa ni yo le debemos nada a nadie: de modo que hasta más ver, señores.

ELENA. *Con rabia.* ¡Ah!

AGUSTINA. No salgas, madre, espera.

VOZ DE MUJER. *Dentro.* No se apure usted, amigo, que ya nos vamos.

DON ENRIQUE. *Dentro.* ¡Feliz viaje!

ELENA. Déjame...

AGUSTINA. No, madre, no...

Se oye rumor de gente que sale. Don Enrique aparece en la puerta, bastante alterado; pero al verlas intenta serenarse.

DON ENRIQUE. ¿Ah, estabais aquí? Buenas tardes, Elena.

ELENA. *Furiosa.* ¿Me querrás decir...?

DON ENRIQUE. *Interrumpiéndola.* ¡Qué calor hace aquí! *Se hace aire con el sombrero.* Agustina, hija, ¿por qué no sales a dar una vuelta?

Agustina le mira y sale dócilmente.

ELENA. ¿Me querrás decir qué significa esto?

DON ENRIQUE. Pues significa sencillamente que a tu compañero y amigo, el ilustre señor Paoletti, se le ha ocurrido venir a visitarte en la agradable compañía de dos... digamos artistas, demasiado famosas, y que, tomándomelo yo, he querido evitarte el trabajo de ponerlos a ellas y a él de patitas en la calle. ¡Eso es todo!

ELENA. ¡Ah! ¿Y te figuras que tienes derecho a ponerme en ridículo? ¿Qué habrán dicho de mí?

DON ENRIQUE. ¡Bah! Las damas que venían con tu amigo están acostumbradas a esos contratiempos, y no ha de sorprenderlas el que no hayas querido recibirlas. Y en cuanto a los caballeros que las acompañaban, tampoco me pesa que hayan comprendido que, a pesar de todos los pesares, tienes quien te haga respetar cuando llega el caso.

ELENA. Por mí no te acalores. Diez y seis años llevo andando por el mundo y me he sabido defender solita. Ni por ti tampoco, que no volverás a tener ocasión para ello. Pero ¿sabes lo que te digo? Que para hacerme desaires como éste, podías haberte ahorrado el trabajo de invitarme a venir a tu casa.

DON ENRIQUE. Yo te he invitado a ti, pero nunca entendí que invitaba contigo a toda la hez de los teatros y music-halls del mundo.

ELENA. Pues, hijo, el que quiere la col, quiere las hojitas de alrededor.

DON ENRIQUE. No por cierto.

ELENA. Ya sé que te estorba todo el que viene a verme.

DON ENRIQUE. No me estorban, y creo que harto te lo vengo probando, mientras sean personas decentes. Desde que estás aquí, no cesa el rodar de automóviles por esa carretera.

ELENA. ¿Te molesta el olor a gasolina?

DON ENRIQUE. No me molesta nada. ¿Artistas? Bueno. ¿Extravagantes? Bien. ¿Indiscretos? Paciencia. ¿Impertinentes? ¡Qué le vamos a hacer! Pero gente sinverguenza, no, no y no. ¡Ya lo sabes!

ELENA. *Llorando de rabia.* ¿Es que tú te figuras que me paso la vida entre gentes de poco más o menos, y que soy como ellos sí a mano viene? ¡Pues, hijo, a mí a decente no me gana nadie!

DON ENRIQUE. ¿Crees que si no lo supiera te hubiera hecho venir aquí? ¿Crees que hubiese dejado en tu casa a mi hija?

ELENA. Ya salió tu hija.

DON ENRIQUE. Si te parece que está de más entre tú y yo hablar un poco de ella...

ELENA. Después de este bochorno que me has dado en mi misma cara, ¿qué se va a figurar que es su madre?

DON ENRIQUE. ¡No se figurará lo que no deba, porque sabe de sobra, tanto como yo, que

eres una mujer honrada, honrada porque sí, porque no puedes menos de serlo!

ELENA. *Poniéndose otra vez rabiosa.* ¿Ah, conque soy honrada porque no puedo menos de serlo?

DON ENRIQUE. ¡Entiéndeme!

ELENA. De sobra. ¡Porque no puedo menos! ¡Pues, hijo, tentaciones no me han faltado, que no soy tan fea, digo, me parece... y ahora mismo, si me diera la gana...!

DON ENRIQUE. ¡Elena, no me saques de tino!...

ELENA. ¡Es que puede pesarte lo que has dicho!

DON ENRIQUE. ¿A mí?

ELENA. No; al vecino de enfrente.

DON ENRIQUE. Elena, óyeme bien, ya que acaso sea esta la última vez que hablamos con... relativa tranquilidad...

ELENA. Por mí, como si quieres suprimirla.

DON ENRIQUE. No me puede pesar nada de lo que hagas, más que por ti, ¿lo entiendes?, por ti. De todas las locuras que quisieras tú hacer, ¿qué puede a mí alcanzarme? ¡Ni siquiera el desprecio compasivo del mundo! ¡Estoy tan lejos de él! Además, la dignidad de un hombre está muy por encima de las... genialidades de su mujer. Cada uno es cada uno, hijita. Yo he vivido hasta ahora, por lo menos, en paz; un poco se ha turbado...

ELENA. ¿Porque he venido yo?

DON ENRIQUE. Naturalmente.

ELENA. Pues hijo, pronto se puede serenar el agua.

DON ENRIQUE. Cuento con ello.

ELENA. Es decir, ¿que quieres que me marche?

DON ENRIQUE. Si es que no te conviene vivir de acuerdo con mi modo de pensar...

ELENA. Está bien. *Dando patadas en el suelo.* Está bien...

DON ENRIQUE. Pero no te precipites...

ELENA. Está bien...

DON ENRIQUE. Ya sabes que yo siempre encantado de que estés con nosotros...

ELENA. ¡Quítate de mi vista! ¡Hipócrita! *Él, sin decir palabra, se dirige al jardín.* ¿Dónde vas?

DON ENRIQUE. Aquí, al jardín, a ver si está la niña.

Sale Don Enrique.

ELENA. La niña, la niña... *Gritando.* ¡Pura, Pura, Puraaaa!... La niña... ya te darán a ti... ¡Pura, Pura!

PURA. Aquí estoy.

ELENA. ¿Dónde estás metida... estúpida?

PURA. Pero, niña... ¿qué pasa?

ELENA. Pasa que nos marchamos de aquí, ahora mismo... el baúl... las maletas. ¿Qué haces ahí como una estatua?

PURA. Pero ¿qué te ha ocurrido?

ELENA. ¿A ti que te importa?... Mi sombrero, mi abrigo... sin hacer los baúles: que los manden... ¡Vámonos!

PURA. Pero ¿dónde?

ELENA. Al infierno, que es país caliente...

PURA. Pero si hasta mañana no hay tren, ¿cómo nos vamos a marchar?

ELENA. ¡En burro! Que se queden anchos... en paz... ya les daré yo paz. *Suena una bocina de automóvil.* Otro automóvil. *Rabiosa.* ¡Todavía estás ahí! ¡Toma, toma!

Recoge rabiosamente todo lo que encuentra por los muebles.

JUAN MANUEL. *Apareciendo en la puerta.* ¿Se puede?

ELENA. ¡Ah, Juan Manuel! Llega usted a tiempo. ¿Es de usted ese automóvil que sonaba?

JUAN MANUEL. Sí, señora...

ELENA. Pues ya tienes dónde cargar los trastos. ¡Volandito!

PURA. ¡Ay, hija, pues no te dan a ti las cosas poco súbitas!

Sale Pura.

JUAN MANUEL. ¿Qué le sucede a usted?

ELENA. Lo mejor que podía sucederme: que me marcho de aquí... es decir, que me echan... ¡No se siente usted! ¡Sí, señor! Ahora mismo... ¡Y se acabaron las contemplaciones! ¡Hay que vivir como vive la gente! En el primer vapor me

embarco para América; conque si quiere usted hacer conmigo un viajecito de recreo, ya puede usted tomar el pasaje...

JUAN MANUEL. Es decir...

ELENA. Es decir que le cayó a usted el gordo. ¡Alégrese usted, amigo: más vale llegar a tiempo que rondar un año!

JUAN MANUEL. Elena, *Suavemente.* es usted una mujer adorable...

ELENA. Ya me lo dirá usted por el camino. ¡Andando!

JUAN MANUEL. ¡Espere usted un momento!

ELENA. ¿A qué voy a esperar?

JUAN MANUEL. A estar un poco más tranquila. *Sonriendo.* Las grandes resoluciones hay que tomarlas con serenidad.

ELENA. ¡Ah, con serenidad!

JUAN MANUEL. Elena... usted no sabe lo que le agradezco... eso que acaba usted de decirme... Esas palabras, en boca de una mujer como usted, son de las que un hombre de honor recibe siempre de rodillas... pero, por lo mismo, es preciso que nos las diga usted en un estado de ánimo que luego dé ocasión a que usted pueda arrepentirse de ellas.

ELENA. ¿Arrepentirme? Pero, ¿usted se figura que ese hombre merece que yo me arrepienta?

JUAN MANUEL. Ahora se trata únicamente de lo que merece usted.

ELENA. ¿Y qué merezco yo?

JUAN MANUEL. En primer lugar, ser feliz.

ELENA. *Casi llorando.* A eso vamos.

JUAN MANUEL. Por un camino un poco... desigual.

ELENA. ¿Ahora es usted quien le va a poner peros al camino? *Con espanto.* ¡Usted, usted! ¡Jesús! Si antes de fiarse de un hombre, se debía una echar una soga al cuello.

JUAN MANUEL. Elena... por favor... Elena...

ELENA. ¡Usted! Después de tanto suplicarme... ¡Virgen, dónde he venido yo a caer! *Se tapa la cara con las manos y sollozando desesperadamente.*

JUAN MANUEL. ¡Si no es eso, no es eso!... Elena, yo la respeto a usted ahora más que nunca... Elena, óigame usted... usted sabe cómo la he querido yo siempre... ahora más, ¡pero de otra manera!, más porque la conozco a usted más... ¡Se lo juro a usted! Es usted para mí... le agradezco a usted tanto... pero no quiero que eche usted a rodar en un instante toda la felicidad que aún tiene para usted la vida... que usted merece como nadie, y que está para usted en esta casa, creámelo usted, sólo en esta casa.

ELENA. *Sin levantar la cabeza.* ¡En esta casa!

JUAN MANUEL. Sí, en esta casa, buena y acogedora como usted, donde ha encontrado usted tanta serenidad, tanto cariño... ¿Qué le va usted a pedir al mundo que ya no le haya dado en glo-

ria, y no le haya cobrado con usura en soledad, en cansancio, en injusticia...?

ELENA. *Serenándose y mirándole fijamente.* ¿Y de dónde le viene a usted, así de golpe, toda esa abnegación? Míreme usted bien. No acostumbran ustedes los hombres a ser tan generosos porque sí. ¿Me querrá usted decir que porque le parece a usted que en esta casa está el camino de mi felicidad, renuncia usted con gusto a lo que hace tan poco tiempo tenía usted por felicidad suya?... ¿Por qué mira usted al suelo? Aquí hay gato encerrado. ¿Se va usted a casar? Pero entonces, ¿dónde vive la novia, o qué calma es la suya que le consiente a usted pasarse la vida pegado a mis faldas?... Porque desde que hemos venido aquí, poco tiempo ha dejado usted de estar con nosotras. *Con iluminación repentina.* ¡Con nosotras!... ¡Juan Manuel! ¿Es posible... Agustina?

JUAN MANUEL. *Con muchísimo miedo.* Sí, Elena; sí, Agustina.

ELENA. ¿Se ha enamorado usted de mi hija?

JUAN MANUEL. Perdóneme usted, Elena. Por ser hija de usted, creo que he llegado en tan poco tiempo a quererla tanto. ¡Cuando la he visto ya la conocía! Todo el cariño que la he tenido a usted, que la tengo, era como un presentimiento. ¡Cómo las llevo a ustedes en el corazón! ¡Cómo le agradezco a usted ahora el que, tan compasivamente inflexible con la locura mía, no me haya

usted dejado imposibilitar para siempre este amor que me estaba esperando! Este amor en que está usted también, porque en su hija de usted está su gracia, su espíritu de usted, su nobleza, su encanto de mujer tan mujer...

ELENA. *Con un poco de melancolía.* Su juventud...

JUAN MANUEL. ¡Perdóneme usted, Elena, perdóneme usted!

ELENA. *Sinceramente.* ¿Yo? ¿De qué?

JUAN MANUEL. De haberme engañado a mí mismo...

ELENA. Pero, ¿usted sabe, criatura, la alegría que me da usted?

JUAN MANUEL. *Con asombro.* ¡Elena!

ELENA. La alegría... sí, señor... ¡Mi hija!... Usted dice que me ha querido siempre tanto y cuanto. Pues yo, ahora ya se lo puedo a usted decir: puede que, también siempre, le haya querido a usted más... y mejor que usted a mí. Es usted el único hombre en quien hubiera querido creer, para fiarme en usted del todo, porque me parece usted amigo seguro, y además, ¡sabe usted tanto de tantas cosas!... Algunas veces he tenido pena al verle a usted meterse en malos pasos, y entonces, ¡con qué cariño, no sé si de hermana... o de madre, le hubiera aconsejado a usted!... Cada vez que nos hemos encontrado por esos mundos, ¡me daba una alegría... y una rabia al pensar que, por esa locura de usted, había entre nos-

otros una esconfianza estúpida! Ya ve usted si ahora tengo que alegrarme, viendo que, al fin, podemos ser buenos amigos.

JUAN MANUEL. ¿Amigos... Elena? No sé qué nombre dar al cariño, a la veneración que siento por usted; ¿sabe usted el heroísmo que otra mujer cualquiera necesitaría sólo para fingir esas palabras que usted dice tan sincera y tan sencillamente? ¿Amigos? Aquí me tiene usted... como usted quiera... ¡es usted una santa!

ELENA. No, señor; soy una mujer que le quiere a usted mucho y que nunca se ha enamorado de usted.

JUAN MANUEL. ¡Elena! *La besa la mano devotamente.*

ELENA. Abráceme usted, que ahora ya no hay peligro... todo llega en el mundo... aunque un poquito tarde. *El la abraza.* Sí, amigos para toda la vida.

Entra Don Enrique en el preciso momento en que ella pronuncia estas palabras.

¡Sin miedo, que yo soy de buena pasta y no me rompo!

Le abraza ella impetuosamente.

DON ENRIQUE. *Precipitándose en arrebato de indignación.* ¡Elena!

ELENA. *Con perfectísima naturalidad.* ¿Tú?

JUAN MANUEL. Por Dios... permítame usted que le explique...

DON ENRIQUE. No me hacen falta explicaciones. ¡Salga usted de aquí inmediatamente!

Juan Manuel intenta disculparse.

Inmediatamente, y agradezca usted el que, mirando que está usted en mi casa...! ¡Salga usted o no respondo de mí!

JUAN MANUEL. ¡A sus órdenes! *Sonriendo resignadamente.*

ELENA. Pero, Enrique...

DON ENRIQUE. Y tú... *Cogiéndola de un brazo* ¿Esta era tu amenaza? ¿Esto era lo que había de pesarme? ¿No pudiste esperar a estar fuera de aquí?...

ELENA. *Después de mirarle con mucho asombro* Pero... ¿es que te figuras...? Precisamente ahora... *Le entra un desatinado ataque de risa.* ¡Ja, ja, ja, ja!

DON ENRIQUE. *Cada vez más desesperado.* ¿De qué te ríes? ¡Habla! ¿De qué te ríes?

ELENA. ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Qué idiotas, ja, ja, ja, ja, pero qué idiotas... son los hombres... ja, ja, ja, ja.

Cae en un sillón, con un verdadero ataque de risa. Don Enrique quiere hacerla hablar; se acerca a ella, se separa de ella con rabia, con cariño después, desconcertado por último.

DON ENRIQUE. Elena... Elena... dime... ¡Elena! ¿Pero es que todos nos hemos vuelto locos?

Ella sigue riendo.

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración que en el segundo.

Al levantarse el telón están en escena Don Enrique y Agustina. Don Enrique pasea por la habitación y Agustina mira por el ventanal al jardín; no hablan, y los dos tienen cara de mal humor. Pasando un momento, entra Pura.

PURA. ¿Llamaba usted?

DON ENRIQUE. Sí. ¿Se ha levantado la señora?

PURA. Sí, señor; pero está con jaqueca y dice que no tiene gana de hablar con nadie. *Pausa* ¿Manda usted algo más?

DON ENRIQUE. Nada.

Sale Pura.

AGUSTINA. *Sin volver la cabeza.* Papá, ¿qué tiene mi madre?

DON ENRIQUE. Ya lo has oído: jaqueca.

AGUSTINA. Que enfermedad tan rara.

DON ENRIQUE. ¿La jaqueca?

AGUSTINA. La de mi madre. ¿Por qué se ha

encerrado desde ayer por la tarde en su cuarto? ¿Por qué no bajó anoche a cenar, ni al desayuno esta mañana? ¿Por qué?

DON ENRIQUE. ¿Por qué no vas a preguntárselo?

AGUSTINA. He ido ya tres veces y no me ha dejado entrar la Pura. *Pausa.* ¡Y sigue lloviendo!

DON ENRIQUE. Sí, hija; sigue lloviendo.

AGUSTINA. ¡Y qué viento! ¡No ha quedado una flor en el jardín ni una fruta en los árboles! ¡Vaya una nochecita que hemos tenido!

DON ENRIQUE. ¡De perlas!

AGUSTINA. ¡Y puede que sea temporal y que nos pasemos así una semana!

DON ENRIQUE. Puede.

AGUSTINA. ¡Ay, padre!

DON ENRIQUE. ¿Qué hay, hija?

AGUSTINA. Que estoy muy nerviosa.

DON ENRIQUE. ¿Muy nerviosa o de muy mal humor?

AGUSTINA. Es lo mismo. ¡Que cosa tan estúpida es la vida!

DON ENRIQUE. A días... un poco.

AGUSTINA. Siempre: nacen unos y viven y se mueren para que nazcan otros y vivan y se mueran... ¿y qué?

DON ENRIQUE. Eso precisamente.

AGUSTINA. ¿Morirse?

DON ENRIQUE. No; ir viviendo.

AGUSTINA. Pues es una broma... Ir viviendo... tantos días iguales; tantos años como tiene una que pasar hasta que llegue a vieja... Levantarse, vestirse, arreglar la casa, hacerse trapos que a una no le importan, leer libros que mienten o que no dicen nada, hablar con gentes que sabe una que le van a decir siempre lo mismo. Pensar: ya llega octubre, ¡cómo acortan los días! Ya viene febrero, ¡cómo van alargando! ¡Acostarse, dormirse, soñar o no soñar, despertarse, y vuelta a lo mismo!

DON ENRIQUE. ¡Hum! ¿Qué dice de todo eso don Manuel de la Fresneda?

AGUSTINA. ¿Manolo? Dice que esa es la vida, y que así son felices los que son felices, y que qué más le vamos a pedir a la suerte... y que algún día me pesará no haber sabido apreciar lo que tengo, que este año va a haber una cosecha de maíz que asusta, y que la remolacha se pierde sin remedio, y que más rezar y menos discurrir, y que tú tienes la mitad de la culpa por haberme dejado leer tantos libros y hacer en todo mi santísima voluntad, y que el diablo que me entienda, y que estoy loca de remate... y lo malo es que puede que tenga razón. ¿Por qué no tocas un poco el piano?

DON ENRIQUE. ¡Porque yo tampoco estoy para músicas!

AGUSTINA. Es este viento que hace, que le pone a uno todos los nervios de punta.

DON ENRIQUE. ¡Sí, debe ser el viento! *Pausa.*

AGUSTINA. ¡Ay, padre! Quisiera que estuviéramos tú y yo a mil leguas de aquí, en un país donde no conociéramos a nadie, ni nadie nos hubiera visto nunca; donde, hiciéramos lo que hiciéramos, nadie pudiera sufrir por nosotros; donde no hubiese palabras empeñadas, ni compromisos, ni celos, ni exigencias, ni desconfianzas, ni exclusivismos; donde todo fuera natural; donde el hacer lo que a uno se le antoja no fuera ni pecado, ni extravagancia, ni locura, ni mala fe; donde todos estuviesen alegres por la felicidad de todos.

DON ENRIQUE. Pide, hija, pide... ¡Ja, ja, ja!

AGUSTINA. ¿Te ríes de mí?

DON ENRIQUE. ¿Pero tú te figuras, alma cándida, que si en la tierra existiera un rincón donde fuera posible todo eso, hubieran tenido los hombres que tomarse el trabajo de inventar el cielo?... Ven aquí: cuéntame esas penas tan hondas. ¿Qué te pasa?

AGUSTINA. No lo sé.

DON ENRIQUE. Yo, sí. Todos hemos perdido un poco el ritmo, la armonía interior. ¿Y sabes por qué? Porque nos hemos permitido el lujo, casi la orgía, de esperar locamente unas cuantas semanas. De estas aventurillas emocionales, siempre se saca un leve mal sabor de boca en el corazón. Lo que antes nos hacía felices, ahora nos

parece insuficiente porque habíamos esperado otra cosa, y cada esperanza que no se realiza nos parece un derecho que alguien nos arrebata... Perdóname, chiquilla.

AGUSTINA. ¿Yo a ti?

DON ENRIQUE. Sí, porque te he contagiado una ilusión, sin pensar en que las ilusiones suelen pagarse con melancolías: cuando fuiste a buscar a tu madre, te empujó mi deseo sin que tú lo supieras; tú vivías tranquila y no necesitabas nada más; ahora no sé con qué derecho pedirte una resignación que sólo a mí me obliga...

AGUSTINA. ¿Resignación? ¡Es decir... que mamá... no se queda!

El padre no contesta.

¿Por qué?... ¡Por eso no sale de su cuarto, por no vernos!... Y tú estás triste, ¿verdad?

DON ENRIQUE. ¡Pchs! Tanto como triste...

AGUSTINA. ¡Ay, padre, padre, perdóname tú a mí...! Ahora que estás tú así, vengo a aburrirte yo con simplezas mías; porque, después de todo, ¿qué me pasa a mí? Eso es, a mí ¿qué me pasa? Que no me pasa nada, ¡vaya una desdicha! Tiene razón Manolo... y tú también: ¡qué falta me hace nadie, si con lo que tengo he sido siempre tan feliz; pues lo mismo que antes, ¡eso es! Desde mañana, vuelta a nuestros paseos en lancha y a nuestros conciertos al anochecer, ¡y a ver qué pena se atreve a entrar en esta casa, entre este

padre chocho y esta hija tan remal educada! ¿En qué estás pensando? Mírame, cógeme en brazos como cuando era muy pequeña, riñeme, dame un beso. *Cogiéndole la cabeza entre las dos manos y besándole.* ¿De quién es este padre tan mío?

DON ENRIQUE. ¡Ay, cabecita todo corazón! ¡Dios te bendiga!

Entra el ama Justa con cartas y periódicos en la mano.

JUSTA. ¡Aquí está el correo!

DON ENRIQUE. Bueno, déjalo ahí.

JUSTA. ¿No lo lees?

DON ENRIQUE. Sí, ahora.

JUSTA. ¿Quieres que te traiga una taza de caldo?

DON ENRIQUE. ¿A mí? ¿Por qué? No por cierto.

JUSTA. Pues con el desayuno que hemos hecho, no andaremos muy alimentados... y como por fas o por nefas ahora en esta casa el almuerzo se suele retrasar hasta las mil y una, no estaría de más que tomases algo.

DON ENRIQUE. Muchas gracias; no necesito nada.

JUSTA. Tú tampoco has probado el pan ni el dulce, y luego empezaremos con que si la cabeza o si el estómago. Te advierto que tienes muy mal color.

AGUSTINA. Será el reflejo verde de los árboles.

JUSTA. Será el reflejo verde. ¿De modo que puedo quitar la mesa?

DON ENRIQUE. Vaya una pregunta; haz lo que se te antoje.

JUSTA. Es que, como todavía no ha desayunado la señora, y no sé si quiere bajar al comedor o que le sirvan el café en su cuarto...

DON ENRIQUE. Pues subes a preguntárselo y sales de dudas.

JUSTA. ¡Para que me mande a freir espárragos la tarasca de su doncella.

DON ENRIQUE. ¡Pues no subas! *Con mal humor.*

JUSTA. ¡Ay, niño, no nos acaloremos, que no es para tanto! Aquí a todo el mundo se le consiente todo menos al ama Justa. Aquí todos son santos y no hay más que una pecadora. ¡Todo sea por Dios! ¡Cría cuervos, cría cuervos y te sacarán los ojos! ¿Dónde vas?

DON ENRIQUE. ¡A paseo!

Sale Don Enrique.

JUSTA. ¡Con la mañana que hace! Naturalmente, cuando en casa no podemos vivir, a la calle, aunque caigan chuzos de punta. ¡Ay, niño! A disgustos te han de quitar la vida. ¡Ay, señor

AGUSTINA. ¿Qué te pasa?

JUSTA. ¿Qué ha de pasarme? ¿No es un dolor ver que a tu padre, y a ti lo mismo, porque

sois más buenos que el buen pan, os estén engañando como os engañan?

AGUSTINA. A ti qué te importa, si engañados vivimos a gusto.

JUSTA. A gusto, ¿eh?, por eso no comemos, ni dormimos, ni hacemos cosa como Dios manda. En esta casa no hay orden, ni paz, ni concierto, ni gracia de Dios...

AGUSTINA. Ama Justa: ¿tú dices que nos quieres tanto y cuanto?

JUSTA. ¡A morir!

AGUSTINA. ¿Pues sabes cuál es la primera obligación del que quiere a otro? No darle disgustos.

JUSTA. Es que hay cosas que no pueden consentirse.

AGUSTINA. Porque te molestan a ti.

JUSTA. Porque no, señor, ¡ea! Y si a tu padre y a ti os duele oirlas de puro tragadas que las tenéis, yo sé mi obligación y las digo. ¡Quien bien te quiera te hará llorar!

AGUSTINA. Es que a los que queremos no hay que quererlos bien; con quererlos, basta.

JUSTA. Y que no soy yo la única que se lamenta de lo que aquí ocurre.

AGUSTINA. ¿Qué quieres decir con eso?

JUSTA. Pregúntaselo al vecino de al lado. ¡Bien temprano estaba esta mañana en la huerta mirando para tu ventana!

AGUSTINA. ¿Manolo?

JUSTA. Sí, Manolo. A ése tampoco se la dan con queso.

AGUSTINA. No sé a qué viene ahora hablarme de él.

JUSTA. Como venir, a nada. Pero cuando una quiere a las personas, siempre le da gusto hablar de ellas.

AGUSTINA. Ya; y tú le quieres mucho.

JUSTA. ¿Tú no?

AGUSTINA. ¿No lo sabes?

JUSTA. Me lo figuro. El es el que, a lo que parece, no anda muy convencido de ello.

AGUSTINA. ¿Te lo ha contado a ti?

JUSTA. No es menestes que me lo cuente, que el amor y los celos a los ojos saltan, y mujer que ha tenido cerca a un hombre se los sabe a todos de memoria.

AGUSTINA. Figuraciones tuyas.

JUSTA. Naturalmente... como que chocheamos ya. Figuraciones. ¿Pues sabes lo que te digo, hija mía? Que puede que cualquier señorito de los que vienen aquí a diario tenga que marcharse del pueblo cualquier noche con la figuración de que le han roto la cabeza. Y si no, al tiempo.

AGUSTINA. Bueno, déjame en paz. ¡A mí qué me importa!

JUSTA. ¡Ave María purísima, niña!

AGUSTINA. Sin pecado concebida, ama... Alé-

grate, que pronto os quedaréis todos tranquilos, tú y el señorito Manolo y la casa y el pueblo. Ya volverá el orden, ya tendremos tiempo y sosiego para aburrirnos todos a gusto. Y ahora quítate de delante, que no tengo ganas, mirándote esa cara de momia, de figurarme lo que voy a ser después de medio siglo de vivir en paz y en gracia de Dios dentro de esta balsa de aceite. ¡Andando!

JUSTA. Parece mentira que después de quince años de ser para ti lo que hemos sido, por tres semanas que has pasado en Madrid, seamos la última palabra del credo. ¡Vivir para ver!

Sale.

AGUSTINA. ¡Vivir para ver! ¿Para ver qué? *Muy nerviosa se acerca a la mesa donde el ama ha dejado el correo, dos o tres cartas y unos cuantos periódicos y revistas, y, revolviéndolo, mira los sellos.* Madrid... París... Roma... Filadelfia... Berlín... *Tirándola rabiosa.* Medio mundo ¡y nada!

Juan Manuel, que ha entrado, sin que ella le vea, por el ventanal del jardín, coge una de las cartas que está a punto de caerse.

JUAN MANUEL. ¿Qué le han hecho a usted estos pobres papeles?

AGUSTINA. ¡Nada!... Figúrese usted que hace diez y seis años que vivo en esta casa, que viene correo por la mañana y por la tarde, y que en

tantos y tantos y tantos días, ¡eche usted la cuenta!, nunca ha traído nada para mí.

JUAN MANUEL. *Sonriendo.* Sí que es triste.

AGUSTINA. Pues más triste es pensar que pasarán, no otros diez y seis, otros cincuenta, y que el correo seguirá viniendo y seguirá no trayéndome nada, y que yo seré tan idiota, que seguiré esperándole todas las mañanas y todas las tardes, como si en él hubiera de venirme ¡qué sé yo! *Seria.* ¿Habrá estupidez como esta mía de esperar una cosa que no sé lo que es y desesperarse porque no llega?

JUAN MANUEL. Eso nos pasa a todos en este mundo.

AGUSTINA. ¿Usted también espera al correo?

JUAN MANUEL. No, señora; espero la felicidad.

AGUSTINA. *Muy triste.* Yo... la felicidad... ya la tengo.

JUAN MANUEL. ¡Ah, sí! Pues por cartas no se apure usted. Yo le prometo a usted enviarle tres o cuatro diarias desde el último rincón del mundo.

AGUSTINA. ¿Cuál es el último rincón del mundo?

JUAN MANUEL. Por ahora, Pekín.

AGUSTINA. ¿A Pekín se va usted a marchar?

JUAN MANUEL. Sí, señora; dentro de cuatro

o cinco semanas. Se me acabaron las vacaciones. ¿Quiere usted algo para el Hijo del Sol?

Pausa; ella se acerca al ventanal y mira intensamente al jardín para disimular la pena; él pasea por la habitación.

AGUSTINA. *Volviéndose de pronto.* ¿Por dónde ha entrado usted que no le he sentido llegar?

JUAN MANUEL. Por el jardín; está la verja abierta.

AGUSTINA. ¿Venía usted a ver a mi madre?

JUAN MANUEL. Vengo a hablar con su padre de usted.

AGUSTINA. ¿Con mi padre? Ha salido; pero si quiere usted que le mande a buscar...

JUAN MANUEL. Prefiero que me haga usted compañía mientras viene, si es que no tiene usted mucho que hacer...

AGUSTINA. Tengo toda la vida por delante para no hacer nada.

JUAN MANUEL. ¡Sí que es un programita español!

AGUSTINA. ¿Qué quiere usted? Como no soy pobre, no me tengo que ganar la vida, y como soy mujer, no tengo derecho a disfrutarla.

JUAN MANUEL. Pero tiene usted el deber de vivirla.

AGUSTINA. El único deber de una mujer honrada *dicen* que es no hacer ruido.

JUAN MANUEL. ¿Y usted se conforma con ese *decir?*

AGUSTINA. Como nadie se molestará en pedirme mi opinión...

JUAN MANUEL. ¿De modo que usted piensa ser una mujercita sumisa y resignada de las que despiden al marido en la puerta y le aguardan en el balcón, de las que tienen por todo libro el de la cocina, por toda responsabilidad la cuenta de la compra, y por todo viaje la divertidísima excursión desde el ropero a la despensa?

Se ríe.

AGUSTINA. ¡Qué remedio habrá!

JUAN MANUEL. ¡Y puede que se divierta usted muchísimo cosiendo calcetines!

AGUSTINA. Ni eso; cuestan ya tan baratos, que no vale la pena de zurcirlos.

JUAN MANUEL. Y hasta que juegue usted al tresillo los domingos por la tarde con el teniente cura y el boticario.

AGUSTINA. Jugaré al ajedrez con mi marido.

JUAN MANUEL. Y le hará usted los pitillos a máquina.

AGUSTINA. No; porque fuma en pipa.

JUAN MANUEL. ¡Qué hombre tan distinguido! ¡Ja, ja, ja!

AGUSTINA. No me haga usted reir.

JUAN MANUEL. No me obligue usted a mí a hablar en serio.

AGUSTINA. ¿Qué me va usted a decir en serio?

JUAN MANUEL. ¿Me promete usted no enfadarse si se lo digo?

AGUSTINA. ¿Es muy grave?

JUAN MANUEL. Agustina, es usted demasiado inteligente para resignarse a aceptar de nadie ¿lo entiende usted? ¡de nadie! la interpretación de la vida. Tiene usted en el entendimiento y en el corazón ideas, esperanzas, sueños que son de usted, sólo de usted, tan suyos como su misma sangre y su misma carne, y todos ellos son como otras tantas voces que no pueden, que no deben callarse al imperio de ninguna otra voz. ¿Usted comprende lo que quiero decirle?

AGUSTINA. Que tengo la cabeza a pájaros.

JUAN MANUEL. Sí, señora. A una porción de pájaros que no han nacido para vivir en jaula.

AGUSTINA. Pues búsquese usted alguien que les abra la puerta.

JUAN MANUEL. ¿Quiere ustedvenirse a Pekín en mi dulce, conyugal y diplomática compañía?

AGUSTINA. ¡Juan Manuel!

JUAN MANUEL. ¡Agustina!

Pausa.

AGUSTINA. ¿A eso es a lo que usted le llama hablar en serio?

JUAN MANUEL. ¿Le parece a usted cosa de broma casarse conmigo?

AGUSTINA. Buena pareja haríamos usted y yo.

JUAN MANUEL. Inmejorable. Créame usted a mí: hemos nacido el uno para el otro, y los dos para correr el mundo hasta que nos muramos de viejos. Mire usted, yo no juego al ajedrez, y como siempre fumo cigarrillos turcos, podríamos fumarlos a un tiempo; ¡usted no sabe lo que es un vicio a dúo! Además, como siempre estaremos de viaje, no tendrá usted que despedirme cuando me vaya, ni que aburrirse hasta que vuelva; además, me guardaré muy bien de imponer mi opinión en nada de este mundo ni del otro: usted hará el menú en todas las comidas, elegirá usted el cuarto en todos los hoteles, escogerá usted todas mis corbatas, tendrá usted en el bolsillo todo el dinero de la comunidad y llevará usted todas las cuentas; en una palabra, será usted el más déspota de los tiranos y yo el más feliz de los siervos.

AGUSTINA. Eso dice usted ahora, porque sabe usted que es imposible... pero luego... todos los hombres son iguales.

JUAN MANUEL. Eso se lo ha dicho a usted su novio.

AGUSTINA. No, señor; mi madre.

JUAN MANUEL. Pues están ustedes las dos muy equivocadas. Agustina, escúcheme usted, porque ahora sí que estoy hablando en serio, y lo que voy a decirle a usted sólo puede decír-

sele a una mujer cuando se la estima moral e intelectualmente, tanto como yo la estimo a usted ¡además de quererla con toda mi alma!

AGUSTINA. ¡Jesús!

Queriendo seguir en broma, pero sin conseguirlo.

JUAN MANUEL. Será usted mi mujer, si se resigna usted a serlo, con todas las sanciones legales y divinas; pero le doy a usted mi palabra de honor de que no la he tomar a usted en cuenta firmas ni juramentos. Siempre será usted libre, y vendrá usted a mi lado sólo mientras usted quiera venir. Y aunque llegásemos a celebrar las bodas de diamante, todo lo que usted quiera darme de sí misma, de su amor, de sus sueños o de su pensamiento, lo recibiré siempre como un don, como una gracia, como un milagro, ¡de rodillas y agradecidísimo! Quiero tener la gloria de conquistarla a usted todos los días. *Sonriendo.* ¿Hace o no hace!

AGUSTINA. *Muy confusa.* ¡No... no!

JUAN MANUEL. ¡Agustina!...

AGUSTINA. No soy yo como esas mujerotas de novela que tienen un amor en cada capítulo. Yo ya he tenido el mío, y se acabó.

JUAN MANUEL. Eso que usted ha tenido no era amor.

AGUSTINA. ¡Ah! ¿Usted cree?

JUAN MANUEL. Era una agradabilísima costumbre de dejarse querer, mientras no llegase

otra cosa mejor. ¡Sí, señora! Todos hemos gozado esas dulces anticipaciones. Ellas le van a uno ablandando y dilatando el corazón para recibir al amor de verdad, al señor, al tirano... que acostumbra a venir un poquito más tarde, porque le gusta hacerse desear y encontrar el camino regado con unas cuantas lágrimas...

AGUSTINA. Todo eso es poesía...

JUAN MANUEL. Naturalmente; porque es verdad.

AGUSTINA. Está usted loco.

JUAN MANUEL. Por usted.

AGUSTINA. Sí, hace tres semanas.

JUAN MANUEL. Hace una eternidad. Y usted por mí. ¿Piensa usted que le hubiera gustado tanto leer novelas de viajes si no hubiese yo andado siempre por esos mundos?

AGUSTINA. Buscándome a mí, ¿verdad?

JUAN MANUEL. Esperando a que usted se me pusiera delante.

AGUSTINA. Mucho me querrá usted cuando ayer se marchó sin verme.

JUAN MANUEL. Por eso he venido hoy tan temprano.

AGUSTINA. A hablar con mi padre.

JUAN MANUEL. Sí, señora; de usted. Míreme usted. ¿No quiere usted mirarme? ¿De qué tiene usted miedo? ¿De que yo le lea a usted en los ojos lo poquísimo que me quiere usted, o de

encontrar usted en los míos lo muchísimo que la quiero? ¡Hay que ser valiente y mirar el amor cara a cara!

Ella le mira.

¡Así! Y ahora hay que sonreirse un poquito... entre rigor y misericordia.

Ella se tapa los ojos con las manos.

¿Prefiere usted llorar? ¡Entonces esta es la hora más feliz de mi vida! *Cogiéndole la mano con que se ha tapado los ojos, se la besa.* ¡Gracias, Agustina!

AGUSTINA. ¡Ay!

JUAN MANUEL. ¿Qué?

AGUSTINA. ¡Nada... que vienen... será Manolo!...

JUAN MANUEL. ¡Qué importa!... Estoy yo aquí.

AGUSTINA. No, no... déjeme usted...

JUAN MANUEL. Como usted quiera, siempre como usted quiera.

Ella echa a correr y sale al jardín. El se la queda mirando un momento y luego se vuelve a ver quién ha entrado, disponiéndose a una batalla con el ribal. Pero no es Manolo quien entra, sino el ama Justa, que le mira con bastante desagrado.

JUSTA. Buenos días.

JUAN MANUEL. *Amabilísimo.* Muy buenos.

JUSTA. La señora no ha salido aún de su cuarto.

JUAN MANUEL. ¿Sabe usted si ha vuelto ya don Enrique?

JUSTA. ¿Le quería usted algo?

JUAN MANUEL. Probablemente.

JUSTA. Pues, no, señor; no ha vuelto ni volverá hasta la hora del almuerzo; digo, me parece.

JUAN MANUEL. Entonces, yo volveré también. Dígaselo usted así de mi parte.

JUSTA. *Con retintín.* ¿A la señora no hay que decirle nada?

JUAN MANUEL. Nada absolutamente. Buenos días.

JUSTA. Vaya usted con Dios.

Sale Juan Manuel.

¡Ay!

PURA. *Que entra por la derecha y se la queda mirando.* ¿Está usted despidiendo al novio?

JUSTA. ¡No estoy despidiendo a nadie.

PURA. Como miraba usted a la puerta y suspiraba usted tan triste...

JUSTA. Suspiro por lo que tengo que suspirar, y yo me entiendo y usted me entiende.

PURA. Yo, ni palabra. ¿Se ha muerto alguien de la familia?

JUSTA. Más valdría morirse que vivir como viven ciertas personas.

PURA. ¡Quia: no lo crea usted! Viva la gallina y viva con su pepita.

JUSTA. ¡Así anda el mundo!

PURA. ¡Ya ve usted! ¡Dicen que siempre al mismo paso!

JUSTA. Eso es verdad. Los hombres serán siempre tontos de la cabeza.

PURA. ¡Pobrecillos! ¿Quién les tiene la culpa?

JUSTA. La culpa la tienen las mujeres que les vuelven el juicio.

PURA. ¿A cuántos se le ha vuelto usted?

JUSTA. A ninguno, porque soy muy decente.

PURA. Puede que no haya sido sólo por eso.

JUSTA. ¿Por qué lo dice usted?

PURA. Porque ellos son la mar de caprichosos, y suele suceder que, cuanto menos les dan, más ganas les entran. De modo que no se haga usted ilusiones de santa bendita, porque si no ha habido quien le diga a usted por ahí te pudras, habrá sido por lo mismo que a mí, ¡por fea!

JUSTA. Ha de saber usted que soy viuda.

PURA. Se moriría de susto el infeliz.

JUSTA. ¡Insolente!

PURA. *Fingiendo risa.* ¡Ja, ja, ja! Me río yo de la virtud de algunas.

JUSTA. A usted la he de arrastrar yo del moño.

PURA. Eso dicen. ¡Ja, ja, ja!

JUSTA. ¡Tarasca!

Entra Elena en traje de mañana.

ELENA. ¿Ya están ustedes disputando? Tempranito empiezan las buenas obras...

PURA. Es que...

JUSTA. ¿Manda algo la señora?

ELENA. Que se quite usted de delante.

JUSTA. Está el día de oro. Desde que nos hemos levantado, no hacemos otra cosa que recibir bufidos.

Sale Justa.

ELENA. ¿Y a ti, cuántas veces te voy a decir que estoy hasta el moño de cuestiones? ¡Aprende de mí!

PURA. ¿A qué?

ELENA. A tener calma.

PURA. ¿Quieres tomar café?

ELENA. ¡No quiero nada!

PURA. ¿Sabes que te levantas con buen humor?

ELENA. Con el que se me antoja.

Viendo entrar otra vez al ama Justa.

¿Qué se le ocurre a usted?

JUSTA. Nada, señora. Que traen un telegrama para la señora.

ELENA. Deme usted. ¿Qué está usted ahí esperando?

PURA. Que firme la señora el recibo.

ELENA. Tome usted.

Sale Justa.

¡Y tú no me preguntas siquiera de quién es!

PURA. Para que me contestes que ¡a mí qué me importa!

ELENA. Es del apoderado. ¿Que si nos vamos o no nos vamos?

PURA. Eso mismo te iba yo a preguntar.

ELENA. A ti te correrá mucha prisa el marcharte.

PURA. A mí, ninguna. Pero como mandaste ayer de sopetón que hiciese los baúles, y luego te encerraste con la risa nerviosa, y luego te dormiste, y luego la jaqueca, y luego el baño, no te lo he podido preguntar hasta ahora, y luego sí te da la ventolera de que nos marchemos, y están las cosas sin hacer, ¡a ver quién va a pagar los vidrios rotos!

ELENA. El caso es que el contrato me conviene y que no están los tiempos para tirar dinero por la ventana. ¿A ti, qué te parece?

PURA. Pues que si te conviene, mal harás en no ir, porque lo que es aquí, como ganar, no estás ganando nada.

ELENA. Ni gastando tampoco.

PURA. No, pues con lo que ahorres no echarás coche. Sólo en trapos para la niña mientras estuvo en casa, ya verás la cuenta que te pone el modisto.

ELENA. ¡Si no voy a poder regalarle a mi hija lo que me dé la gana!

PURA. Por mí, como si quieres enterrarla en oro. No te pienso heredar.

ELENA. ¡Cualquiera se embarca ahora y llega a New York, con el calor que estará haciendo! ¡Y cantar para aquellos salvajes, que lo pagan,

pero que no lo entienden! Lo que me convenía a mí era descansar una temporada y tomar mis baños de mar y dejarme de historias, porque, después de todo, por unos cuantos miles de pesetas que deje de ganar, no me voy a morir de hambre tampoco.

PURA. Pues hija, la salud es lo primero; de modo que si estás cansada y no quieres empezar con trajines, más vale que te quedes.

ELENA. ¡Ya lo has dicho tú! Me quedo y hazte cuenta de que me enterraron, porque si me estoy aquí quince dias más, cualquiera le dice luego a este hombre que me marcho.

PURA. Pues díselo ahora mismo, y con eso cuando llegue la hora no le pilla de susto.

ELENA. Eso es... ahora mismo... como puñalada de pícaro. Si te parece modo de corresponder como Dios manda; porque él tendrá su genio, pero en esta ocasión lo que es portarse bien conmigo se ha portado, y luego la niña, que hazte cuenta que la dejo para no volverla a ver, porque lo que es tal como están las cosas, si salgo de esta casa tiene que ser de muy mala manera y, la verdad, lo siento.

PURA. Cuando yo te decía que no vinieras, porque si venías, ¡adiós mi dinero!

ELENA. ¡Adiós mi dinero! Ni que fuera alguna deshonra el que le tire a una lo único que tiene en el mundo.

PURA. Bueno. ¿Arreglo los baúles o no?

ELENA. ¡Dichosos baúles y bienaventurados!

PURA. ¡Te advierto que son las once y media y a las dos sale el tren!

ELENA. ¡Ay, Pura de mi alma, qué pelma eres! Ya lo sé, ya lo sé, déjame en paz. También la niña podía haber subido a preguntar por mí.

PURA. Ha subido tres veces y estabas dormida.

ELENA. ¡Qué casualidad! No he pegado los ojos en toda la noche. ¡Vaya un modo de sonar el viento en esta casa! ¡Pues digo si en el mar nos coge un tiempecito como éste! ¡Mareo seguro para todo el viaje! También es gracia tener que pasar el charco para ir a divertir a aquellos cursis. ¿Qué me miras?

PURA. ¡Que si tienes algo que mandarme o no, porque con éstas y las otras yo todavía no he desayunado!

ELENA. Ni yo tampoco.

PURA. Porque no habrás querido.

ELENA. Anda, hija, anda a tomar un caldito, no te vayas a desmayar, que sería lástima.

Sale Pura.

¡Sí que está el día para tomar el tren!

Con el telegrama en la mano, patalea rabiosa. Entra Don Enrique despacio, la mira y sonríe resignadamente.

DON ENRIQUE. ¿Todavía no se te ha pasado el ataque?

ELENA. *Volviéndose rápidamente hacia él.* ¿Te interesa mucho saberlo?

DON ENRIQUE. Bastante.

ELENA. Ya se conoce, cuando desde ayer tarde no se te ha ocurrido subir a enterarte de si me había muerto.

DON ENRIQUE. Hija mía, cuando una persona se encierra con llave en su habitación, parece indicar suavemente que desea estar sola.

ELENA. Y a ti te ha parecido prudente respetarme el gusto.

DON ENRIQUE. ¿Prudente?... ¡Correcto!

ELENA. Todos somos muy correctos en esta casa.

DON ENRIQUE. Perdón... ¡todos, no!

ELENA. Es que a mí... me cargan las hipocresías.

DON ENRIQUE. Pues vamos a hablar con franqueza.

ELENA. ¿De qué?

DON ENRIQUE. En primer lugar del telegrama que tienes en la mano.

ELENA. ¿Sabes de quién es?

DON ENRIQUE. Me lo figuro. ¿Te piden que te vayas, no?

ELENA. Que diga si me voy a marchar.

DON ENRIQUE. ¿Y tú qué has respondido?

ELENA. Todavía... nada.

DON ENRIQUE. ¿Quieres que responda yo por ti y sales de dudas?

ELENA. ¿Quién te ha dicho a ti que yo dude?

DON ENRIQUE. ¡Perdón! Me figuré que siquiera un momento habías vacilado pensando en nosotros... queriendo ahorrarnos una pena; ¡no sabes cómo te lo hubiera agradecido! Aunque... de sobra comprendo que tienes intereses de mayor importancia que estos menudos de casa y familia...

ELENA. *Con un poco de asombro, pero sin comprender del todo.* Es decir, que...

DON ENRIQUE. Nada, que contestes a eso. Me parece que piden... *Cogiendo el telegrama.* Sí, respuesta inmediata.

ELENA. ¿No querías contestar tú?

DON ENRIQUE. ¡Oh! Era suponiendo que dudabas; pero, puesto que dices que no dudas...

ELENA. No importa... por curiosidad... ¿Qué contestarías... pero sinceramente... si estuvieras en mi lugar?

DON ENRIQUE. En el tuyo, no sé. En el mío... sinceramente... ¡acepto el contrato!

ELENA. ¿De modo que me dices que me vaya?

DON ENRIQUE. Te lo aconsejo.

ELENA. ¿Con toda tu tranquilidad?

DON ENRIQUE. Con toda mi lealtad, que no es lo mismo.

ELENA. ¡Ya! Te estorbo.

DON ENRIQUE. No me estorbas: me inquietas, me atormentas, me perturbas la vida...

ELENA. ¿Yo?

DON ENRIQUE. Sí, tú, Elena. Tú dices que te molestan las hipocresías. Yo tambien reniego de ellas. ¡Se acabaron las habilidades, pobres habilidades mías que de nada han servido! Yo te llamé a mi casa esperando que en ella pudieras encontrar ¡qué sé yo! una ternura, un calor, algo que te atrajese, algo que acaso hubieses echado de menos en tantos años de rodar por el mundo. Te llamé por la voz de tu hija, porque me pareció que había de ser para ti más elocuente que la mía... Viniste... ¡Me había equivocado! Ni tu hija ni yo significamos nada para ti. ¡No necesitas nada de nosotros! ¡Qué le vamos a hacer! Tu mundo te basta; tu mundo, el que te admira, el que te aplaude, el que te explota. ¡Los tuyos, ay, los tuyos!...

ELENA. ¡Los míos! ¡Eso es lo que te duele! Te molesta que vengan a verme. Tienes celos...

DON ENRIQUE. ¡Ja, ja, ja! ¡Celos, después de tantos años de olvidado el amor!

ELENA. Pues ayer...

DON ENRIQUE. Ayer tuve un ataque de idiotez aguda! ¡Perdónamelo! De eso también quería hablarte. ¡No tengo celos de nadie! No los tengo, porque no los puedo tener. ¡Eres un prodigio de

insensibilidad! Todo el fuego de tu corazón cabe en un aria de Rossini.

ELENA. Pues entonces, ¿de qué te quejas?

DON ENRIQUE. Tienes razón, de nada... no me quejo de nada. Te pido perdón por estas violencias, te agradezco todo lo que has querido hacer por mí... por tu hija...

ELENA. Y me vuelves a rogar que me marche.

DON ENRIQUE. Presumí demasiado de mis fuerzas. Puesto que te has de ir... y nos has de olvidar, bien puedo decírtelo. ¡No es posible vivir teniéndote tan cerca y sabiendo que no soy nada para ti!

ELENA. ¡Qué vas a ser, si nunca me has querido!

DON ENRIQUE. Eso creerás tú.

ELENA. Cuando me dejaste marchar...

DON ENRIQUE. ¿Qué derecho tenía a detenerte? ¡Si tu corazón no te mandó que te quedaras!

ELENA. ¡Pudiste haber venido conmigo!

DON ENRIQUE. Para ser el marido de la tiple... una cosa grotesca y lamentable, entre amante pobre a quien se mantiene y administrador a quien se paga con una hora de amor en un cuarto de fonda.

ELENA. ¡Ave María Purísima!

DON ENRIQUE. Para arrastrar toda mi dignidad de hombre y todo el orgullo de mi amor de

camerino en camerino... ¡No, Elena, no! Aquí he sufrido mucho, ¡no lo sabes tú bien, pero a gusto! Nadie lo supo, nadie pudo ofenderme, viniéndome a compadecer...

ELENA. Yo también he pasado lo mío, no te vayas tú a figurar...

DON ENRIQUE. No te creas obligada, por agradecimiento, a pagarme penas con penas. Cada uno es como es.

ELENA. Pues, a pesar de ser como soy, he pasado mis malos ratos.

DON ENRIQUE. ¿Y en ninguno de ellos se te ocurrió la idea de acudir a nosotros? ¿En tantos años no has sentido nunca la necesidad de besar a tu hija? Yo te he estado esperando hora tras hora, desde la misma noche que te fuiste. ¡Es posible que a ti no te haya dado nunca la idea de volver!

ELENA. Sí que me ha dado algunas veces. Pero siempre me daba estando qué sé yo dónde, en Rusia o en América, cuando no podía tomar el tren, de noche, a las mil y tantas, al salir del teatro para irme a dormir.

DON ENRIQUE. Y claro, al despertar, al día siguiente...

ELENA. Tenía que marcharme al ensayo, o me estaba esperando el modisto, o el empresario, ¡o el demonio!, porque, total, tanta ansia por vivir y vivir, y de prisa que lleva una siempre, no

se entera ni de que vive... Diez y seis años... Pensándolo bien, sí que son una temporadita. Pues, hijo, la verdad, me parece que me he marchado ayer y he vuelto esta mañana.

DON ENRIQUE. *Mirándola casi con espanto.* ¡Eres una mujer extraordinaria! *Muy despacio.* No tienes una cana... ni una arruga... ni en la frente, ni en el corazón...

ELENA. ¡Hijo, no soy tan vieja!

DON ENRIQUE. Trabajo, triunfos, injusticias, enfermedades, soledad, nada ha dejado en ti la menor huella. ¿Cómo ha pasado la vida sobre ti o como has pasado tú por la vida?

ELENA. Como todo el mundo...

DON ENRIQUE. No como todo el mundo. Porque yo, que desde este rincón te iba siguiendo tan de lejos, pero paso a paso, ¡he sufrido tanto por ti!...

ELENA. ¡Por mí!

DON ENRIQUE. Por ti, pensando en todo, doliéndome de todo, esperando con las que sospechaba que eran tus esperanzas, indignándome ante las injusticias, temiendo para ti el vértigo del triunfo, la locura de una posible desesperación, el amor, ¡no por celos!, ¡no creas que por celos!; por ti, sólo por ti, porque he creído siempre que eras buena, pero sé que al lado de una mujer bonita, célebre, y que gana dinero, no falta algún canalla, dispuesto a aprovechar la flaqueza posi-

ble de un corazón que está demasiado solo...

ELENA. Te juro...

DON ENRIQUE. ¡Ya lo sé! Y no sólo eso: hasta puerilidades. Me inquietaban por ti el calor, el frío, las fiebres, el cambio de alimentos, cada vez que ibas a un país distinto; el mar si te embarcabas, el cansancio si trabajabas demasiado.

ELENA. ¿Qué sabías tú de eso?

DON ENRIQUE. Lo he sabido todo, día por día, a costa de tantos trabajos, no lo quieras saber: hasta viajes he hecho pretextando negocios para acercarme a ti... te he visto dos veces... te he oído cantar...

ELENA. ¿Dónde?

DON ENRIQUE. ¡Qué más da! Toda esa vida que sobre ti ha pesado tan poco, la llevo sobre mí. ¡Toda tu vida! ¿La quieres repasar? *Sacando del estante y de los cajones de la mesa álbumes de recortes y retratos, postales, periódicos sueltos, programas...* Tómala, mírala... Ahí la tienes: tus triunfos, tus derrotas, tus viajes... Todo lo que en el mundo se ha dicho de ti...

ELENA. *Muy conmovida y aún más asombrada.* ¡Enrique!

DON ENRIQUE. No ha habido día en que de algún rincón no me haya venido tu nombre o tu retrato... Hoy mismo, de seguro. *Rovolviendo el correo.* Sí, aquí está. *Rompiendo la faja de una revista de música.* Mira... *Con ironía.* ¡En *Tosca!*

ELENA. ¡Es posible!... Entonces... es verdad... que me has querido tanto...

DON ENRIQUE. ¡Ya lo ves!

ELENA. Yo no lo he sabido... nunca me lo dijiste... ¡cómo lo iba a saber!... No creas... yo también te he querido mucho... no como tú a mí, ¡pero mucho! Puede que más de lo que yo me figuraba, ¡qué sabe una nunca lo que le pasa! No sé, pero te debo haber querido de verdad, porque nunca he podido querer a otro.

DON ENRIQUE. Lloras... ¿Por qué?

ELENA. Sí, lloro, ¡no sé por qué! Ni me importa, ¡ea! Lloro porque tengo coraje, pena de mí misma. ¡Y rabia, mucha rabia contra ti y contra mí! ¡Dices que soy loca, que soy como soy! ¿Por qué no me enseñaste a ser de otra manera, tú, que sabías tanto y que dices que tanto me quieres? ¿Sabes tú lo que has sido? Un orgulloso y un egoísta.

DON ENRIQUE. Tienes razón; pero perdóname, porque bien lo he pagado...

ELENA. Cómo perdonar, cuando, después de todo, no le han hecho a una nada. ¡Ya ves tú qué trabajo cuesta! Perdóname tú a mí; pero de bastante nos sirve...

DON ENRIQUE. ¡Por qué dices eso!...

ELENA. Porque hemos perdido lo mejor de la vida.

DON ENRIQUE. Siempre estamos a tiempo de salvar lo que queda... si tú quieres.

ELENA. Sí, quiero... Tú eres... no sé... cuando entraste en mi casa me pareció que volvía a tener veinte años... como cuando te quise. Desde que estoy aquí siento una cosa así en el corazón como si me hubiera sentado debajo de una parra tan verde y tan fresca, después de estar andando horas y horas por un camino con sol y polvoriento.

DON ENRIQUE. ¡Elena!

ELENA. No me lo agradezcas. Desde que vine aquí... lo estoy queriendo; pero, hijo, cada uno tiene su alma en su almario, y donde no te llaman, qué te querrán, y tú mismo has venido a decirme que me vaya.

DON ENRIQUE. ¡Pero crees que hubiera podido dejarte marchar!... Eres mejor que yo, cien mil veces mejor que yo. Tienes razón; no te supe guardar, no supe agradecer lo que tenía con tenerte; yo te debí enseñar la vida... fui un necio...

ELENA. Bueno, ahora no te desconsueles, que no es para tanto. *Limpiándose los ojos con las manos.* ¡Jesús, los años que hace que yo no lloraba!

DON ENRIQUE. Otros tantos hace que no vivías.

ELENA. ¡Tiene gracia que no haya yo llorado en este mundo más que por causa tuya!... ¡No me beses, que te vas a manchar la cara de lágrimas!...

DON ENRIQUE. *Abrazándola.* ¡Elena!

ELENA. *Separándose de él por pudor de emoción de mujer arisca.* ¡Mira que haber guardado todo esto! *Revolviendo los álbumes.* A mi nunca se me ha ocurrido guardar nada... ¡Jesús, de cuántos años! ¡Ja, ja, ja! ¡Pues no estaba yo poco flaca entonces! ¿Qué es esto? De Berlín. ¡Ah, sí! Una vez que se desbocó el caballo y tuvieron que sacarme de debajo del coche. *Ingenuamente.* ¡Me había olvidado!

DON ENRIQUE. *Sonriendo.* Veintisiete de Agosto de mil novecientos...

ELENA. ¡Anda, hijo, tienes tú más memoria que la Pura!

Entra Agustina; al ver a su padre y a su madre juntos, quiere volverse atrás.

DON ENRIQUE. Pasa, pasa.

ELENA. Qne tenemos que darte una buena noticia.

AGUSTINA. ¿Buena noticia? *Mirándolos alternativamente.* ¿Es que... mamá...?

DON ENRIQUE. ¡Sí, hija!

AGUSTINA. *Abrazando a su madre.* ¡Qué alegría!

ELENA. Ya se lo puedes decir a tu novio. Mira, por él es por lo único que siento quedarme.

AGUSTINA. ¿Manolo? *Muy apurada.* No... si... ya... por... eso...

DON ENRIQUE. ¿Qué te pasa?

Entra Justa.

JUSTA. El señorito Juan Manuel que quiere hablar contigo.

AGUSTINA. ¡Ay!

DON ENRIQUE. Que pase.

ELENA. ¡Anda éste ahora! ¡Pobre muchacho!

Entra Juan Manuel, y Don Enrique se adelanta a darle la mano.

JUAN MANUEL. Ya he venido antes y no estaba usted. Usted perdone la insistencia, pero quería a toda costa hablar con usted... Necesito darle a usted explicaciones... Ayer...

DON ENRIQUE. *Interrumpiéndole.* Yo soy quien tiene que pedir a usted disculpas por mi arrebato estúpido. Si hubiera sabido que estaba usted en el pueblo, hubiera ido a buscarle.

JUAN MANUEL. ¿Ya Elena y Agustina le han dicho a usted...?

DON ENRIQUE. *Mirando con un poco de asombro a la madre y a la hija.* No, nada...

JUAN MANUEL. *Sonriendo.* Bien, entonces... Yo me marcho a Pekín dentro de unas cuantas semanas... y como Agustina no tiene inconveniente en hacer el viaje conmigo, vengo a pedir a usted las bendiciones.

DON ENRIQUE. ¡Agustina!

ELENA. ¡Pero tú...!

AGUSTINA. Sí. *Mira a su padre; pero como le da mucha vergüenza, termina contestando a su madre.* Mamá.

DON ENRIQUE. ¡Válgame Dios! Este era el tedio, la inutilidad de la vida, el viento que nos pone los nervios de punta. ¡Ja, ja, ja!

AGUSTINA. No te rías, papá, que yo no lo sabía. *Apuradísima.* Y si tú no quieres...

DON ENRIQUE. ¿Por qué no he de querer? *Muy serio.* Pero te advierto que en Pekín también crecen los días cuando llega febrero y también menguan para octubre, porque da la casualidad de que estamos en el mismo hemisferio.

AGUSTINA. No te burles de mí. *Sonríe y de pronto se queda seria y triste.* ¡Ay, Manolo!

ELENA. ¡No te apures por él, que bien merecido lo tiene por... *Busca una razón, y no encontrando otra mejor, dice:* por antipático!

DON ENRIQUE. ¡Pícara vida!

ELENA. *Abrazando a Agustina.* ¡A Pekín! Estará de Dios que siempre haya una mujer de esta familia corriendo mundo. Pero tú eres más feliz, hija, que no vas sola.

DON ENRIQUE. *Como si hablase consigo mismo, pero en voz alta.* ¡No va sola porque sabe querer!

ELENA. *Protestando ofendida.* Porque saben quererla. ¡Hay hombres y hombres, hijo de mi alma!

DON ENRIQUE. *En tono de riña.* ¡También hay mujeres y mujeres, hija de mi vida!

ELENA. *También en tono de riña.* ¡Me querrás tú decir a mí!...

AGUSTINA. Pero, mamá, papá, ¿vais a reñir ahora que estamos tan contentos?

ELENA. Hija, tienes razón. *A Don Enrique.* A callar la boquita, siquiera mientras ella esté en casa.

DON ENRIQUE. Es verdad; años nos quedan por delante para discutir.

ELENA. *En tono de riña.* Sí, porque lo que es tú, veo que no pierdes la costumbre.

DON ENRIQUE. *También riñendo.* Pues lo que es tú...

AGUSTINA. ¡Mamá!

JUAN MANUEL. Señores...

DON ENRIQUE. Perdón, hijos, perdón. No tomen ustedes ejemplo de nosotros.

ELENA. ¡Ave María! ¡Ni que fuésemos algún par de tigres! Después de todo, ¿qué? Lo mismo da reñir que abrazarse. El caso es querer y que la quieran a una como Dios manda. Ya lo dice la copla:

Al querer lo he *comparao*
con los días del invierno:
ya se nubla, ya se aclara,
ya graniza, ya hace bueno.

TELÓN

LIRIO ENTRE ESPINAS

COMEDIA EN UN ACTO

PERSONAJES

SOR TERESA
DOÑA TOMASA
LULÚ
AMELIA
ANA MARÍA
CLARITA
LA BAILADORA
RICARDITO
AGUSTÍN
CARLOS
RAMÓN
MARIANITO
UN SEÑOR FORMAL

La acción en una casa de mal vivir. Salón de mal gusto y con pretensiones de elegancia.

Al levantarse el telón la Bailadora está sobre una mesa bailando, y todos los demás la jalean.—Clarita fuma tendida en un diván; Amelia, sentada en el suelo delante de Marianito, que hace de pachá; Carlos hace pareja con Ana María; Lulú mira por la ventana, y Doña Tomasa, sentada en un sillón, preside con benevolencia casi maternal. Amelia canta una copla.—La Bailadora, terminado el tango, se tira de la mesa y va a caer en brazos de Agustín.

Clarita canta.

TODOS. ¡Bravo, olé!

AGUSTÍN. *Besándola en el cuello.* ¡Cómo pesas, rica; pero qué bien sabes!

LA BAILADORA. *Sin hacer caso.* ¡Vino, vino!

AGUSTÍN. *En broma.* Tienes la majestad del mármol griego y el fuego de la sangre gitana.

LA BAILADORA. ¡Vino, vino!

AGUSTÍN. *Abrazándola.* ¿Te quieres enterar de lo que se te dice?

LA BAILADORA. ¡Qué más me da! ¡Vino es lo que hace falta!

AGUSTÍN. ¡Toma vino!

Le echa toda una copa de champagne por la cara y el cuello.

LA BAILADORA. ¡Salvaje, más que salvaje!

Se agarran, peleándose.

AGUSTÍN. *Sujetándole las manos.* ¡Ruge, pantera, ruge! *Ella le muerde las manos.* ¿A morder tocan? ¡Ahora verás tú!

Forcejeando, van a caer en el diván sobre Clarita, que protesta con mal humor.

CLARITA. ¡Ay, hijos! ¿Os gusta caer en blando? Ya podíais dejarle a una hacer la digestión en paz.

AGUSTÍN. ¿Y en gracia de Dios? Pues no pides tú poco.

CLARITA. A ti ni la unción.

AGUSTÍN. ¿Sabes lo que es eso? Que estás muerta por mí.

CLARITA. ¡Adiós el tifus!

CARLOS. ¡Pues no sabes tú por quién te mueres, hija!

AMELIA. Sí, goloso es el niño para agonías. En cuanto cierra la puerta, te suelta un discurso sobre el amor en tiempos de Matusalén.

AGUSTÍN. ¡Qué más quisieras tú que oirme disertar a mí!

LULÚ. Pero ¡qué idiotas sois todos los hombres!

AGUSTÍN. Agradeciendo, prenda.

CARLOS. Tienes razón, hija mía. ¿Por qué?

LULÚ. Porque en una noche como hoy, mientras pasa en la calle lo que pasa, sois capaces de

estaros aquí haciendo el burro... ¡Ah, si yo fuera hombre!

AGUSTÍN. ¿Quieres que vayamos los dos a tomar una barricada?

AMELIA. Sí que es verdad que podíais estar haciendo algo que valiese la pena. *Marianito la abraza.* Mira éste.

MARIANITO. Pero si estamos aquí para defenderos.

TODAS. ¡Ja, ja, ja!

MARIANITO. Palabra; en cuanto se cansen de quemar conventos vienen a achicharraros a vosotras.

CLARITA. ¡Ay!

CARLOS. Prepárese usted, doña Tomasa.

DOÑA TOMASA. *Con mucha gravedad.* No sé qué daño le hacemos nosotras a nadie.

CLARITA. Si a eso vamos, las monjas tampoco.

DOÑA TOMASA. *Muy convencida.* Es muy distinto: ellas no pagan contribución.

CARLOS. Pero vosotras, hijas de mi alma, sois objetos de lujo, privilegio del infame burgués que paga vuestras gracias con el sudor del pobre, del explotado...

AMELIA. En eso sí que tienes razón.

CLARITA. Pues bien pronto se arregla. Con poner turno gratis para los pobres y subir los precios para los ricos.

MARIANITO. ¡Como los médicos de fama!

LA BAILADORA. O como el bandido generoso.

AGUSTÍN. Todo es socialismo.

LULÚ. A ver. En el mundo no hay más que dos cosas: dinero y hambre. Con el dinero de todos tienen que comer todos. Pues que lo den por buenas o que se lo quiten por malas.

CARLOS. ¡Arreglo radical!

LULÚ. Y que, en resumidas cuentas, nada es de nadie. Es decir, que a nadie le sirve de nada que lo suyo sea suyo; porque tú tienes un dulce en la mano, es un suponer, y dices que es tuyo y retuyo, y viene otro más fuerte, y te le quita y se le come en tus mismas narices, y tú dices que tuyo sigue siendo, pero ¡échale un galgo!

TODOS. ¡Bravo, bravo!

MARIANITO. Chica, ¡qué elocuencia!

LULÚ. Y así pasa con todo: lo que es que los hombres sois muy ilusionistas y muy fantoches, y os llenáis la boca cuando hablás con *mi* casa y *mi* dinero y *mi* mujer y *mis* hijos. ¡Mío! ¡Miau, digo yo; *pa* el gato! Vaya usted a saber de quién es ni la tierra que pisa.

CARLOS. ¡Al Congreso, al Congreso.

AGUSTÍN. ¡Bravo, bravo!

MARIANITO. ¡Hurra, hip!

CLARITA. ¡Ay!

DOÑA TOMASA. ¿Qué pasa?

CLARITA. Este Ricardito, que se figura que tiene una las piernas para que él se afile los dientes.

RICARDITO. ¡Ju, ju, ju! ¡Saben a guayaba!

CLARITA. Te voy a dar yo a ti canela.

Le pega.

RICARDITO. ¡¡Ay!!

Como si lo desollasen.

DOÑA TOMASA. ¿Qué le hacéis a la pobre criatura? ¡Ven acá! *Acariciándole.* ¡No llores tú, alma mía!

Entran Ramón y el Señor formal.

RAMÓN. ¡Buenas noches, niñas!

AMELIA. ¡Anda, Ramón! ¿Qué vienes a hacer tú aquí esta noche?

RAMÓN. Lo de todas. ¿Sabéis vosotras algo nuevo?

CLARITA. Hijo, como tu padre es gobernador, creímos que estarías con él.

RAMÓN. Se basta y se sobra solito para ametrallar populacho. Yo no quiero ensuciarme las manos. Soy más aristócrata que todo eso.

DOÑA TOMASA. Bueno; ¿pero es verdad que han prendido fuego a tres o cuatro iglesias?

RAMÓN. Y a cinco o seis conventos. Desde esa esquina misma se ven las llamas de uno.

LULÚ. *Precipitándose a la ventana.* ¡A ver!

AMELIA. A ver.

ANA MARÍA. Sí que es verdad.

Al echar a correr tropieza con el Señor formal, que se ha quedado quieto junto a la puerta, sin decir palabra.

¡Ay! Usted perdone.

EL SEÑOR FORMAL. *Muy turbado.* No hay de qué... señorita.

ANA MARÍA. *A Ramón.* ¿Quién es ese... señor tan fino y tan silencioso que ha venido contigo?

RAMÓN. Es verdad; se me había olvidado. *Al Señor formal.* Venga usted, hombre, venga usted. Doña Tomasa, tengo el gusto de presentar a usted a un amigo mío, hombre formal y de dinero.

DOÑA TOMASA. Muy bien venido a esta su humilde casa. Ya Ramoncito sabe lo que somos aquí para él, y en siendo cosa suya, conmigo tiene crédito.

RAMÓN. No hace falta; saquéele usted, que hace una buena obra. Ha tenido tres casas de préstamos, y ha sido contratista para el ejército. Niñas, miradle. Aquí donde le veis, tiene cuarenta y cinco años, es viudo hace tres meses, y no conoce más mujer que la suya.

TODAS. ¡Ja, ja, ja!

EL SEÑOR FORMAL. No hagan ustedes caso; Ramoncito, siempre tan bromista. Sí que he tenido la desgracia de perder a mi señora, que era lo que se dice un ángel; pero eso no quiere decir...

ANA MARÍA. No se moleste usted en dar explicaciones. Aquí todos los hombres son viudos mientras no se demuestre lo contrario.

LULÚ. ¡¡Ay!!

Junto a la ventana.

DOÑA TOMASA. ¿Qué es eso?

Todas se acercan a la ventana.

ANA MARÍA. Que pasan, pasan... los revolucionarios.

LULÚ. ¡Las turbas!

CLARITA. ¡Qué silenciosos van!

AMELIA. Así dan más miedo.

ANA MARÍA. ¿Dónde llevarán las latas de petróleo?

DOÑA TOMASA. ¡No abráis la ventaua!

ANA MARÍA. ¡Callad, que no nos oigan!

CLARITA. Echa el store.

AMELIA. De seguro que van al convento de los Escolapios... No, al Asilo de las Hermanitas.

CLARITA. ¡Ay, no digas eso, que allí me eduqué yo!

ELLOS. ¡Ja, ja, ja!

CLARITA. ¿De qué os reís, mastuerzos?

RAMÓN. De que se lucieron las madres con la educanda.

CLARITA. Hijo, ellas no tuvieron la culpa. Por falta de sermones... Aquella sor Andrea: «¡Niñas, cuidado, que en el sexto mandamiento no hay veniales: todo es pecado mortal!» Lo que

es que, claro, de chica, allí metida, lo reza una todo junto; después lo peca una todo junto... todo junto lo pagará una luego...

AGUSTÍN. Muy bien, niña; veo que te aprovechan mis lecciones sobre la necesidad de la expiación.

CARLOS. ¡Ni el padre Astete!

CLARITA. ¡Puedes hablar tú, que te has criado con los Jesuítas, y has sido Luis, y Kostka, y has pasado tres años en el correccional, digo, en la escuela de Reforma! De padres y madres allá nos andamos, y aquí estás tú y aquí estamos todos.

CARLOS. ¡Calla, sirena, calla! ¿Por quién me pierdo yo más que por vosotras?

CLARITA. Sí, que le hacen falta bichos de la mar al que nace como tú con pellejo de anguila. La estrella, hijo, la estrella con que uno nace.

LA BAILADORA. *Que ha estado hasta entonces silenciosa y rompe a hablar como iluminada.* ¡Eso sí que es verdad!

AGUSTÍN. ¡Ya rompiste a hablar tú!

MARIANITO. ¡Ya era hora!

LA BAILADORA. Es porque tiene *muchisma* razón. ¡Las estrellas son las que todo lo saben, y las líneas de la mano las que todo lo cuentan! ¡Ya ves tú lo que está pasando esta noche; pues en el cielo estaba *clavao* como la Biblia, y a éstas se lo había dicho yo ya! ¡Niñas, qué va a pa-

sar algo muy gordo! ¡Mirad que las estrellas traen fuego y sangre!

MARIANITO. ¡Sangre y fuego!

CARLOS. ¡Guerra y exterminio!

AGUSTÍN. ¡Chica, echas chispas por los ojos!

RAMÓN. ¡Vaya una pitonisa con salero!

MARIANITO. ¡A ver, a ver la buenaventura!

LA BAILADORA. ¡Sois ustedes unos descreidotes, pero ello vendrá, porque venir tiene, y al tiempo, el tiempo, y ojalá no salgamos todos de aquí esta noche oliendo a chamusquina!

CARLOS. ¿Otra?

AGUSTÍN. ¡Cómo estáis esta noche, hijas mías!

LULÚ. ¡Cómo vamos a estar! Como todo el que tenga sangre en las venas y no horchata de chufas como vosotros.

RAMÓN. ¡Piérdase usted para esto por las mujeres!

LULÚ. Por las mujeres, ¿eh? Vosotros sois perdidos de nacimiento.

CARLOS. Pero, vamos a ver: ¿qué queríais que hiciésemos?

LULÚ. ¡Ay, mi madre! Cnando en la calle gritan unos, y otros les contestan a tiros, por algo será. Los de abajo queman los conventos, los de arriba abrasan a los otros a cañonazos; los ricos llaman a los pobres canalla, y los pobres a los ricos, ladrones: digo yo que unos u otros han de

tener razón. Pues echarse a la calle a ver quién la tiene, y con el que la tenga, dar de firme. ¡Eso es lo que habíais da hacer si tuvieseis vergüenza!

MARIANITO. Justo, para ganarnos un internazo y morir por la causa de la justicia.

AMELIA. *Con desprecio.* ¡Pues no le tienes tú poco apego a la vida!

ANA MARÍA. Hace bien, que es preciosa para la patria. ¿No te va a hacer tu futuro suegro diputado de la mayoría?

CLARITA. Tienes razón, niño; lo mejor en el mundo es vivir en paz y pasarlo a gusto. Estas están chifladas porque son histéricas; ya ves tú, Lulú fuma opio.

LULÚ. No, que voy a fumar como tú, picadura de a diez y ocho.

ANA MARÍA. Es para acordarse de un novio que tuvo que era carabinero.

CLARITA. *Furiosa sin saber por qué.* ¡Oye tú!

AGUSTÍN. Calma, señoras, calma. *A Clarita.* No pierdas el reposo olímpico.

LA BAILADORA. Lo que sí me parece es que ya es hora de que el señor convide a algo.

EL SEÑOR FORMAL. Con muchísimo gusto... ustedes dirán...

AMELIA. Sí, porque con cuarenta y cinco años de virtud, le deben estar rebosando las onzas del bolsillo.

LULÚ. *Con resolución súbita.* ¡Yo me voy a la calle!

AMELIA. ¿A qué?

LULÚ. A ver lo que pasa. ¿Quién viene conmigo?

DOÑA TOMASA. Nadie, ¿quién se ha de ir? Estás loca; a estas horas y con ese traje. ¿Tú sabes los peligros que corre una mujer por la calle en una noche de éstas?

LULÚ. Me los figuro... ¿Quién viene?

AGUSTÍN. Tienes razón. ¡Andando!

LULÚ. Pero has de hacer todo lo que yo te diga.

AGUSTÍN. Y un poco más. ¿Ves lo que te importa la vida a ti? Pues a mí, tres ochavos menos.

LULÚ. Me gustas tú porque siquiera algunas veces pareces hombre.

AGUSTÍN. No me lo digas, hija, que no quiero recordarlo que lo soy.

DOÑA TOMASA. *Asustada.* Pero, ¿dónde vais, dónde vais?

AGUSTÍN. A ver si hay quien nos pegue un tirito en mitad del corazón, como dice la copla.

LULÚ. ¡Ay, no tendremos esa suerte! Tú y yo tenemos que morir de asco o de calentura, o, como el otro, de una teja que caiga de un tejado.

AGUSTÍN. Vamos. *Salen del brazo.* Pareces mi mujer.

LULÚ. ¡No digas desatinos!

Salen.

CARLOS. Lo que son ésos es un par de *poseurs*.

CLARITA. Y que lo digas; ella se las echa de ángel caído.

MARIANITO. Y él de desesperado silencioso. Y, en resumidas cuentas, le habrá pasado lo que a todo el mundo: nada.

AMELIA. *Suspirando ruidosamente.* ¡Ay, qué ganas tengo de querer mucho a alguien!

RAMÓN. Pues aquí estoy yo.

AMELIA. No; había de ser alguien a quien no hubiese visto nunca.

RAMÓN. *Al Señor formal.* Aproveche usted, amigo.

EL SEÑOR FORMAL. Verdaderamente; sí, el amor es cosa de misterio, de encuentro, de destino, de estrella, como decía hace un momento esta señorita.

TODOS. ¡Fuera, fuera, fuera!

Escándalo contra el romanticismo del buen señor, que se queda espantado. Ricardito aprovecha la confusión y anda a cuatro patas, ladrando.

RICARDITO. ¡Guá, guá, guá!

Muerde a Ana María en un brazo.

ANA MARÍA. ¡Ay! ¡Bruto, salvaje, toma!

Le pega.

RICARDITO. *Llorando.* ¡Ay, ay, ay!

DOÑA TOMASA. Hija, todas la habéis tomado con él. Ven acá tú, no llores; ¿no veis que el pobrecito no sabe lo que hace?

Le acaricia para consolarle.

Ruido en la calle.

CLARITA. ¡Ay!

DOÑA TOMASA. ¿Qué pasa?

CLARITA. *Corriendo a la ventana.* ¡Ya vuelven!

AMELIA. Ahora llevan teas.

ANA MARÍA. Mirad cómo corre la gente.

Todos se acercan con ansiedad al balcón. En este momento se oye en la calle el estruendo del motín en toda su fuerza; voces, carreras, tiros, gritos: «¡Mueral» «¡Mueran los burgueses!» «¡Canalla!» Las mujeres se asustan horriblemente.

DOÑA TOMASA. ¡Cerrad ese balcón, cerrad ese balcón!

RAMÓN. *Viendo que Amelia se acerca a cerrarle.* ¡No te acerques, que te van a dejar seca de un tiro!

CLARITA. *Retrocediendo asustada.* ¡Ay!

LA BAILADORA. ¡Ay, maresita mía del Carmen!

ANA MARÍA. Lo que había que hacer es sacar colchones y atrancar las ventanas.

MARIANITO. ¡Si que es una nochecita de abrigo!

DOÑA TOMASA. ¿Nochecita? ¡Es el fin del mundo.

Los ruidos van alejándose.

CLARITA. *Escuchando con espanto.* ¡Ay!

TODOS. ¿Qué?

CLARITA. ¡Que suben, que suben!

AMELIA. ¿Por dónde?

CLARITA. ¡Toma! ¡Por la escalera!

RAMÓN. *Acercándose a la puerta.* Sí; se sienten pasos...

DOÑA TOMASA. ¡Callad, que no nos oigan!

AMELIA. ¡Apagad las luces!

DOÑA TOMASA Y RAMÓN. ¡No!

Hay un momento de expectación angustiosa. Suena el timbre en la escalera.

TODOS. *Con voz ahogada.* ¡Ah!

Después de una pausa breve, vuelve a sonar el timbre. Amelia se dirige a la puerta.

ANA MARÍA. *Con terror.* ¿Dónde vas?

AMELIA. A ver quién es.

TODOS. ¡No, no!

AMELIA. Sí; despacio... por el ventanillo...

Sale.

DOÑA TOMASA. ¡No abras!

Silencio. Pasado un momento, se oye dentro un grito ahogado de sorpresa. Todos se alarman.

MARIANITO. ¡Ha abierto!

DOÑA TOMASA. ¡Está loca!

Aparece en la puerta Sor Teresa. Viene muy asustada y se queda un poco deslumbrada por las luces de la habitación, pero se domina y sonríe.

SOR TERESA. *Sonriendo.* ¡Ave María purísima!

TODOS. ¡Una monja!

Nadie contesta, excepto la Bailadora, que responde con ímpetu.

LA BAILADORA. ¡Sin pecado concebida santísima.

AMELIA. Pase usted, hermanita.

SOR TERESA. Ustedes disimulen, señores y señoras. He llamado aquí... servidora se ha tomado la libertad... ustedes perdonen... por si tenían la caridad de abrir. Servidora no conoce las calles, venía huyendo, entré en el portal a esconderme; como estaba obscuro, subí; no quería llamar, ya comprendo yo que a estas horas... Ustedes disimulen, pero servidora creyó que venían detrás, por la escalera. *Mira con temor a la puerta y sonríe.* Ustedes disimulen.

CARLOS. Pase usted, señora; pase usted.

SOR TERESA. Muchas gracias.

ANA MARÍA. ¡Pobre mujer! Está temblando.

AMELIA. Siéntese usted, hermanita.

SOR TERESA. No, no, muchas gracias.

MARIANITO. *Brutalmente.* ¡Parece un pájaro atontado!

RAMÓN. ¡Vaya unos ojos que tiene la madre!

ANA MARIA. *Muy indignada.* ¡Cállate!

AMELIA. Siéntese usted, hermanita, y descanse.

DOÑA TOMASA. No tenga usted cuidado: está usted en una casa... bueno, está usted en su casa.

SOR TERESA. Dios se lo premie a usted, se-

ñora: no sabe usted la buena obra que hace, porque ya no sabía dónde ir.

CLARITA. ¿Les han quemado a ustedes el convento?

SOR TERESA. Sí, señora; pero nos han dejado salir a todas antes... ¡No sabe usted qué susto tan grande nos llevamos con los gritos que daban y al ver las llamas luego, y cuando entraron! Salimos todas: lo que es que, como no tenemos costumbre, no sabemos las calles; gracias a que nos acompañó el demandadero... Íbamos juntas toda la Comunidad; pero, en una revuelta, no sé cómo, servidora se ha quedado sola. Hemos estado ya en dos o tres casas de señores muy buenos, que miran mucho por la Comunidad, pero no se atrevieron a recibirnos. ¡Es natural!, por no comprometerse en una noche así... y servidora, ¡bendito sea Dios! *Sonríe* ya iba teniendo un poco de miedo... sobre todo cuando me vi metida entre esos hombres que volvían gritando.

CARLOS. Tranquilícese usted: aquí no han de venir a buscarla.

SOR TERESA. No, si ellos dijeron que con nosotras no querían nada.

Sonriendo al ver que los otros se ríen, pero sin comprender.

¡Válgame Dios, se me va la cabeza!

Se apoya en la mesa, medio desmayada.

DOÑA TOMASA. Siéntese usted.

AMELIA. ¡Serán las luces!

ANA MARÍA. ¡Ay, que se desmaya!

LA BAILADORA. ¡Pobrecilla!

CLARITA. ¡Dadle champagne!

CARLOS. ¡Mujer!

CLARITA. ¡Hijo! ¡Beber champagne no es pecado! ¡Beba usted, hermana!

La monja bebe el champagne que le dan y se reanima poco a poco, sonriendo siempre.

SOR TERESA. Si no es nada, no se asusten ustedes... Muchisimas gracias. El Señor se lo premie.

Mirándoles a todos.

Por mí no se molesten... sigan lo que estuvieran haciendo.

Todos se ríen.

Yo con que me dejen pasar aquí la noche...

RAMÓN. *Precipitándose hacia ella.* ¡Con el alma y la vida!

AMELIA. *Apartándole.* No le haga usted caso; está chiflado.

SOR TERESA. ¡Qué lástima; un señor tan amable!

RAMÓN. Gracias, hermana; es usted una madre la mar de simpática y requetebonita.

SOR TERESA. ¡No diga tonterías!

Mirándoles a todos y a la mesa.

¿Están ustedes de boda?

Todos se ríen.

MARIANITO. Nosotros estamos siempre de boda.

SOR TERESA. ¿Eh?

ANA MARÍA. No, señora; no estamos de boda. Es que nos reunimos unos cuantos amigos para pasar el rato.

SOR TERESA. Ustedes perdonen. Como es tan tarde ya, y les veía a todos tan bien vestidos y tan animados...

CARLOS. Estas niñas son muy elegantes.

MARIANITO. La vida es corta, hermana, y hay que aprovechar los momentos para divertirse.

RAMÓN. No sabe usted la gente que hay velando a estas horas.

SOR TERESA. Sí lo sé, sí; los infelices que no tienen dónde recogerse, los pobres enfermos que no pueden lograr el sueño... y los que están ofendiendo a Dios.

CARLOS. En esa última categoría puede que tengamos nosotros el negro privilegio de contarnos.

Ana María se echa a reir como una tonta.

SOR TERESA. *Con un poco de alarma.* ¿Eh?

MARIANITO. Sí, hermanita, sí; aquí donde nos ve usted, con estas caras de buenas personas, somos unos distinguidísimos pecadores.

SOR TERESA. ¡Quién no lo es!

Todos los hombres rodean a la monja con entusiasmo peligroso.

CARLOS. Es que nosotros somos pecadores... especialistas.

RAMÓN. Y empedernidos.

MARIANITO. ¡Gracias a Dios! ¡Ja, ja, ja!

RAMÓN. ¡Pero buenos muchachos!

MARIANITO. ¡Eso sí!

CARLOS. ¡Y capaces hasta de condenarnos por unos ojos negros. *Acercándose.* como ésos!

RAMÓN. ¿De condenarnos? ¡Hasta de convertirnos!

MARIANITO. ¿Quiere usted hacer la prueba conmigo?

CARLOS. ¡No; conmigo!

RAMÓN. ¡Vaya un mirar retrechero y gitano.

SOR TERESA. *Llena de congoja. Va retrocediendo a medida que ellos van acercándose.* ¡Jesús me valga! ¡Apártense, dejen, déjenme!

LA BAILADORA. *Poniéndose al lado de la monja y apartando a los hombres con ademán resuelto.* ¡Quitad de ahí, estúpidos, idiotas! ¡Largo! ¿No os da vergüenza, pedazos de alcornoque?

CARLOS. ¡Hija, no eres tú nadie!

MARIANITO. ¡Las manos quietas!

AMELIA. *Acercándose también a la monja.* Tiene razón; sois idiotas del todo!

SOR TERESA. ¡Déjenme que salga, que me vaya a la calle!

DOÑA TOMASA. *Interviniendo.* ¡Eso no, señora!

Está usted en mi casa y no le pasa nada; ¡yo respondo!

SOR TERESA. ¿Dónde he venido yo a meterme? ¡Cómo iba yo a pensar que ustedes... ustedes...!

ANA MARÍA. *Con altivez triste.* Sí, señora, nosotras; ¡qué le vamos a hacer! Tampoco hacía falta que usted lo supiera; pero los hombres son como Dios les ha hecho, y usted es bonita...

SOR TERESA. ¡Calle, calle!...

ANA MARÍA. O a ellos se lo parece usted, que candilito nuevo tres días en estaca, ¡y para qué hemos querido más! ¡Pero no tenga usted cuidado de que le lleguen al pelo de la ropa, que aquí estamos nosotras!

AMALIA. ¡Sí, señora; nosotras!

LA BAILADORA. ¡Eso es!

Todas las mujeres rodean a la monja.

EL SEÑOR FORMAL. *Muy decidido y caballeresco.* ¡Y yo!

SOR TERESA. Muchas gracias, muchas gracias por todo... pero lo mejor será que me vaya.

DOÑA TOMASA. ¿Usted sabe cómo están esas calles?

SOR TERESA. Sí; pero...

LA BAILADORA. Lo que dirá ella: peor que aquí...

Todas las mujeres se apartan, tristemente

SOR TERESA. No es eso, no se ofendan.

CARLOS. *Adelantándose, un poco avergonzado.* No crea usted tampoco que nosotros somos unos facinerosos, señora. Puede usted estar tranquila... todo ha sido una broma, una chispita de mal gusto... pero nada más... usted perdone.

SOR TERESA. No, si no tengo nada que perdonar... ustedes a mí... tantas gracias por todo... buenas noches.

Va hacia la puerta, sin que ninguno se atreva a detenerla. En el momento en que ella va a salir entran Agustín y Lulú. Ella trae una herida en la frente y viene vendada con un pañuelo: él la sostiene, porque ella apenas puede andar.

AMALIA. ¿Qué es eso?

CLARITA. Lulú, Agustín...

DOÑA TOMASA. ¡Herida! Cuando yo lo dije...

AGUSTÍN. Vamos, mujer, que ya estamos en casa.

Lulú se desmaya, y al soltarla Agustín va a caer al suelo; pero la monja, que pasa a su lado, la recoge en los brazos. Todas dan un grito, asustadas

TODAS. ¡Ay!

DOÑA TOMASA. Pero ¿qué es ello? ¡Válgame mi madre, qué trastorno!

CLARITA. ¡Lulú! ¡Lulú!...

SOR TERESA. *Ayudada por Agustín y Carlos consigue reclinar a Lulú en el diván.* No se asusten ustedes, si no es nada, un desmayo... con el susto y la sangre de la herida... pobre señora, qué pálida

está... pero no se alarmen. *A Amelia, que quiere incorporarla.* No la toquen; estando desmayada es peor levantarla. *A Carlos, con autoridad.* ¡Acérqueme la luz! *Carlos obedece; ella quita a Lulú el pañuelo con que tiene vendada la herida.* ¡Jesús!

LAS MUJERES. ¡Ay, sangre!

Todas se asustan.

SOR TERESA. A ver: un poco de agua fría, algodón, vendas. *Doña Tomasa y una de las mujeres salen en busca de lo que ha pedido y vuelven pasado un momento.* Unas tijeras para cortarle el pelo.

CLARITA. *Con susto.* ¿Cortarle el pelo?

SOR TERESA. Claro, para encontrar la herida, *A Ana María.* Eche en el agua un poco de vinagre. *Ana María va a buscar el vinagre y vuelve. La monjita corta el pelo sobre la herida y la lava con destreza y rapidez.* Vamos, no es nada... con tanta sangre parecía otra cosa... una escalabradura. ¿Fué una piedra, no?

AGUSTÍN. Creo que sí...

SOR TERESA. Ya vuelve... Ni un punto hay que darle... con un poquito de tafetán inglés. ¿No tienen?

MARIANITO. *Sacando de la cartera un librito de tafetán.* Sí, señora; sí.

SOR TERESA. Eso es. *Humedece el tafetán y lo pone en la herida.* Ea, ya está todo... ni venda necesita.

LULÚ. *Volviendo en sí.* ¡Ay! ¿Qué es esto?

SOR TERESA. No es nada, señora.

LULÚ. *Mirando con un poco de espanto a la monja.* ¿Quién es usted?

SOR TERESA. Nadie, señora... ¿Qué más da?

LULÚ. Pero ¿dónde estamos?

DOÑA TOMASA. *Acercándose.* En casa, mujer; ¿dónde vas a estar?

LULÚ. *Mirando en derredor.* ¡Ah, sois vosotros... ya me acuerdo!... Agustín... ¿qué nos ha pasado?

AGUSTÍN. ¡Qué nos ha de pasar! Que te han abierto la cabeza las turbas, como dices tú y esta señora te ha curado la herida.

LULÚ. *Con alarma.* ¿La herida? ¿Se me conoce?

SOR TERESA. No, señora, no; cae debajo del pelo... y aunque le hemos cortado un mechón. *Sonriendo.* Pronto crece.

RAMÓN. No te han echado a perder el físico: tranquilízate.

LULÚ. Muchas gracias, señora... ¡Ay, qué susto!... No os podéis figurar qué gritos y qué cara de energúmenos. *Exaltándose.* Pero, de todos modos, daba entusiasmo verlos, ¿verdad, tú? ganas de subirse a cualquier parte y decirles a gritos que tenían razón... porque tienen razón. *A la monja.* ¿Verdad, señora?

SOR TERESA. *Bajando los ojos.* Dios lo sabe...

LULÚ. Sí, tienen razón; en el mundo no debe haber pobres ni ricos: todos felices. *Con exaltación*

febril. Todos iguales... ¿Han pasado ya por aquí? ¿Dónde estarán ahora? *Va a levantase, pero le faltan fuerzas y se desvanece.* ¡Ay, mi cabeza!

DOÑA TOMASA. Lo que tienes que hacer es meterte en la cama y dejarte de discursos ahora...

SOR TERESA. Sí, sí; acuéstenla y denle un calmante... tila con un poco de azahar... está nerviosa...

AMELIA. Vamos, vamos.

ANA MARÍA. Anda, Lulú...

DOÑA TOMASA. A dormir.

Entre Doña Tomasa y Amelia la sacan de la habitación; la monja va a seguirlas, pero se detiene y da un grito, porque Ricardito, que anda a gatas por el suelo, intenta morderla.

SOR TERESA. ¡Ay, Jesús me valga!...

RICARDITO. ¡Ju, ju, ju... sabe a chocolate!

Todos los hombres se echan a reir.

SOR TERESA. ¿Qué es esto?

CLARITA. No se asuste usted, hermana... es idiota...

SOR TERESA. ¿Sí?...

Le mira con compasión.

RICARDITO. ¡No soy idiota! *Amenazando a Clarita.* Vuelve a decir que soy idiota.

SOR TERESA. *Calmándole.* ¡Pobrecillo!... tiene razón. ¿Por qué ha de ser idiota...

RICARDITO. *Confidencialmente a la monja.* Ella es una perdida...

SOR TERESA. *Con autoridad suave.* ¡Silencio!

RICARDITO. Y una fregona... y le huele muy mal el aliento...

CLARITA. *Precipitándose hacia él.* Oye, tú...

SOR TERESA. *Interviniendo.* ¡Por Dios! ¿Se va a formalizar por lo que diga este infeliz? *A Ricardito.* Calla, calla, que a mí no me gustan los niños deslenguados.

RICARDITO. ¡Yo soy un hombre!

SOR TERESA. Claro que sí... y, por lo mismo, tienes que ser bueno y no insultar a nadie...

RICARDITO. Es que ésa no me puede ver a mí...

SOR TERESA. ¿Qué te importa? No te va a querer todo el mundo...

RICARDITO. *Sentimental.* Es que a mí no me quiere nadie.

Se echa a llorar como un niño.

SOR TERESA. ¡Qué tontería! Te quiero yo...

RICARDITO. ¿Me conoces?

Mirándola con asombro.

SOR TERESA. A ti, no; pero en casa tenemos muchos como tú...

RICARDITO. ¿En tu casa?

SOR TERESA. Sí, que es muy grande y muy limpia y muy alegre; muchos, y a los que son muy buenos les queremos más, y les damos tantas cosas, ¡si vieras! ¿A ti te gusta el chocolate? Pues tengo yo allí una de bombones... A ver si me

queda uno. *Busca en el bolsillo.* Es un caramelo... de piña; mira qué suerte tienes... Ya verás mañana, cuando pase todo esto; te llevan a casa y te curas... porque a ti te duele muchas veces la cabeza, ¿verdad?

RICARDITO. Sí...

SOR TERESA. Por eso dices tonterías... Pero allí, ya verás... te curamos y aprendes a ser bueno... y a leer... y a rezar... y un oficio, y luego eres un hombre de provecho y te ganas la vida; ¿qué te parece?

RICARDITO. *Chupando el caramelo.* ¡Qué rico está!

SOR TERESA. ¡Infeliz!... Anda, vete tú también a dormir, que ya es hora.

RICARDITO. ¿Y mañana me llevas de veras contigo?

SOR TERESA. De veras... anda...

RICARDITO. Bueno.

Va a salir dócilmente.

SOR TERESA. Pero di buenas noches...

RICARDITO. Buenas noches... ¿Cómo te llamas?

SOR TERESA. Sor Teresa...

RICARDITO. Buenas noches, Sor Teresa...

SOR TERESA. Y la compañía.

RICARDITO. Y la compañía...

SOR TERESA. Vete ya.

Ricardito sale.

AGUSTÍN. Le ha domesticado usted, hermana...

SOR TERESA. ¡Pobrecillo! ¿Está así desde siempre?

DOÑA TOMASA. *Entrando apurada.* ¡Ay, mi madre... esa mujer se ha vuelto loca! Yo no sé si delira o qué; pero se quiere tirar de la cama y dice no sé cuántas barbaridades. Ya podíais ir a buscar un médico...

MARIANITO. ¡Buenas están las calles!

RAMÓN. Ahorita mismo...

DOÑA TOMASA. Es que yo no me paso la noche con ella; mete miedo...

MARIANITO. Tendrá calentura.

Se ríe bestialmente.

DOÑA TOMASA. No sé lo que tiene: el demonio en el cuerpo... Allí, entre las dos chicas y Amelia, no hay quien la sujete...

SOR TERESA. Será fiebre nerviosa... Si usted me da licencia iré a ver...

DOÑA TOMASA. ¿Usted entiende de enfermos?

SOR TERESA. No mucho; pero algunas veces, en casa, servidora está de guardia en la enfermería.

DOÑA TOMASA. ¡Ay, señora, Dios se lo pague a usted! Sí que ha caído usted del cielo. Bien dicen que no hay mal que por bien no venga... Vamos allá.

SOR TERESA. Buenas noches, señores, que ustedes descansen.

Todos se inelinan y la dejan pasar.

CLARITA. ¡Anda la monja, pues no sabe cosas que digamos!

CARLOS. Y es valiente la indina...

RAMÓN. ¡Digo, con esa cara de mosquita muerta!

AGUSTÍN. De mosquita muerta, pero guapa de veras...

CARLOS. ¡Cuando baja los ojos se queda uno tarumba!

MARIANITO. Chicas, yo creí de verdad que no se iban monjas más que las feas; pero va a ser cosa de asaltar un convento...

Vuelven a entrar Amelia y Doña Tomasa.

TODOS. ¿Qué, qué hay?

DOÑA TOMASA. Hijos, tiene manos de santo, yo no sé qué le ha hecho: pero ello es que la otra se ha callado de pronto y se ha quedado quieta. Ahora no hace más que suspirar... Le ha dado a beber un potingue, se ha sentado a la cabecera de la cama, ha sacado su libro de rezos, y dice que se va a pasar la noche velándola.

LA BAILADORA. *Impetuosamente.* Pues yo me voy con ella.

Sale.

RAMÓN. Chiquilla, ¿dónde vas?

ANA MARÍA. Tiene razón; yo también...

AMALIA. Y yo.

RAMÓN. Pero, niñas, niñas, niñas, ¿es que nos vais a dejar en cuadro?

ANA MARÍA. A ver...

AGUSTÍN. Considerad que si os consagráis todas al altruísmo, este amigo, que viene aquí por vez primera, *Por el Señor formal.* se va a llevar una desilusión.

EL SEÑOR FORMAL. *Muy grave.* No por cierto; celebro ver que hasta en las clases que se suelen considerar como degradadas, ¡ustedes perdonen, que no lo digo por ofender!, quedan sentimientos humanitarios. ¡Hay espectáculos que refrescan el alma! Felicito a ustedes, señoritas, por su solicitud para con su... compañera. *A Doña Tomasa.* Señora, he tenido tantísimo gusto en conocer a usted... Buenas noches...

DOÑA TOMASA. *Un poco espantada y dudando entre tomarlo en serio o echarse a reir.* El gusto es mío... pero ¿volverá usted?

EL SEÑOR FORMAL. Sí, señora; cualquier noche de éstas.

MARIANITO. Pero ¿y ese champagne?

EL SEÑOR FORMAL. Cualquier noche de éstas. Hasta la vista.

Sale.

ANA MARÍA. ¡Buenas noches, hijos de mi alma!

AMALIA. Y hasta mañana, si Dios quiere.

RAMÓN. Pero ¿es en serio?

AMALIA. En serio. Dormid bien.

ANA MARÍA. Y que no os hagan pupa las bombas.

Salen las dos.

CLARITA. *Sin levantarse del diván, donde lleva buen rato tumbada.* Chicos, están chifladas, pero tienen razón. Marcharse.

AGUSTÍN. *¿Tu quoque?*

CLARITA. A mí me da lo mismo; pero ¿qué queréis que os diga? Sí que parece mal eso de tener una monja en casa, y... vamos. Nada, que no está bien. Y luego, que cualquiera responde de vosotros en cuanto tenéis la tajada en el cuerpo. Capaces sois de sentiros también enfermeros y querer ayudar a la hermana. *Con un asombro de energía.* ¡Y eso sí que no!

AGUSTÍN. ¡Ay, amor, estás desconocida! ¿Todo ese discurso se te ha ocurrido a ti solita? Por lo visto, hoy es noche de elocuencia.

CLARITA. Hoy es noche de dormir.

Da media vuelta en el diván y se queda cara a la pared.

CARLOS. Pero, doña Tomasa, ¿usted consiente que estos ángeles se declaren en huelga?

DOÑA TOMASA. Hijo, hoy andan sueltos los socialistas, ¡qué le vamos a hacer! Mañana será otro día.

CARLOS. Pues hasta mañana.

MARIANITO. Conformarse, amigos.

AGUSTÍN. Mis respetos a la hermana Teresa.

RAMÓN. *A Clarita, que no responde.* ¡Adiós prenda!

DOÑA TOMASA. Andando, andando, que no me gusta gastar luz en balde.

Salen todos, y Doña Tomasa inmediatamente apaga todas las luces, menos una. Acercándose al diván.

Anda ésta, ya se ha dormido.

Sacudiéndola.

¡A la cama! ¡Sí, sí, cualquiera la despierta! ¡Qué bruta eres, hija!

Se acerca a la puerta del fondo y escucha.

¿Eh?

Se oyen voces de mujeres que rezan.

¡Pues no están ésas rezando el rosario con la monja!... ¡Pobrecillas!

Con convicción profunda.

Es lo que yo digo. Una puede llegar a ser lo que sea, pero tiene una su religión, porque es una mujer, y se ha criado una como Dios manda, y no estos sinvergüenzas de hombres, que no tiene el diablo por dónde desecharlos.

Se santigua devotamente y entra por la puerta del fondo.

TELÓN

OBRAS COMPLETAS DE GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

EL POEMA DEL TRABAJO. DIALOGOS FANTASTICOS. FLORES DE ESCARCHA. PROSA LÍRICA. ❧ SOL DE LA TARDE. NOVELAS. ❧ LA HUMILDE VERDAD NOVELA. ❧ TEATRO DE ENSUEÑO. Jardín de Santiago Rusiñol. Melancólica sinfonía de Rubén Darío. Ilustraciones líricas de Juan R. Jiménez ❧ MOTIVOS. CRÍTICA LÍRICA ❧ TU ERES LA PAZ. NOVELA. ❧ LA FERÍA DE NEUILLY. Ilustraciones de Barradas. ALDEA ILUSORIA. Ilustraciones de Laura Albéniz. ❧ LA CASA DE LA PRIMAVERA. POESÍAS-PRÓLOGO de Rubén Darío, Juan R. Jiménez, Antonio Machado, Eduardo Marquina, Francisco Villaespesa y E. Diez-Canedo. ❧ EL PEREGRINO ILUSIONADO. VIAJE SENTIMENTAL. Ilustraciones de Laura Albéniz. ❧ ABRIL MELANCÓLICO. NOVELAS ❧ EL DIABLO SE RÍE. NOVELAS. ❧ LA SELVA MUDA. NOVELAS. ❧ GRANADA. GUÍA EMOCIONAL. ❧ LA VIDA INQUIETA GLOSARIO ESPIRITUAL. ❧ CARTAS A LAS MUJERES DE ESPAÑA. ❧ FEMINISMO. FEMINIDAD. ESPAÑOLISMO. ❧ LA MUJER MODERNA.

❧ ❧ ❧ ❧ ❧ TEATRO ❧ ❧ ❧ ❧ ❧

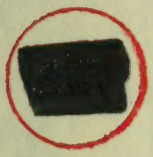
TOMO I. CANCION DE CUNA. PRIMAVERA EN OTOÑO. LIRIO ENTRE ESPINAS. ❧ TOMO II. MAMÁ. MADRIGAL. EL POBRECITO JUAN. ❧ TOMO III. AMANECER. LAS GOLONDRINAS. EL IDEAL. ❧ TOMO IV. ESPERANZA NUESTRA. SUEÑO DE UNA NOCHE DE AGOSTO. ROSINA ES FRÁGIL.

OBRAS DE M. MAETERLINCK TRADUCIDAS POR G. MARTINEZ SIERRA

TOMO I. LA PRINCESA MALENA. LA INTRUSA. LOS CIEGOS. TOMO II. PELEÁS Y MELISANDA. ALADINA Y PALOMIDES. INTERIOR. LA MUERTE DE TINTAGILES. ❧ TOMO III. AGLAVENA Y SELISETA. ARIANA Y BARBA-AZUL. SOR BEATRIZ. ❧ TOMO IV. LA SABIDURÍA Y EL DESTINO ❧ TOMO V. EL TEMPLO SEPULTADO. ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧

PQ
6623
A82C3
1920

Martinez Sierra, Gregorio
Canción de cuna



PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 01 25 01 007 0